

Guaroa Ubiñas Renville

Estero Hondo, 1959

interioridades, los campesinos hablan



Museo
Memorial
de la
Resistencia
Dominicana

Premio Internacional Miguel Cocco Guerrero 2014

ESTERO HONDO, 1959
Interioridades, Los campesinos hablan

*COLECCIÓN PREMIOS MUSEO MEMORIAL
DE LA RESISTENCIA DOMINICANA, NO. 1.*

GUAROA UBIÑAS RENVILLE

ESTERO HONDO, 1959
Interioridades, Los campesinos hablan

PREMIO INTERNACIONAL MIGUEL COCCO GUERRERO
MUSEO MEMORIAL DE LA RESISTENCIA DOMINICANA 2014



MUSEO MEMORIAL DE
LA RESISTENCIA DOMINICANA

PREMIO INTERNACIONAL MIGUEL COCCO GUERRERO
MUSEO MEMORIAL DE LA RESISTENCIA DOMINICANA 2014

Luisa de Peña Díaz
Directora General del MMRD

Avelino Stanley
Director Ejecutivo del Premio Internacional Miguel Cocco Guerrero

*COLECCIÓN PREMIOS MUSEO MEMORIAL
DE LA RESISTENCIA DOMINICANA, No. 1.*

TÍTULO DE LA OBRA:
ESTERO HONDO, 1959, *Interioridades, Los campesinos hablan*

NOMBRE DEL AUTOR:
Guaroa Ubiñas Renville

DISEÑO DE CUBIERTA Y DIAGRAMACIÓN:
Katherine Cocco

PRIMERA EDICIÓN:
Noviembre de 2014

IMPRESIÓN:
Editora Alfa & Omega
ISBN 978-9945-468-52-6

Impreso en República Dominicana
Printed in the Dominican Republic

CONTENIDO

Agradecimientos.....	9
Veredicto del jurado.....	10
Presentación	11
Prólogo.....	15
Arbodaje	19
Aclaraciones Preliminares.....	20
La Era de Trujillo.....	21
Los exiliados.....	25
Intentos y apoyos.....	26
Pobreza e ignorancia extrema.....	26
Estero Hondo.....	27
El mismo error.....	28
Un ejército para la represión.....	29
Siembra y cosecha de miedo.....	30
Beligerancia: metodología.....	31

Primera Parte

En la tierra baja de los esteros Estero Hondo y El Pato, 1959.....	33
DIA 20 DE JUNIO DE 1959 " Papá vea ese barquito que viene casi volando ". Desembarco	41
DIA 20 DE JUNIO DE 1959 Enfrentamientos.....	44
DIA 20 DE JUNIO DE 1959 Sobre las avanzadas y el cerco trujillista.....	46
Primera balacera: día 20 de junio 1959	51

EL MISMO DIA DIA 20 DE JUNIO DE 1959	
Avance para llegar a la ensenada desde Punta Rucia.....	53
Un secreto militar: La aviación atacó a su propia infantería.....	54
Un avión AT-6 averiado	55
DIA 20 DE JUNIO DE 1959	
Detalles	
Primer intento importante de avance hacia La Ensenada desde la aldea de Estero Hondo	58
Batalla de alto a la escolita.....	58
El médico y la guerra	61
El rescate de Pilarte	61
Ante el fracaso de la Infantería, entró a la Aviación	64
La noche del 20 de junio de 1959.....	67
El Domingo 21	
Sangre en La Ensenada.....	68
El caso del Burén	74
En Rancho Manuel.....	76
Combatiendo en Solitario	76
Al que mataron por la espalda.....	77
Le cercenaron la cabeza.....	78
Con un balazo en un muslo.....	78
En las raíces de la caya.....	79
Las muertes del expedicionario Francisco Ubiera y del campesino Antonio Ceballo	80
Muerte en camino	85
Sucesos en Puerto Juanita o Estero Balsa.....	85

Segunda Parte

En la cordillera Septentrional	
Lucha en las montañas.....	91
Debió ser el 22 de Junio del 1959.....	91
En Pedro Acosta	
El caso del doctor Octavio Augusto Mejía-Ricart	
Guzmán y sus tres acompañantes	92

7 expedicionarios en la casa de Emilio Antonio Torres	
Holguín (Bululù) y de Petronila Perdomo (Lila)	96
Los expedicionarios donde Félix Cabrera.....	100
El caso de Emilio Torres (Bululú)	101
La desconfianza	104
El caso de Bobito	106
Polo-Bli en Jaibón	107
Palo de Leche, La Jaiba	111
Gualete.....	112
Pozo Prieto	115
Los dos que llegaron a la casa de Félix y Fresa	115
Cuando cuatro expedicionarios llegaron a donde Elpidio Taveras	117
Viacrucis de Eligio Taveras y su mujer embarazada, del niño Olivio y sus padres.....	123
Por los lados de Ranchete.....	126

Tercera Parte

Lucha en el llano, en la Línea Noroeste	129
La despedida del expedicionario Persio Grullón	130
Gráfico de la línea noroeste	132
Los expedicionarios en el platanal de Jaibón.....	133
Por Guayacanes	135
Debajo del puente pandero de Jaibón.....	135
En el potrero de Luis (Tilila) Morel	135
El apresamiento y desaparición de Luis Morel.....	138
Sangre en la pared	141
Los siete guerrilleros que cruzaron el Yaque Por los lados de Guayubín, camino a la Cordillera Central En Cana Chapetón	141
De Zamba a Tomine Arriba.....	148

Cuarta Parte

Lucha hacia la falda de la Cordillera Central.....	153
El combate del Cerro del Guano	153

Los cuatro expedicionarios restantes.....	153
El último esfuerzo	155
Viacrusis	159

Quinta Parte

El penúltimo Comandante de Estero Hondo Guillermo Padilla Hernández, un comandante desconocido	163
Característica de la lucha en Maimón y en Estero Hondo (Comparación de la metodología)	166
Reflexiones sobre el método utilizado.....	169
Expedicionarios	173
Bibliografía	181

AGRADECIMIENTOS

A la Academia de Historia de la República Dominicana por su apoyo al desarrollo de este trabajo de historia oral.

Al señor Adriano Rivera, profesor rural y arqueólogo, residente en la población de Imbert, que me acompañó y sirvió de guía en la zona, al igual que lo hizo durante todo el tiempo en la zona de Maimón.

Al síndico de Estero Hondo, Nelson Cruz Acosta, que se tomó el trabajo para él y me trasladó a numerosos lugares.

A toda esa población que me ayudó a combatir el miedo y cooperaron porque lo consideraron un trabajo que engrandece a la Patria de todos.

VEREDICTO DEL JURADO

Por sus aportes de investigación de campo en la recolección de historia oral y su tratamiento en el marco de la contrastación con fuentes establecidas de los detalles geográficos, culturales y datos históricos sobre el tema en cuestión y de interés para el estudio de la resistencia política de los sistemas dictatoriales en República Dominicana, el jurado dictaminador acordó otorgar por unanimidad el Premio Internacional Miguel Cocco Guerrero Museo Memorial de la Resistencia Dominicana 2014 a la obra: *Estero Hondo, 1959, Interioridades, Los campesinos hablan*, de Guaroa Ubiñas Renville.

Dado en Santo Domingo, República Dominicana, el 30 de mayo de 2014.

Los integrantes del jurado:

Dra. Luisa Navarro Dr. Manuel Matos Moquete Dr. Odalís G. Pérez

PRESENTACIÓN

Luisa de Peña Díaz
DIRECTORA GENERAL DEL MUSEO MEMORIAL
DE LA RESISTENCIA DOMINICANA

Desde su surgimiento, el 29 de mayo del año 2011, el Museo creó el Premio Internacional Miguel Cocco Guerrero Museo Memorial de la Resistencia Dominicana. El propósito de este certamen es fomentar la investigación, discusión y producción de escritos sobre hechos y/o personas que contribuyeron a la lucha por la libertad dominicana en el periodo de 1916 a 1978. Esta intensión está inscrita dentro de la trayectoria de la institución cuyo objetivo general es “Motivar el interés por la historia a través del recurso de la memoria, los relatos, testimonios, manifestaciones artísticas y culturales.”

Se trata de un premio internacional, en el que pueden participar autores dominicanos y extranjeros, y con el cual se honra la memoria de un luchador por la libertad dominicana como lo fue Miguel Cocco Guerrero. La condición para someter trabajos al certamen es que las obras sean presentadas en lengua española y que el tema tratado esté concentrado en algún episodio y/o persona vinculada a la lucha por la libertad dominicana en el periodo mencionado. Es un premio con una retribución bien dotada y, además, se publica y se difunde la obra ganadora.

La participación es sumamente abierta, pues tanto se incluye obras de investigación como obras de testimonio. Las personas interesadas pueden tratar las categorías de análisis de un acontecimiento en particular de una época; biografía de una perso-

na con una participación protagónica en uno o varios acontecimientos; y, narraciones de testimonio en las modalidades de autobiografía, diario personal, memorias, crónicas, reportajes y/o entrevistas.

En la primera convocatoria para el año 2013 no hubo ganadores. Nos complace la premiación para esta segunda versión de una obra de Guaroa Ubiñas Renville, un acucioso investigador de temas que abarcan aspectos de la historia dominicana reciente. En la obra ganadora, *Estero Hondo, 1959, Interioridades, Los campesinos hablan*, se ha indagado sobre nuevos aspectos vinculados al tema tratado.

Dentro de los logros de este libro, dos razones centrales nos satisfacen sobremedida. La primera, se trata de un texto que se inscribe certeramente dentro del ámbito temático al cual el Museo de la Resistencia se dedica a preservar su memoria. Y, la segunda, porque este libro constituye un aporte con el cual el autor revela un conjunto de datos desconocidos hasta el momento sobre la forma en que sucedieron los hechos de la llegada de la Tinima, embarcación que entró por Estero Hondo el 20 de junio como parte de la expedición del 14 de junio del año 1959, la cual tuvo como propósito desplazar del poder la tiranía de Trujillo e instaurar la democracia en el país.

La obra premiada es una especie de continuidad temática en el autor. Pues ya antes, en el 2010, Ubiñas Renville había trabajado sobre el mismo tema, el caso específico de Maimón y los expedicionarios que llegaron también el 20 de junio en la embarcación Carmen Elsa. Con el resultado de esas indagatorias publicó el libro *Maimón 1959, cincuenta años después los campesinos hablan* donde, como en la obra premiada actualmente, lo que hace el autor es contrastar los escritos sobre dicha expedición con las versiones que tienen los campesinos que vivieron esos hechos en el escenario de los acontecimientos.

Tenemos la certeza de que la obra *Estero Hondo, 1959, Interioridades, Los campesinos hablan*, de Guaroa Ubiñas Renville, Premio Internacional Miguel Cococo Guerrero, servirá para

un mejor entendimientos de los hechos acaecidos en junio de 1959, el más importante y acabado intento glorioso durante la tiranía por recobrar la libertad del pueblo dominicano.

PRÓLOGO

Escribir la historia puede ser tan heroico como hacerla. Tanto quien la hace como quien la ayuda a trascender se enfrentan a grandes retos. Los primeros, quienes se echan al hombro los males de la sociedad y deciden enfrentarlos, tienen que afrontar muchos desafíos; deben estar dispuestos a grandes sacrificios, incluso al más grande de todos: dar la vida en defensa de esos ideales que, en definitiva, son los que sirven de pedestal a todo el andamiaje de acción; son los que se convierten en soporte a las actitudes frente a la derrota o frente a la victoria. Para quienes luego se proponen legar la memoria de esa historia, dejar en una fuente “confiable” lo que han logrado captar de los hechos, el reto no es menor. No es menor porque quienes se atreven a escribir, a contar, a testimoniar lo ocurrido se ven compelidos a enfrentar a detractores y a otros que, aun cuando se muestren pasivos frente al historiador, miran con desconfianza lo dicho, lo escrito, lo extraído de las fuentes naturales de la historia.

El presente trabajo puede ser uno más de esos que alimentan la lucha que se sucede entre quienes se consideran conocedores de los hechos del pasado y de sus esencias. De igual manera podría ser motivo de nuevos y grandes debates, de enconadas disputas en la búsqueda de la escurridiza verdad histórica. De hecho, en su realización se han puesto de manifiesto las grandes contradicciones que fluyen entre las distintas posiciones que es posible adoptar frente a un hecho histórico, porque un suceso cualquiera tiene una lectura diferente de cada persona que accede a él. Eso es saludable. La diferencia de opiniones, argumentadas o no, hacen más amplio el abanico de interpretaciones de los hechos y, por tanto, hacen más activa su presencia

en la memoria de los pueblos. El tema aquí abordado es uno de esos que en la historia dominicana no pueden ser olvidados por dos razones: el momento en que sucedió y su trascendencia social; ambos son avales de su necesaria presencia.

La presente obra sobre los sucesos de Estero Hondo, a diferencia de muchas de las que se han escrito o puedan escribirse sobre este tema, tiene una particularidad que le da una especial connotación. Se trata de la fuente principal que han abrevado estas páginas. Los informantes son personas que vivieron los hechos. Es gente que hace más de 50 años fueron testigos de lo que ocurrió una vez los expedicionarios de 1959 llegaron a costas dominicanas. Como se sabe, los integrantes de la raza Inmortal que arribaron por Constanza, Maimón y Estero Hondo, vinieron procedentes de la isla de Cuba para escribir con su sangre una página inolvidable de la lucha por la libertad. Los testimonios recogidos en este texto-homenaje a aquellos que dieron su vida por la patria dominicana son el más digno regalo a quienes apuestan por la memoria y a quienes ven en las comunidades a los verdaderos constructores de la historia.

ESTERO HONDO 1959 es una obra que se ha alimentado de la experiencia de hombres y mujeres que callaron por mucho tiempo. Gente que guardó con celo extendido los conocimientos sobre aquellos hechos, acunándolos como un gran tesoro. Las personas que han decidido aportar sus testimonios merecen respeto no solo por aportar algo necesario, sino por su sencillez frente a quienes han buscado en ellas la validación de especulaciones y afirmaciones casi siempre teóricas. En esta obra la oralidad cobra relevancia como vía de acceso a los sucesos que configuran y definen la historia.

Es pertinente tener en cuenta que cualquiera que sea la persona que brinda testimonio sobre un hecho, puede estar prejuzgada o condicionada por sus posiciones, por sus modos de “leer” lo ocurrido o por sus experiencias. Asimismo, debe tomarse en cuenta que la memoria de un testigo puede variar con el tiempo. No obstante, al contrastar distintas opiniones, en

una especie de triangulación metodológica, y al hacer más de una vez la entrevista a un mismo informante clave, disminuye el margen de error en sus aportaciones.

Las interpretaciones personales que hacen los testigos de un hecho son de gran valor. Por eso, al abordar un tema como el de los memorables acontecimientos de 1959 en Estero Hondo, cobra significación la referida contrastación resultante de hurgar en la memoria histórica de quienes vivieron de forma directa o a través de sus padres y allegados.

Este libro tiene otra particularidad: se acerca mucho a los hombres y mujeres más nobles, más sinceros, aquellos que han vivido por siempre en los campos dominicanos sin la contaminación sociocultural a que están expuestos los que acceden a la cultura escrita y a la influencia avasallante del desarrollo científico-técnico. En esta obra fluye con naturalidad el sistema de emociones y sentimientos que provoca ser conminado a hablar de lo vivido. Es uno de los regalos más grandes que se puede hacer a una persona que acumula mucha experiencia: pedirle que las comparta.

Su autor cumple el rol de intermediario entre la visión de los testigos que conocieron de primera mano los acontecimientos de Estero Hondo y los lectores interesados. Por disímiles razones, con la contrastación de esos detalles, se enriquece y se motiva el debate. Es ahí donde se crece la disputa histórica en los distintos ámbitos no solo del pueblo dominicano, sino de las sociedades.

Bismark Galán

ABORDAJE

Este trabajo está dirigido a esclarecer, dentro de una dinámica lo más real posible, los hechos y acontecimientos acaecidos en la República Dominicana con la llegada del contingente de hombres que desembarcó en la madrugada del 20 de junio del 1959 por la playa de Estero Hondo. Para lograrlo, hemos acompañado lo textual “posible” con los datos y versiones obtenidos por medio de los más rigurosos métodos de la oralidad. Mucho ha ayudado el contacto personal con los testificantes y con el conocimiento físico que ellos tienen de los lugares donde acontecieron los hechos. Eso nos ha obligado a caminar, tramo por tramo, el escenario de estos acontecimientos, como quien pretende atrapar las huellas de los protagonistas de los mismos. Esa es la metodología que hemos aplicado de forma reiterada en nuestros trabajos y que a nuestro juicio nos ha dado excelentes resultados.

Reiteramos que nos hemos apoyado en la bibliografía sobre el tema, a cincuenta y un años de los sucesos, interesados en lograr la verdad que a veces duerme escondida o corre fugitiva. Nuestro método, basado en las técnicas orales, ha sido el de recoger los recuerdos. Luego confrontarlos, estudiarlos detenidamente, tomando en cuenta los límites que les han sido impuestos por el micro hábitat de intereses en que se han desarrollado, su lenguaje corporal; micro expresiones y demás manifestaciones ajenas a la voz. Esto se hace con el interés de detectar mentiras, mentiras a medias, verdades y medio verdades. Es un método que persigue la verdad. Para ello ha tenido que estar sujeto a una diversidad y flexibilidad dictadas, a veces, por la intuición.

Desde nuestra llegada a la zona a investigar hemos percibido un apretado entramado social. Ese armazón se fue convirtiendo en un sólido muro que nos imposibilitaba, persistentemente, llegar a lo que la lógica de la confrontación de las versiones y nuestra propia experiencia podía concebir como verdad. Por esa razón, en este caso muy particular, nos hemos visto en la necesidad de conocer a cada personaje antes de entrevistarlo. Eso nos llevó a atender su posicionamiento familiar, sociocultural y de fidelidad a personas o grupos.

Esta obra es la historia de un drama. Incluye a las personas que, siendo aparentemente simples espectadores, han librado hasta los últimos momentos de sus vidas luchas interiores relacionadas con el tema que nos ocupa. Pretendemos que sea, además de una investigación sobre los hechos de los gloriosos combatientes llegados por allí, una materia para el estudio de la sociología y la psicología social de nuestra gente en su conjunto y de la historia. También deseamos contar con la participación de los interesados no solo como lectores, sino como investigadores que nos acompañan, idea que hemos aplicado en todos los trabajos de oralidad que hemos abordado. Para que eso sea posible debemos ser lo más fieles posible al describir las voces y las demás expresiones de los entrevistados y de su entorno, de manera que nuestro trabajo pueda ser percibido pleno de realismo por el lector.

Aclaraciones Preliminares

Para que este trabajo logre disipar la confusión en que vivimos, producto principalmente de nuestra propia ignorancia y del accionar de las clases y sectores sociales que se han mantenido en el poder, nos hemos visto en la obligación de hacer una serie de aclaraciones introductorias.

Todavía más, cuando el propósito principal de este material es que sea comprendido y aquilatado por la juventud a la cual se le ha presentado una historia deformada, cuando no mutilada por las conveniencias y los intereses más espúrricos.

Nuestra pretensión es reconstruir lo más brevemente posible, bocetar, dejar ver al que se adentre en el conocimiento de estos acontecimientos heroicos, el ambiente, los protagonistas y los hechos que los antecedieron.

Es necesario comprender la forma en que operaba la dictadura trujillista, época en que acontecieron estos hechos, y su relación con los grupos y clases sociales de nuestra sociedad antes y durante la misma. Solo así se podrá percibir el origen de los males del presente. Es de esa manera como la historia oral logrará su propósito más alto: el de clarificar el pasado y permitir el accionar del presente. Veamos, pues:

- a. La era de Trujillo.
- b. Los exilados.
- c. Intentos y apoyos.
- d. Ignorancia extrema.
- e. Estero Hondo.
- f. El mismo error.
- g. Un ejército solo para represión.
- h. Siembra y cosecha de miedo.

La Era de Trujillo

Trujillo no era un hombre de esa oligarquía cuasi tradicional que había despuntado llena de vigor a finales del siglo XIX de manos del presidente Ulises Heureaux. Era un personaje considerado por la pseudoaristocracia isleña como un hombre, no de primera, sino de segunda.

Desde antes de 1920 Trujillo había manifestado una personalidad profundamente apegada a los bienes materiales. Ambicioso e inescrupuloso. Había venido acumulando riquezas con chantajes y sobornos. Esa conducta la comenzó, principalmente, desde el papel de guarda-campestre en los ingenios del Este.

Contra todo tipo de pudor patriótico ingresó a la academia militar creada en el país por el ejército invasor de los Estados

Unidos de Norteamérica. Allí fue adquiriendo poder político después de un entrenamiento militar de apenas cuatro meses.

Después de dicho entrenamiento fue colocado en un entramado militar que participaba en horribles abusos: linchamientos colectivos a los que le decían *enchilamientos*, quemas de reos en pajonales que tenían que incendiar ellos mismos, rotura de órganos internos por golpeaduras luego de introducirles con un embudo grandes cantidades de agua, y otros numerosos métodos más de tortura. Eran prácticas traídas al país por las tropas norteamericanas, que ocuparon el territorio dominicano de 1916 al 1924. De esas barbaridades fueron víctimas los ladrones del campo, los campesinos de esa época desalojados de sus tierras para beneficiar a la industria de la caña y los combatientes patriotas.

Trujillo se instauró irregularmente en la presidencia del país en 1930. Para ello contó con el apoyo de “su ejército”. En ese grupo primaba la idea de que el más duro era el que no se amilanaba ante la realización de un crimen a mansalva. De ese cuerpo represivo se formó la famosa banda conocida como La 42. Estaba dirigida por el propio Trujillo, a través del mayor Miguel Ángel Paulino, quien le sirvió de instrumento decisivo. En la farsa electoral que montaron en 1930 esa banda actuaba por medio de la intimidación y eliminación de sus opositores.

Trujillo Molina instauró un gobierno unipersonal. Fue comprando, con el toque de terror que lo caracterizaba a él y a sus acólitos armados, a casi toda la intelectualidad dominicana. Les proporcionaba “seguridad” y preeminencia frente a los demás, como ciertas comodidades. Abogados, escritores, filósofos, poetas, periodistas, economistas, politicastos y técnicos, tanto nacionales como extranjeros (pagados), cayeron dentro de su órbita. Este sector le creó un engranaje a Trujillo que funcionaba a la perfección como instrumento de enriquecimiento económico y de reproducción de poder.

Crearon un partido único (el Partido Dominicano) con un lema que era un acróstico de su nombre: Rectitud (Rafael), Li-

bertad (Leónidas), Trabajo (Trujillo) y Moralidad (Molina), con un himno compuesto textual y musicalmente por dos virtuosos del arte: Ramón Emilio Jiménez (letra) y Ramón Díaz (música).

Llenaron el país de sólidas edificaciones para dicho partido construidas por el gobierno y que obedecían al mismo diseño: solidez, altas columnas griegas, etc. En esos locales no solo se publicitaba la obra de gobierno del tirano, sino que servían de instrumentos para vigilar el grado de adherencia de los ciudadanos al régimen. La desafección era castigada hasta con la muerte. Esto creó un ejército de delatores “gratuitos” (calieses) que multiplicaban las informaciones. Se trataba de personajes que los cuerpos armados de seguridad eran capaces de coleccionar.

La inscripción en ese partido era obligatoria. El carnet de miembro, que tenía como símbolo una palmita, era requerido por los cuerpos represivos como un documento de categoría igual a la cédula de identidad personal y el certificado de haber realizado el servicio militar obligatorio. Ese servicio era una caricatura de entrenamiento, más con fines de adoctrinamiento político que militar. A estos tres documentos, que eran llamados “los tres golpes”, se agregaba, en la zona rural, una certificación de que se estaba trabajando en diez tareas de tierra.

La prensa radial, escrita y luego televisiva, no solo era totalmente del gobierno sino que mantenía una propaganda abrumadora y permanente en favor del régimen. Los resultados psicológicos de esa propaganda en la población nunca han sido estudiados a plenitud. Además, quien fuera descubierto escuchando emisoras extranjeras, era penalizado hasta con la muerte.

La religión, principalmente la católica, fue por más de 28 años (de los treinta y uno en el poder), uno de sus más grandes pilares publicitarios. Esa instancia fue beneficiada grandemente con infraestructuras y recursos. Esa conducta creó grandes confusiones en los creyentes y un gran dolor espiritual. En documentos publicados recientemente aparece una nota acusatoria

que evidencia como desafecto a una persona, dirigida al gobierno por el arzobispo Ricardo Pittini. Este arzobispo fue el mismo que gestionó la aprobación, por parte del Vaticano, para que el padre del dictador fuera enterrado en la Catedral Primada de América. José Trujillo Valdez (Pepito), padre de Trujillo, tenía un prontuario de dos homicidios y numerosos robos menores.

En el campo, que era donde vivía en esa época la mayoría de las personas, la autoridad estaba en mano de un civil conocido como Alcalde. Los que, con sus ayudantes, además de resolver los problemas de la cotidianidad, representaban al régimen y estaban atentos a captar a los desafectos. Un desafecto podía señalarse por medio de una simple manifestación: una expresión, una palabra, un gesto. Naturalmente, el grado de agudeza con el cual estos realizaban ese último oficio dependía, en gran medida, de su propensión a la maldad.

La policía resolvía los problemas cotidianos de las comunidades, incluidos los de tránsito. Esto, sin olvidarse nunca de captar desafectos. Se apoyaban en los llamados colaboradores o caliseses, tanto pagados como voluntarios.

El gobierno tuvo también el llamado Servicio de Inteligencia Militar (SIM). Fue un cuerpo especializado en crear terror en la población, apresar desafectos, torturarlos en sus locales (poseían dos sillas eléctricas) y eliminarlos. El régimen constituía la superestructura del país y mejoraba sus estructuras físicas y hasta teóricas. Pero era incapaz de crear instituciones reales debido a que el accionar de todas esas estructuras judiciales, educativas, militares y hasta religiosas estaban intervenidas, orientadas al mantenimiento de un clima propicio para el sostenimiento y enriquecimiento del tirano. Este megalómano había convertido al país en una gran empresa de su propiedad y la de sus allegados. Apenas permitía un precario equilibrio con los representantes de la oligarquía tradicional que había sobrevivido a sus medidas; la misma que luego de su muerte tomaría las riendas del poder...

Durante la dictadura de Trujillo, que era de intolerancia, no se respetaba la opinión ajena ni hablada, ni escrita. El respeto

a la vida, tanto de un pobre agricultor como de uno de sus más encumbrados personeros, era un mito. Así lo muestran tanto el genocidio contra más de 12,000 haitianos como la muerte de miles de dominicanos pobres. Un ejemplo de lo segundo fue el asesinato del encargado de relaciones públicas de la presidencia, Ramón Marrero Aristy.

Los exiliados

“El exilio está ahí donde en nada nos conocemos”

POEMA AFRICANO

La forma de accionar de la tiranía alimentaba un estado de firme rechazo y de oposición. Esto llevó a una gran cantidad de dominicanos y dominicanas de todas las clases y sectores sociales a exilarse, a vivir diseminados en toda la geografía del planeta. Eran exilados que abarcaban de una u otra manera a casi todas las familias (muchas de las cuales habían sido víctimas directas de la tiranía). Ellos sufrían, desarraigados, los trastornos de la frustración de no poder vivir en su país con los suyos. Sufrían la desadaptación propia de su condición de exilados en países que, en alguna medida, les resultaban extraños y en los cuales, por lo general, no podían tener los mismos derechos que debían tener en el suyo. El historiador Franklin Franco, que desde muy joven fue víctima del exilio, brindó siempre un vívido testimonio sobre estas situaciones.

Además, sentían la intranquilidad de saberse perseguidos por el brazo largo y criminal de la tiranía. Un brazo que se extendía peligrosamente asesinando a numerosos representantes del exilio en distintos países. Ese accionar contaba con la complicidad de gobiernos, personeros de agencias como la CIA, y los mismos emisarios del dictador.

Entre los exiliados, en tanto, fue creciendo y alimentándose día a día, hora a hora, minuto a minuto, segundo a segundo, el imaginario de un regreso a su país, de una libertad por la que era digno sacrificarse.

Intentos y apoyos

Fue en aras de esas aspiraciones, por demás legítimas, que aunque muchos se habían integrado a la vida, desde el punto de vista económico, con éxitos relativos. Los dominicanos del exilio se embarcaron en varios esfuerzos contra el régimen. Un intento fue la frustrada expedición de Cayo Confite en 1947 y el otro fue la también fallida expedición de Luperón, en el 1949. El propósito siempre fue acabar con la tiranía. Solo que el tirano contaba con el apoyo de los cuerpos militares, la iglesia católica y la intelectualidad. A lo cual se sumaba la ignorancia y deformación publicitaria permanente de que era víctima la masa popular. Una publicidad que a lo interno provenía de la tiranía y a lo externo, venía del imperio norteamericano. Imperio que, con el argumento de la guerra contra el comunismo, promovían dictaduras como la de Trujillo en todo el mundo. Dictaduras que los Estados Unidos, más que nada, ayudaban a instaurar y a mantener con tal de asegurarse del aprovechamiento de los recursos naturales de esos países, y de su “apoyo político” en los organismos internacionales, para sostener una posición de hegemonía y tutelaje planetario.

Pobreza e ignorancia extrema

En nuestra República Dominicana, durante la dictadura, la población campesina rondaba el 70% de su totalidad. La ignorancia y la pobreza extrema en ese segmento mayoritario eran de tal grado que su supervivencia solo era posible por medio de un trabajo agrícola de gran dureza. Además, los que vivían en la zona costera, que acudían a la pesca, solo lo podían hacer de una forma rudimentaria. Era, en general, una población que se mantenía sumida en el permanente afán de procurarse el pan de cada día.

La radio, que era la única vía de comunicación existente de alcance masivo que permitía escuchar noticias de fuera de sus

entornos, resultaba muy limitada por el alto costo que solían tener esos aparatos y las magras posibilidades de las mayorías. Este medio solo estaba al alcance de los más pudientes, con posibilidades de oírlos en circunstancias muy específicas. Las emisoras eran del Estado o controladas por este, por lo cual su contenido llegaba a los oyentes plagado de una constante propaganda de glorificación al tirano y sus acólitos. Era algo diseñado por los intelectuales en los centros de poder en la ciudad capital y en la ciudad de Santiago. En esos lugares lo otro capaz de mover informaciones eran los viajeros, con sus historias, con sus limitaciones.

Estero Hondo

Los hombres y mujeres de esa costa norte de la República Dominicana, en donde se encuentra Estero Hondo, eran en gran medida del grupo mayoritario de dominicanos trabajadores y esforzados que andaban prácticamente descalzos y herrumbrosos. En esas condiciones era difícil que pudieran comprender que esos expedicionarios, al llegar por esas costas, querían liberarlos de la pobreza extrema y la ignorancia. No alcanzaban a ver que deseaban asimilarlos al imaginario de patria que sueñan los patriotas. Los expedicionarios les resultaban seres extraños, y además fueron rápidamente etiquetados a su conveniencia por la propaganda trujillista. No se durmieron los intelectuales “bienvidos” de la capital, los de la iglesia católica ni la familia del dictador. Estos últimos, se gastaban entonces tanto en lujos, que incluso asombraban a los salones norteamericanos y franceses. Ese sector podía pintar la situación del color que quisieran, etiquetaban a los demás a su conveniencia. Y eso hizo. En vez de revolucionarios dominicanos como eran la mayoría, los declararon extranjeros invasores. “Una invasión”, decían. Aun cuando la mayoría llegaron afeitados, a propósito, antes de salir de Cuba, insistían en denominarlos “los barbudos”. Les endilgaron epítetos como comunistas, enemigos de Dios y también del

Jefe, presentado desde hacía tiempo como un señor celestial. Por esas razones “todo buen dominicano” debía combatirlos, denunciarlos y eliminarlos.

Justamente en los integrantes de los sectores populares, campesinos y obreros, fue en quien más pensaron los expedicionarios al tomar su decisión de construir una patria mejor. Pero a su llegada encontraron en Estero Hondo varios factores adversos. Ya eran esperados por la armada de aire, mar y tierra del tirano. No encontraron de inmediato terrenos montañosos con árboles que los protegieran. Y, por demás, la mayoría de esos hombres y mujeres del campo costero estaban “protegiendo” las costas dominicanas. Su pensamiento estaba contaminado para que se convirtieran en actores claves para la eliminación de los expedicionarios de la forma más grotesca. Todo estaba controlado, claro está, con sus excepciones, dentro del marco de terror impuesto por la tiranía.

El mismo error

Mirando la expedición de 1959 con la distancia del tiempo, nos encontramos una vez más con la repetición de una falla letal. Falla que estuvo luego presente en el movimiento armado del gran líder Manolo Tavares Justo en 1963, y después en el del glorioso coronel de Abril, Francisco Caamaño, en 1972. Esta consistía en no entender que sin la participación a su favor de fuerzas campesinas locales estaban condenados al fracaso; que prácticamente era imposible actuar con posibilidades de triunfar en el campo, ajenos al campesinado. Que si ese aspecto no se toma en cuenta, esa misma actitud aísla a quien lo haga. Por demás, en el caso de junio de 1959, era mandatorio tomar en cuenta la extraordinaria ignorancia de un campesinado manipulado desde el poder por lo más reconocido de la intelectualidad del país. El campesinado de ese momento estaba confundido en los campos más remotos y permeados por una publicidad perversa y mentirosa, puesta al servicio de los peores intereses

durante muchos años. Los expedicionarios no comprendieron que el campesino debía tener, por lo menos, un grado de conciencia o de conocimiento de los acontecimientos que habrían de suceder en su entorno. Y, sobre todo, que el motivo de esas acciones era en favor de los mismos campesinos.

Un ejército para la represión

El ejército trujillista no estaba preparado para guerrear en ningún tipo de lucha. Era muy fuerte, solo en apariencia, pero en lo que se refiere a la fuerza aérea, tenía una fortaleza real. El mismo había sido creado solo para reprimir, abusar y apoyar al régimen. Para mantener a raya a los civiles que se atrevieran a estar en desacuerdo con el Jefe. Aseveración que quedó demostrada cuando hubo de desmoronarse en el 1965 ante el empuje de la indignación popular. Conscientes de ese tipo de ejército, los asesores norteamericanos debieron haberle sugerido a su aliado que se apoyara en el gran volumen de sus tropas, en el fuego de su artillería y en la aviación. La fuerza aérea contaba con más de 125 aviones caza, del batallón Ramfis, además de otro batallón de cazas bombarderos.

Debieron hacer uso también de mercenarios europeos de la llamada Legión extranjera, cuya presencia fue más evidente en el frente de Constanza, donde, al igual que a Estero Hondo, llevaron perros amaestrados que tenían en ese momento su centro de operaciones en la Hacienda María, en la provincia de San Cristóbal. La contrainsurgencia se concentró, más que nada, en buscar el apoyo del campesinado. Para lograr dicho apoyo estimulaban a los campesinos pobres de esas zonas a defender “al país, a la patria, de esa invasión extranjera”. A los campesinos de estas zonas además de espolearlos con su falsa arenga de patriotismo, les ofrecieron dinero, botas y posibilidades de engancharlo en los organismos militares del régimen, de manera que algunos de éstos sin entender lo que realmente estaba sucediendo, vieron en esta situación la posibilidad aprovechar esa

estrecha brecha que parecía abrirse, que le podía permitir salir de los problemas de subsistencia y la espantosa marginalidad en que vivían. Asumieron o trataron de aparentar que asumían la defensa del régimen.

Siembra y cosecha de miedo

Los campesinos se integraron a la defensa del tirano aparentemente sin ser obligados. Aquella ambivalencia era parte de esa circunstancia, unos sí y otros no; confundidos o no. Aunque preciso es resaltar que en ellos quedaba muy claro que cualquier desliz en esa dirección los convertía en detractores del régimen y en “traidores a la patria”. Por tanto, pasaban a ser mercedores de la muerte más horrenda, horrorizando a los demás con un “trato ejemplarizante”. Dándose el caso de algunos que fueron desaparecidos o asesinados y expuestos públicamente por haber ayudado, apenas a evadirse, a uno u otro expedicionario; o que los ayudaron proporcionándoles alimentos. Espectáculos en cuya preparación usaban a otros campesinos que tenían lazos de familiaridad o amistad con las víctimas. La tiranía sembró un miedo tan grande en la mente del campesinado de esas comunidades que aún hoy vive en muchos de ellos. Se trataba de un miedo que solo dejaba, en esos espacios, silencio y sumisión. Miedo que luego fue alimentado, modesta pero sostenidamente, con la presencia en la presidencia de la República por más de 22 años de Joaquín Balaguer, el principal cómplice de Trujillo.

A pesar de que ese miedo ha generado reservas por más de cincuenta años, se ha logrado despedazarlo y el propósito de la historia se va cumpliendo. Hemos podido recoger las informaciones necesarias y procesarlas de una manera racional hasta entenderlas como veraces. Lo cual nos ha permitido ensamblar toda una secuencia de emociones y de hechos épicos. Informaciones que habían estado ocultas o dichas parcialmente, han salido a flote.

Beligerancia: metodología

Los combates, las escaramuzas y las persecuciones se desarrollaron en tres escenarios con diferencias geográficas, topográficas y de subsistencia muy marcadas; así como históricas y sociales que de alguna manera tuvieron que ver con el desarrollo de los acontecimientos. Eso hace que hayamos dividido la parte central de este trabajo en tres. La primera parte corresponde a la zona que abarca la topografía baja de la tierra de los esteros: Estero Hondo. La segunda parte incluye las zonas montañosas de la Cordillera Septentrional. La tercera parte abarca la zona del Valle de la Línea Noroeste y la falda de la Cordillera Central.

PRIMERA PARTE
EN LA TIERRA BAJA DE LOS ESTEROS
ESTERO HONDO Y EL PATO, 1959

El 20 de junio del 1959 la embarcación La Tinima, comandada por José Antonio Campos Navarro, alias Toñito, y capitaneada por el español Francisco Martín, se enfiló a las playas dominicanas con 48 hombres. Apareció por los lados de Las Dos Piedras que aún se ven en la Punta del Burén¹.

Pegada a la playa solo vivía Rafael y Altagracia, una pareja de agricultores con su familia. Subsistían tan pobremente que sus hijas e hijos, por no tener camas, tenían que dormir en una yagüíta². Producto de su ignorancia estos campesinos eran incapaces de analizar las raíces de su situación. ¿Podía ser posible que tanto ellos, como la mayoría de los campesinos dominicanos, vivieran en una situación de pobreza tan extrema, en una “Era” que tenía ya 29 años en el poder?

Admiraban y obedecían a un jefe que se había enriquecido con el trabajo casi esclavo del pueblo y de negocios ilícitos. Al menos, le temían tanto, que eran incapaces de apoyar decididamente a quienes luchaban en su contra. Se trataba de un jefe dueño y señor de vidas, honras y propiedades. Que entendía que el país con todo y sus habitantes era una finca de su propiedad. No aceptaba que se pensara de otra manera que no fuera en su provecho. Ese jefe no alcanzaba a ver las situaciones personales de los desposeídos. Ellos, los campesinos y su familia

1. Una amplia estructura calcárea de piedras muy filosas, con abundantes abrigos rocosos y cavernas.

2. Parte con la que se adhieren las hojas de las matas de palma.

marcada por la pobreza extrema, no le resultaban interesantes ni apetecibles al tirano. De ellos solo requería su fuerza de trabajo y su sumisión política.

Tampoco comprendía el campesinado de ese momento las motivaciones y lo mentirosa que era la propaganda de ese régimen de partido único, obligatorio. Un gobierno alineado con los Estados Unidos en el contexto de la llamada Guerra Fría, que tildaba de comunistas³ a sus enemigos armados que acababan de llegar. Un régimen que, a la vez, exacerbaba el nacionalismo diciendo que se trataba de una invasión de extranjeros. Una invasión ante la cual el gobierno y los campesinos dominicanos tenían que proteger de “esos extranjeros” las costas de la patria.

Esa propaganda no tenía una contraparte clara y definida. Los expedicionarios, “esas personas”, los llama un campesino de aspecto tosco como si interpretara a un grupo que ahora necesita justificar su accionar de entonces, “habían llegado sin tomarnos en cuenta”. “No se paraban”, agrega, extendiendo y moviendo lenta y pesadamente los brazos, parece dar más fuerza a lo que dice, de que pasaban como ignorándolos, sin tomarlos en cuenta, y no se detenían a hablar de sus razones. Los hacen ver como algo lejano a ellos. Le restan valor, aunque sea inconscientemente, al hecho de que fueran fundamentalmente dominicanos, a su valor y a sus intenciones. No sabían que su accionar pretendía acabar con esa dictadura que impedía la sola enunciación de las opiniones de la gente. Ni siquiera se imaginaban que quienes llegaron trataban de mejorar las condiciones materiales de todo el pueblo.

Rafael Antonio Sánchez, nativo de Navarrete, y su esposa Altigracia Santana, de Puerto Plata, se metieron a vivir en esa

3. El término comunista era manejado por el gobierno en connivencia con la Iglesia Católica. Significaba que eran gentes desagradecidas por no creer en un dios hacedor; gentes sin ningún tipo de escrúpulo, dispuestos a hacer lo mal hecho. Hablaban también de barbudos, para aproximarlos a la idea que se propalaba sobre Fidel Castro, (que los envió desde Cuba). La Iglesia Católica, con un cristianismo fundamentalista, apoyó la acción cometida.

montería⁴ llena de broques⁵. Vivían ahí porque ya no podían soportar la miseria en el sitio de La Jaiba.

—Teníamos una necesidad tan grande que nos estábamos cayendo muertos –dice Doña Altagracia, de casi setenta años.

Con un gesto de resolución y autoridad deja “en su sitio” a tres de sus hijas allí presentes, ya adultas, que intentan explicarse hablando. Ya han pasado cincuenta años después de esos sucesos.

—Había otra casa –agrega–, la de Míster Pensel (forma de pronunciar ese apellido), un norteamericano que trabajaba en una compañía de su país que funcionaba en Manzanillo⁶. La tenía para vacacionar “y nos traía cosas de regalo”, dando a entender que esos regalitos eran muy apreciados por ellos.

La de esta pareja era una vida dura, llena de privaciones. No tenían luz eléctrica ni agua potable; vivían en un caserón techado de cana con piso de tierra. No había camas ni para la pareja ni para la prole. Permanecían casi desnudos, sembrando víveres, matas de plátano, cicales, haciendo senderos que morían en todos los lugares. Como todos los campesinos que han sido pioneros en ese tipo de lugares.

El Burén es una estructura sólida de piedras marinas puntiagudas con más de medio kilómetro de extensión. En su seno existen muchas cuevas verticales y numerosos abrigos rocosos. Pero antes de la Tinima llegar ahí tuvo que cruzar por la boca de un caño de no menos de 500 metros en su punto de penetración que entra más de 20 kilómetros en dirección hacia el noreste en una tierra firme. Lugar que es un hábitat de manatíes.

En ese espacio hay varios paisajes de tierra baja o esteros. Y allí se encuentra un poblado llamado El Pato. En 1959, con aproximadamente 47 ranchos⁷, competía con las casas disper-

4. Sitios deshabitados.

5. Lugares con una vegetación virgen que no permite el paso.

6. Grenada Company, compañía subsidiaria de la United Fruit Company.

7. Nombre dado generalmente a las casas campesinas hechas de tabla de palma o de cana con techos de canas o de yagua, generalmente muy pobres.

sas de Estero Hondo. También estaba allí el llamado Cementerio Inglés que correspondía a la población de El Pato, punto por el cual la Tinima debió pasar. Para la época a que nos referimos frente al Cementerio Inglés quedaba lo que era “una pasá”⁸ de barcos de vela de las Antillas menores. Los habitantes de El Pato hacían tratos, posiblemente, desde mucho antes del auge de los negocios de entonces. Se recuerda que también había comercio entre esas embarcaciones y las poblaciones de Montecristi y Estero Balsa o Puerto Juanita.

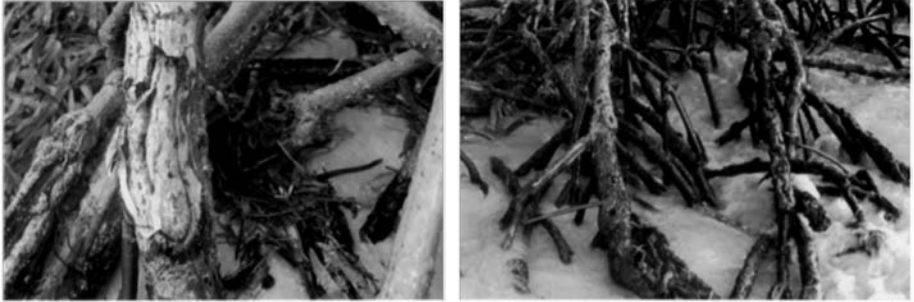
En esos lugares era comerciante Antonio Salcedo, conocido como Pepillo, el primer presidente del movimiento de la Restauración de la independencia dominicana cuyo triunfo se dio en 1865. En El Pato, poblado costero, predominaban los apellidos ingleses. Eran apellidos de inmigrantes radicados allí procedentes de las colonias británicas en el Caribe. Están los Willians, los Perguin (Perkin), los Bodó, etc. También estaban en El Pato los Cabrera y los Martínez, de otra procedencia.

Luego de ese tramo es cuando la Tinima bordea la punta del Burén y trata de penetrar a la playa de la ensenada. Lugar a donde llegó después de atravesar las dos grandes piedras que están casi en su punta.

Más al norte de El Pato, por los lados de Cayo Timotea, se hallaba un muellecito, “porque en esos tiempos no habían cargas corriendo por la tierra”, dice Antonio Díaz, de más de 90 años. Él recuerda cuando trabajaba con su abuelo, Roberto Díaz, quien tenía un barco de vela en el cual llevaba a Puerto Plata, para comercializar, cuero de animales, madera, tabaco, café, maíz y más que nada mangle rojo. De ese mangle era muy demandada la cáscara. La misma, después de quitársela y machacarla, era metida en unos cerones que mandaban los compradores. La usaban para hacer tinta de escribir. La pagaban

8. Lugar donde se producían embarques y desembarques complementarios o secundarios. Aprovechando que las embarcaciones, generalmente, eran goletas de las islas vírgenes, como iban hacia otros lugares, pasaban por allí. Antonio Díaz estaba casado con Caridad Willian, una de las familias originarias de El Pato.

apenas a 60 “cheles” el kilo. La cerda era otro producto de la zona, se trata de los pelos de los animales, sus colas, las crines. Los mismos eran usados en el país y en el extranjero para hacer cepillos. Rememora cómo les cortaban los pelos a esos animales con tijeras.



Mangle rojo, costa de Estero Hondo.

Se trata, más o menos, de una réplica de lo que comercializaban los criollos de la colonia española de esas costas con los filibusteros y bucaneros holandeses, ingleses y franceses antes de las despoblaciones de Osorio del período 1605-1606, más de 300 años antes.

Estero Hondo era en 1959 un poblado que quedaba a cinco kilómetros más adentro de la costa. Se trataba, más bien, de un conglomerado de ranchos dispersos, de gente criolla que se trasladaba a El Pato a ocuparse de la pesca y el negocio de la exportación. También ocupaban parte de su tiempo en la agricultura y la cría.

Ese nombre debió ponerse, según un anciano del lugar, porque desde donde quiera que usted se sube (montes y montañas de sus alrededores) se ve un hondo. Dicho nombre está relacionado al término estero, que quiere decir tierra baja a donde penetra el agua marina en su pleamar. Tiene, además, espacios que se llenan de agua salada a los que les llaman albinales.

“Estos albinales dificultan el tránsito y cuando se secan se

convierten, no en lodo pantanoso, que es en el que se pueden hundir mucho los animales y las gentes, sino en lodo que puede darle bajito a los animales y a las personas, permitiéndoles atravesarlos” refiere el campesino Eusebio Díaz. Este poblador del lugar agrega que ya secos se pueden ver bolitas de sal regadas por todos lados, ya agrupadas.

De manera que los expedicionarios de 1959 tuvieron que encontrarse allí con dos elementos naturales adversos importantes, los albinales⁹ y el complejo estructural de piedras cortantes conocido como el burén. Creándosele una situación parecida a la de sus compañeros que desembarcaron por Maimón; aquí fue el Burén, y allá la estructura rocosa de Las Dos Hermanas. Ambos grupos se encontraron después del desembarco con dos lugares que si bien le podían servir en lo inmediato para brindarles protección; permanecer en ellos resultaba una trampa mortal.

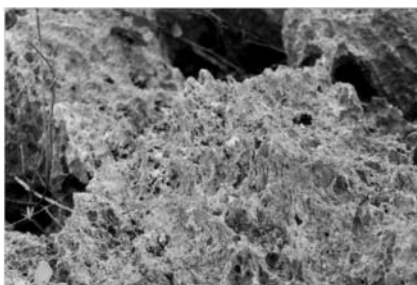
Siguiendo la costa para el sur, o tomando hacia el oeste desde el sitio de El Papayo, estaba (todavía está) el lugar llamado Estero Balsa o Puerto Juanita; ahí había en 1959 un destacamento militar. Estero Hondo, en cambio, estaba libre de esa situación. Cuando llegó La Tinima, las autoridades máximas de allí eran el alcalde Nené Basilio y el inspector de costa Rafael García. El inspector de Costa era, generalmente, un veterano de algún cuerpo armado que se ocupaba de saber lo que se movía en los negocios marítimos.

La existencia del cuartel de la guardia (con apenas dos o tres militares) en Puerto Juanita o Estero Balsa se explica porque este lugar contaba con una larga historia de auge en el comercio de exportación de tabaco, madera campeche y mangle rojo. El tabaco provenía de un valle aledaño conocido como “la tierra de los Billini”. El campeche era extraído de las lomas de Puerto

9. El señor Eusebio Díaz define y dice que el albinal es una tierra desolada, que hay un limpio, solamente se ve la tierra; el agua de mar la rellena y luego se desaparece dejando unas burbujitas, las cuales se convierten en bolitas de sal, y un lodo no pantanoso.



Albinal con residuo de sal, Estero Hondo.



Piedras cortantes en El Burén.

Juanita y de Balatá. El mangle rojo era de la costa de Estero Balsa. Los lugareños (en su momento los Torre, los Billini y los Salcedo) eran las personas más prósperas del entorno. Esa historia provenía de mediados de 1800, cuando el presidente Antonio Salcedo vivía allí con su familia. Desde esa época había un comercio activo. La localidad llegó a tener más de cuatro puertos y varias “pasá”. En realidad, la zona alcanzó su mayor auge comercial durante las despoblaciones de Osorio, en el 1606. Ya en 1771 se discutía en Sevilla sobre la calidad del tabaco de la isla.

Para 1959 la importancia comercial de toda la zona no había sido suplantada. Había comercio, en mayor medida, con el de Puerto Plata, que le queda el este; y con la localidad de Montecristi, que le queda al oeste. Lamentablemente ese dinamismo comercial no se traducía al colectivo que vivía en la más abyecta miseria, desamparo y atraso.

La loma de Balatá, en Puerto Juanita, forma una especie de herradura que rodea los muelles¹⁰. Alrededor de los muelles hay una corriente de agua que aparece una vez al año. Toda la zona estaba marcada por una falta de comunicación extraordinaria. Apenas había tres o cuatro radios de pilas secas que se encontraban distribuidos entre los más afortunados. Allí predomina-

10. Existían dos muelles principales. Uno era el llamado Puerto Juanita; y el otro el de Samsié, que quedaba a 9 kilómetros al sur. Habían cuatro más de menor importancia. Si se mira desde la ensenada, se ve a Herradura, que es uno de los brazos, y luego El Burén, que es el otro brazo de la herradura.

ba la publicidad constante a favor del régimen. Un campesino recuerda, con un dejo de ironía desde su mundo de frustraciones, que Trujillo decía: “Mis mejores amigos son los hombres de trabajo”.

Rodríguez, un militar que estuvo viviendo en la zona para 1959, refiere que “Las personas que habitaban esta zona estaban dedicadas a la pesca y al comercio en El Pato; también la agricultura de subsistencia y a la crianza de ganado, todo de forma y manera muy primitiva y limitada. Eran gente comedora de langostas, cangrejos, yuca, batata y maíz asado. Eran usadores de soletas y se distraían con tomarse grandes tazas de café negro como tinta. Esperaban un jepp que iba aproximadamente cada dos semanas desde Santiago y la llegada de “la guagüita del hielo”. Así la gente se podía llevar el disfrute del frío a sus labios, a sus bocas y a sus gargantas”.

El otro entretenimiento provenía de clero católico (que apoyaba al tirano). Su presencia, de tiempo en tiempo, se avisaba por medio de doña Gertrudis¹¹. Todo en ese ambiente era dominado por la lentitud de una cotidianidad sin sobresaltos. En ese lugar solo generaba estruendo el mito de las ciguapas y de las brujas. Y ante la mentalidad de aquella gente, los padres y las madres sentían la necesidad del bautismo para sus hijos y ahijados y el acceso al sacramento del matrimonio.

11. Una señora muy devota y respetable de la comunidad puesta como ejemplo del tipo de relaciones de personas por medio de la cual la iglesia avisaba sus visitas a la comunidad.

DÍA 20 DE JUNIO DE 1959

“PAPÁ, VEA ESE BARQUITO
QUE VIENE CASI VOLANDO”.

Desembarco

En lo alto de “la breña”, en el extremo sur de Punta Rucia, había un bohío. Allí vivía Bienvenido de Jesús y Ermina Fermín, una familia campesina. Uno de los hijos se iba esa madrugada a ordeñar algunas vacas y a cuidar el maíz para que no se lo comieran las guineas cimarronas. Eran las cinco de la mañana, o tal vez antes. Ya cuando salía, miró hacia el mar, y vio esa embarcación a una velocidad nunca antes vista. No se contuvo y exclamó: “Papá, vea ese barquito que viene casi volando”. Era la Tinima, y venía cargada de unos hombres que traían consigo la esperanza de cambiar la suerte no solo de él, sino de todos los campesinos dominicanos. El desembarco era cosa de minutos.

En la Ensenada había un grupo de pescadores con sus rústicas yolas. Estaban ajenos a “quiénes eran esos militares que venían”; a la magnitud del hecho del cual comenzaban a ser testigos. No podían imaginarse los innúmeros trastornos por los que pasaron los integrantes de esa embarcación después de salir de la Bahía de Nipe, ni que procedían de la hermana isla de Cuba. Los pescadores observaron curiosos la presencia de los recién llegados que usaban botes de goma para desembarcar y les solicitaron ayuda para trasladar armas y pertrechos militares a tierra. Allí estaba Colá Ramos, con su padre Severino Rodríguez y su hermano Jesús, en una yola. En otra yola, posiblemente, estaba Meregildo, Manta, Cirilo y Nicolás. Los

pescadores ayudaron transportando con sus brazos las armas de la Tinima a los botes de goma.

La playa La Ensenada, por su baja profundidad, invitaba al gozo sin peligro. Entendían hasta finalizada su tarea que habían ayudado a los guardias trujillistas. Debió ser entonces cuando uno de esos hombres, entre los cuales había unos pocos con acento cubano y venezolano, les dijo a los pescadores que habían venido “a quitarle al pueblo ese yugo de Trujillo”. La frase fue repetida exhaustivamente. Algunos de los pescadores, temerosos, abandonaron poco a poco la playa y se fueron alarmados a El Pato. De inmediato trataron de obligar a sus familiares a irse del lugar. Les decían que allí se iba a armar una guerra, que se mudaran rápidamente. Pero esos que fueron a El Pato tan temprano, o fueron muy selectivos en cuanto a las personas a las que avisaron, que debió ser a un número muy limitado de gente, o no fueron creídos ni por sus propias familias; pues son frecuentes los testimonios de los que solo se avisaron luego de escuchar los disparos, ya entrada la mañana.



Las dos piedras, por donde entró la Tinima, vistas desde la parte de atrás del Burén.

En cuestión de minutos mucha gente de toda esa área comenzaron a escuchar los primeros disparos. El estruendo inicial provenía de los cañoneos de la corbeta 103 de la marina

trujillista. La lluvia de plomos recaía sobre la Tinima. La embarcación estaba vacía. Los recién llegados ya la habían abandonado. Algunos tiros se desviaban de su objetivo y venían a caer en lo alto de las lomas circunvecinas, por donde se encontraba entonces Rancho Manuel. Otros fueron a dar a la cercanía del lugar llamado La Jaiba.

De los 48¹² expedicionarios que llegaron en ése barquito que “venía casi volando”, solo 47 habían pisado tierra. El Comandante José Antonio Campos Navarro no pudo desembarcar. Cayó al mar con todo y sus pertrechos y se ahogó según reveló Rubén Cordero García¹³ luego de ser apresado por la guardia del tirano. Otros informes hablan de que Campos Navarro cayó en el momento del desembarco y que su cadáver se vio flotando en la punta del burén y que los militares trujillistas, sabiendo quien era, le lanzaban luego ráfagas de ametralladoras a “su cadáver” desde las rocas¹⁴. Debió caer algo antes del desembarco porque donde se produjo éste, las aguas son muy poco profundas. Campos Navarro había nacido en Cali, Colombia. Era de ascendencia dominicana. Fue sargento mayor del ejército Norteamericano y veterano de la guerra de Corea. Con la muerte de Campos Navarro, el comandante pasó a ser Víctor Manuel Mainardi Reina (Silín), el segundo al mando. El tercero era Octavio Augusto Mejía Ricart.

12. Un conjunto de peripecias fueron confrontadas por la Tinima y la Carmen Elsa desde que salieron de Cuba. Eso hizo que desembarcaran el día 20 de junio y no el 14 como estaba previsto. Todo indica que fue producto de los capitanes traidores que inicialmente tenían dichas naves. Esto devino en trastornamientos y en otros errores del mando revolucionario, incluida la posibilidad de inexactitudes en las listas de los expedicionarios que llegaron por vía marítima.

13. Campos Navarro murió al llegar a Estero Hondo. En el frente de Maimón sucedió algo parecido; José Horacio Rodríguez, deshidratado y baleado, murió al desembarcar; dejó a las tropas sin su comandante.

14. Entrevistas campesinas.

DÍA 20 DE JUNIO DE 1959

Enfrentamientos

“A eso de las diez de la mañana, esto es a 4 ó 5 horas del desembarco, la Fragata 103 ya no estaba allí sola, ya la aviación había comenzaba sus bombardeos y ametrallamientos utilizando elementos del batallón de cazas Ramfis y del de cazabombarderos P-51 y Vampiros¹⁵.

Antes del medio día comenzó a llegar a la zona la infantería trujillista de la localidad de Mao, distante a unos 50 kilómetros, que estaba compuesta por soldados de la 42 compañía, con 12 tanques de guerra¹⁶, los cuales fueron trasladados por la carretera del cruce de Guayacanes. De inmediato improvisaron tres puntos de presencia militar; dos cantones y la sede de la jefatura. Uno en Estero Hondo, ubicado donde está hoy el parque del poblado, por los lados del Samán, en los alrededores de la casa de Edmundo (Mundito) Clase, que fue desde donde funcionó la jefatura ese día 20 como veremos más adelante. Y un segundo cantón entre los sitios de Tiburcio y Gregorio, en la propiedad de Carlos López, que se nutrió con los militares procedentes de Mao. Además, la sede de la jefatura de la operación que estaba a cargo del general Rodríguez Reyes, fue ubicada en El Papayo, en una de las casas de esa población perteneciente a la familia Medina, que es hoy una ruina. Estaban armados

15. También había At-6, un avión que se usaba para entrenamientos, pero iba artillado. Los aviones P-51 fueron adquiridos por Ramfis Trujillo en número de 42 unidades, en Suecia, por medio de un cambalache. Ramfis los pagó a 10,000 dólares, en azúcar, proveniente de los ingenios de su padre. Luego se los vendió en nombre de Porfirio Rubirosa y Leland Rosemberg al Estado dominicano a 50,000 mil dólares por unidad. De igual forma en 1956 fueron adquiridos 25 unidades de Vampiros MK-I y vendidas al Estado dominicano a 205 mil dólares por unidad dentro de una serie de negocios irregulares en que se incluyeron tanques AMX, antiaéreas, carros Link y vampiros MK-V (*Fuente: Capitán de la aviación retirado Ricardo Bodden*).

16. Tanques que unieron muchas fincas unas con otras rompiendo cercas para atravesar de un lado para otro, dice Agustín López.

con ametralladoras Cristóbal¹⁷, fusiles máuser, ametralladoras 50 y 30, bazucas, morteros, granadas fragmentarias, explosivos y los entonces impresionantes tanques de guerra. Los tanques llegaron montados como juguetes sobre las camas de camiones del tirano conocidos como catarey. Desde la llegada de éstos, sobre las camas de esos camiones que eran los más grandes que había en el país, comenzaron a dar problemas. Un tanque se inmovilizó al caerse en el puente que estaba sobre “el arroyo de los muertos”. Los tanques que se movían solo podían hacerlo con una avanzada de campesinos delante, armados de machetes. Además de que en la medida en que se movilizaban de una a otra zona militarizada, comenzaron a romper las alambradas que delimitaban las fronteras de múltiples propiedades.

Estas tropas tenían a su favor la curiosidad propia del dominicano que raya en la temeridad. Muchos solo deseaban estar en “la cosa”. Ahí está el valor personal característico del campesinado del país y la gran ignorancia a que estaba sometido. También impulsaba a los muchos campesinos ese deseo de quedar bien ante “el jefe”. A eso los arrastraba el contexto de una propaganda de egolatría y sumisión incondicional permanente y de su miseria material. Así actuaba la falsa perspectiva de que halagar al tirano significaba bienestar material para él y para los suyos, prestigio, privilegios.

17. Esta carabina (Király-Cristobal) era un producto de la fábrica de armas que tenía el tirano en la población de San Cristóbal, dirigida por el Húngaro Alexander Kovác, se entiende que era la creación del ingeniero Pál Király y los armeros europeos (húngaros, alemanes, eslovacos, franceses, italianos, etc.) que éste había trasladado a esa localidad donde los ubicó en un barrio fabricado antes para otros fines, y los más de 1500 obreros dominicanos que laboraban allí. Tenía un volumen de fuego extraordinario, y el defecto mecánico más notorio que presentó fue el de que se le dañaba frecuentemente la aguja del percutor, cosa que era de fácil solución pues al que las iba a usar se le proveía de varias agujas y se le entrenaba en reponerlas rápidamente. Presentaba también el inconveniente de que cuando se usaba a toda capacidad se calentaba tanto que posteriormente, en la guerra de abril del 1965, los combatientes del pueblo que la usaban se ayudaban envolviéndole el cañón con toallas para no quemarse las manos. Su inventor murió envenenado en la capital dominicana luego de ser sometido a una investigación por supuesta violación a las reglas del contrato que había hecho con Trujillo.

DÍA 20 DE JUNIO DE 1959

Sobre las avanzadas y el cerco trujillista

Los efectivos trujillistas colocados en Estero Hondo y sus alrededores tenían las mismas intenciones que los ubicados en el cruce de Tiburcio. Ambos intentarían llegar a la ensenada. Los primeros lo harían desde Estero Hondo y los segundos trataron de hacerlo llegando por los lados de Punta Rucia. Esas ubicaciones harían pensar a cualquier táctico militar que la idea era hacer un cerco tomando estos puntos como orígenes de dos arcos, de una pinza que debía cerrarse hasta llegar a la Ensenada.

La prioridad de los trujillistas era impedir el escape y detener la posibilidad de que los expedicionarios lograran acceder a la cordillera septentrional, que era la gran muralla que los separaba del centro del país. Sin cruzar esa cordillera tampoco era posible llegar al macizo de la Cordillera Central, donde se suponía que ya estaban los del grupo que llegó por vía aérea a Constanza al atardecer del 14 de junio. La Cordillera Central era en última instancia el punto de reunión de éstos, en caso de no poder establecerse en las zonas aledañas a su desembarco.

Los guardias debieron pensar que si no aprovechaban el momento en que los tenían concentrados en un punto cercano al desembarco, las cosas se les complicarían. Y estaban en lo cierto.

La idea del cerco tuvo que ser planificada. Solo que una serie de incidentes y circunstancias que se dieron en los hechos la llevó a frustrarse. Entre los cuales estuvo el empuje de los expedicionarios y la falta de coraje de la generalidad de los guardias trujillistas de la infantería, entonces con una dirección que resultó débil en el campo. La que, con todo y el material de apoyo con que contaban, no resultó confiable para una guerra de esa naturaleza.

Hubo uno que otro intento de avance por parte de pequeños grupos militares que trataron de salir desde Estero Hondo.

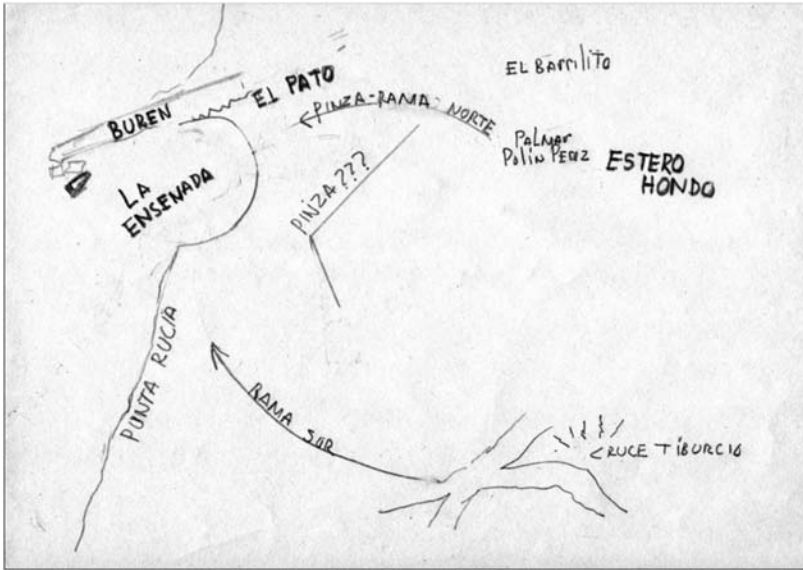


Fig. 1. Mapa de la colocación de las tropas Trujillistas.

Tentativas fallidas. Así relata Minaya el caso en que murieron dos expedicionarios, un dominicano y un venezolano. Pero el gran combate que decidió la estrategia de ambos bandos ese día fue el que se escenificó “cerca del alto de la Escuelita”, que fue un triunfo total de los expedicionarios en el cual las tropas de a pié salieron huyendo en estampida al igual que dos tanques de guerra; dejando abandonadas numerosas armas y municiones en el campo. Fue aleccionador. Demostró que estos guardias tenían un miedo pavoroso, que no iban a ser capaces de enfrentar a los expedicionarios tratando de salirse de los brazos de la pinza que se les había tendido; que a pesar de su superioridad numérica no estaban en capacidad de medirse con ellos en el campo de batalla, lo cual obligó al mando central trujillista a darle un uso protagónico a la aviación.

Decisión que fue tomada dentro del marco del interés expreso de que los expedicionarios no pudieran salir del área donde estaban prácticamente cercados, para que no alcanzaran la cordillera Septentrional. Dada la inutilidad de la infantería hubo

un ingrediente criminal. Realizarían un bombardeo de saturación propio de una guerra total, sin reglas éticas, sobre toda una zona sin tomar en cuenta la posibilidad de la presencia de personas no beligerantes, animales, naturaleza y propiedades. Hubo ametrallamientos, lanzamiento desde el aire de bombas de fragmentación de hasta 700 libras y de bombas incendiarias de napalm. Fue un bombardeo de la aviación que resultó total, indiscriminado y masivo contra todo lo que se moviera. Solo se detuvieron por la falta de visibilidad que trajo la noche. Los pilotos se retiraron hacia su base de San Isidro en Santo Domingo. Dejaron tras de sí un campo lleno de cadáveres chamuscados, hundidos en su propio destino. Pavor y bombas que no explotaron nunca.

El ejército trujillista había tratado de llegar a la ensenada desde los dos sitios mencionados descuidando la parte central. Pero lo hicieron sin el menor rigor militar y con una dirección incapaz de asimilar las incidencias que se presentaron. El supuesto cerco militar se desmembró totalmente en toda su parte central. El intento de cerco fue burlado por una buena parte de los expedicionarios.

Los expedicionarios, que llegaron a eso de las cinco de la madrugada, primero fueron atacados por los disparos de la fragata 103. Unas 5 ó 6 horas después por el bombardeo de la aviación, y finalmente por la infantería trujillista. Pero a pesar de sobrevivir a todos esos ataques todavía se encontraban en la cercanía de la playa y no habían podido siquiera dirigirse a penetrar a la zona montañosa como era el propósito. Esto en principio solo se puede explicar en la posibilidad de que hubiera entre los expedicionarios algún problema de mando, derivado de la pérdida del comandante Navarro. Sin embargo, había otro factor de cuyo poder limitado no cabe la menor duda: la mayor parte de los expedicionarios habían llegado exhaustos luego de tan azaroso viaje. Después de unos diez días en el mar no habían tenido ningún tipo de entrenamiento ni de ejercicios físicos. Algunos llegaron deshidratados y llenos de cansancio

por la falta de una alimentación adecuada. Datos que salieron a relucir en un evento celebrado en la Academia Dominicana de Historia para conmemorar los 50 años de aquel intento. Las circunstancias señaladas posiblemente los habrían obligado a descansar allí mismo. Con seguridad se podría afirmar que esos factores permitieron que una buena parte de la infantería trujillista¹⁸ pudiera ubicar a algunos de ellos todavía en las inmediaciones del desembarco. De igual manera por esas razones pudo la aviación elaborar los planes de su primer ataque. En el sitio de El Burén, temprano del mismo día 20 de junio, los aviones P-51, Vampiros y At-6 artillados realizaron numerosos ametrallamientos.

Fue detectada la presencia de una parte de los expedicionarios caminando por la costa hacia el norte. Un grupo de cuatro se dirigía hacia el sur, en dirección a Puerto Juanita. Otros pequeños grupos iban por los lados de Agua de Palma, sobre el mismo Burén, por el Barrilito y por los manglares. La presencia de algunos en esos lugares, todavía al otro día de su llegada, cuando ya habían ganado un combate de gran importancia, es ilustrativa del peso de ambos factores en su contra. La falta de coordinación u otro problema en los mandos, y la imposibilidad de algunos de desplazarse por debilidad extrema o enfermedad. El grueso de los expedicionarios aprovechó el triunfo del Alto de la Escuelita y avanzó hacia la falda de la cordillera.

Es de conocimiento médico general que un estado de deshidratación no solo ha sido y es causa de una debilidad extrema, sino también el origen de la muerte por desequilibrio hidroelectrolítico de millones de personas.

Más de cincuenta años después Juan Pou Castro, entonces

18. Un personaje llamado Bobito Acosta, de quien se dice estuvo en las labores de ayuda en el desembarco de los expedicionarios, refirió haber oído al “cubano Froilán” (se refiere al cubano Froilán Flores) decirle a un dominicano que debían irse rápido de la playa de la Ensenada, porque ya estaban llegando los aviones. Escuchó algo como: “Pero, chico, ¿no era para Santo Domingo que veníamos a pelear? Ya estamos aquí.”

teniente de la aviación, se da el mérito de afirmar que supuestamente ubicó focos guerrilleros durante la noche del día 20. Dijo que veía de dónde salían los “fogonazos”, de las cuevas de El Burén, observación que afirma haber hecho desde las 6 de la tarde del día 20 hasta las 4 de la madrugada del día 21. No obstante, los tiros debieron estar dirigidos hacia el poblado de Estero Hondo, que era donde él estaba. Por tanto su versión no concuerda porque El Burén quedaba aproximadamente a cinco kilómetros de distancia.

Dicho militar había llegado el mismo día 20 a la zona con un contingente de militares de la aviación. Pero a la ensenada solo pudieron acceder un día después, detrás de varias hileras de campesinos armados con machetes. El día que por fin llegaron a la ensenada se unieron con las tropas del ejército, dirigidas por el jefe de operaciones en la zona, el General Rodríguez Reyes. Al entrar la noche del primer día estaban concentrados más de dos mil efectivos militares en Estero Hondo.

Ese mismo día en la mañana algunos civiles del lugar tuvieron una experiencia. Ahora nos narran que un grupo de campesinos guiados por la curiosidad y por las razones antes expuestas de “estar en la cosa”, llegaban a Estero Hondo y a Punta Rucia. Allí se encontrarían con los guardias.

Algunos de estos procedían de Rancho Manuel, ubicado entre 4 y 6 kilómetros al suroeste de Estero Hondo. Estos tomaron el camino de entonces, “por dentro”. Los campesinos de Gregorio (dos kilómetros al oeste de Rancho Manuel) tomaron el camino viejo de Punta Rucia. Uno de esos grupo se encontró con una situación muy embarazosa, porque había uno de ellos que estaba armado con una escopeta y mientras atravesaban un llano se encontraron repentinamente con un grupo de expedicionarios que salieron de entre unas yerbas, notando entonces que los expedicionarios estaban totalmente armados y que vieron al de la escopeta. Estuvieron expectantes y asustados hasta que sintieron el alivio de ver que estos se limitaron a dejarlos pasar. No los atacaron. Esa actitud era cónsona con la que asumían

sus compañeros expedicionarios que entraron por Maimón el mismo día 20 de Junio. Y les permitió a los campesinos percibir claramente la política general de los expedicionarios. Postura que fue aprovechada por muchos de éstos.

Primera balacera: día 20 de junio 1959

En el momento de esa balacera las tropas trujillistas estaban mandadas por el militar de más alta graduación en el campo. Era un sargento. Los campesinos de la zona pronuncian el nombre como Scheper Miller. Posiblemente esta baja del ejército producida en ese enfrentamiento corresponda al sargento Benjamín Cheppart, mencionado por el investigador Anselmo Brache Batista en su libro *Constanza, Maimón y Estero Hondo* (Santo Domingo, Segunda Edición, Editora Taller C. por A., 1994, p. 149). Allí murieron dos expedicionarios, un dominicano y un venezolano aún no identificados.

Los expedicionarios caídos fueron llevados a enterrar sobre “lomo de animal” al sitio de la Ciénaga. El venezolano portaba un reloj marca Longines que le fue quitado por el entonces joven campesino Rafael Minaya¹⁹. Ambos fueron quemados en el puentecito de La Ciénaga, y luego enterrados. Hay en la zona una lomita desde donde se ve perfectamente el lugar del entierro. Todo allí está rodeado de un ambiente de pobreza extrema.

En el lugar encontramos una anciana desdentada muy viva que todavía es trujillista. Tenía entonces 37 ó 38 años. Su nombre es Carmelita Domínguez. Ella vio cuando llegaron con ellos, los desmontaron del animal, lo quemaron y los enterraron. En ese momento ella tenía escritas ya dos décimas laudatorias al

19. Rafael Minaya, que estuvo en los aprestos de los días de la expedición de 1959, sostiene que estuvo allí por curiosidad, y que se retiró cuando evaluó los riesgos. Refiere los nombres de los militares presentes. Comenta el hecho de haberle quitado el reloj al cadáver del expedicionario venezolano y su asombro cuando en una joyería de la ciudad de Santiago le certificaron el gran valor que tenía.

tirano, relativas a la expedición de Luperón, ocurrida en 1949 y en la cual otro grupo de dominicanos que llegó con el mismo propósito de derrocar la tiranía. Doña Carmelita Domínguez creía que iba a recibir una recompensa del tirano con esas rimas. Solo que según cuenta tuvo “mala suerte”. Porque el día de su entrevista con el tirano era el 31 de mayo del 1961. Y a Trujillo lo ajusticiaron la noche del 30 de mayo, el día anterior.

Las décimas de doña Carmelita Domínguez, conservadas con el tiempo, contienen algún interés antropológico. Reflejan el grado de adoctrinamiento trujillista a que estaban sometidas las personas más iletradas del pueblo. En ellas se percibe, además, la visión sembrada en la gente acerca de la posible participación de Juan José Arévalo Bermejo, presidente de Guatemala, en las expediciones contra Trujillo y su régimen en 1947 y 1949²⁰.

La primera de las décimas dice:

*Guatemala se creía
que aquí iba a triunfar
y con el poder de Dios
Trujillo ha de dominar.
Él le pone por aire,
por mar y por tierra
sus instrumentos de guerra,
y no se atreven a entrar.*

20. Estos trabajos de oralidad nos permiten comprender que en esta zona las personas confunden los hechos sucedidos en la expedición del 1949 por el lugar de Luperón, con la del 1959 que nos ocupa. Arévalo fue presidente en su país de 1945 al 1951, no en esta fecha. Por las guamas de Sabaneta esta expedición de 1959 a veces se confunde con el levantamiento armado del catorce de junio del 1963. Ha de ser por las coincidencias de los métodos de lucha política e ideológica y por las cercanías entre unos y otros de los escenarios geográficos.

En otra décima se plantea lo siguiente:

*Arrebalanlo, arrebalando
vino a invadir a este pueblo.
Como vino este malvado
a traer su traición.
Trujillo con atención
le puso su estado de frente y les dijo:
Alerta, que esto no es de alegría,
que de Arévalo y su banda
yo no cojo monerías.*

EL MISMO DÍA 20 DE JUNIO DEL 1959

Avance para llegar a la ensenada desde Punta Rucia

Todavía no hemos precisado cuándo comenzó el avance de las tropas trujillistas desde el cantón que tenía su sitio ese día en la casa de Carlos López²¹. Ese lugar sería la pata o el brazo Sur de la pinza a la que hemos aludido. Pensamos que se movieron casi simultáneamente con el avance que intentaron realizar en el lado del caserío de Estero Hondo. Esta parte sería la pata o el brazo norte de la pinza.

El avance para entrar por el lado de Punta Rucia comenzó a producirse varias horas después de las 10 de la mañana. Porque a las diez llegaron los aviones. Solo que desde su llegada se convirtieron en un motivo de nerviosismo, tanto para los pocos habitantes de esos lugares como para los guardias llegados desde la localidad de Mao. Ese motivo de nerviosismo se sumó al de la presencia de los “barbudos”. Ese fue el nombre con que el régimen, con sus intelectuales, etiquetó muy a propósito a los expedicionarios. Ni siquiera lo hicieron pensando en que tuvieran barbas o no. El propósito era identificarlos con los cubanos

21. En este cantón fue visto, entre otros, del comisionado de Mao, a Alejandrino Rodríguez, que era un poder en la zona. Le llevaba comida a las tropas y disponía junto a los terratenientes del lugar.

y hacerlos aparecer como “invasores” y no como partes de una gesta eminentemente patriótica.

“Quédense ahí calladitos que les voy a buscar la comidita”, le dijo una hija de Ermina Fermín y Bienvenido de Jesús a sus hijos luego de intuir que los aviones no iban a respetar su casucha y haberlos metido en una cañada mientras ella y otras mujeres más –caminaban derechitas, dice para que los aviones y los guardias las pudieran ver bien–, mientras oyeron unos tiros que les pasaron silbando que vinieron de un guardia de Mao que estaba nervioso al cual su Jefe le dijo: “Te iba a costar caro pa que no sea cobarde. ¿Tu no ve que esa son la gente? Esa son mujeres y ello no iban a vení con mujeres.”

Un secreto militar: La aviación atacó a su propia infantería

Una mujer de 101 años, menuda, con el típico paño de madrás ajustado en la cabeza, estaba sentada inmóvil en la penumbra de una casa oscura; apenas eran las 4 de la tarde. Ella parecía un cuadro surrealista de alguien despojada de tiempo para vivir, de voz, atención, curiosidad, e interés. Dicen los sabios populares que el ser humano lo último que pierde es la curiosidad. Nosotros entrevistábamos a una anciana hija de ella y la habíamos visto ahí sentadita apenas como un objeto inanimado. La misma hija nos llevó a verla así, al decirnos la edad que tenía, y expresar un gesto explicativo de inutilidad, ausencia. Pero estaba muy atenta y alerta sobre lo que se decía. Porque cuando escuchó hablar sobre lo que había hecho su marido, el campesino Bienvenido de Jesús, durante esa guerra, pareció resucitar. Entonces exclamó que él salía y volvía a entrar a la casa. Que cuando llegaba venía embarrado en sangre. Que entonces ella le decía, casi le gritaba.

—Ute etá loco... dejá su familia sola. Se cree que e algún general pa ta en esa guerra.

Ahora se sonrío. Y repite lo mismo. Ha vuelto a la vida. Es Ermina. Tiene perdido el tiempo y los movimientos. Pero mantiene vivos los recuerdos y el sentido del humor.

Según testimonios de los campesinos, los soldados del tirano avanzaban nerviosos²². Y muy cerca de ellos los aviones, siempre amenazantes, ametrallaban repetidamente desde las alturas. Lanzaban bombas de napalm sobre las rocas llenas de filos cortantes de El Burén. Los árboles de uva playa ya habían sido despojados por entero de las hojas que los cubrían. Pero el insistente cañoneo de la fragata y de los vampiros no cesaba. Pasaban cada vez más rasantes de las tropas. Eso ponía a los guardias sumamente tensos. De repente sucedió algo súbitamente inesperado. La aviación trujillista comenzó a ametrallar a sus propias tropas del ejército de tierra. Un grupo de soldados comenzó a caer. Se creó una gran confusión. Unos se desplomaban heridos y otros muertos. Ermina Fermín parece haberse quedado a vivir 101 años de edad para darnos su testimonio. Interrogada sobre el número de muertos en ese momento responde así:

—“Muchos, muchos, muchos guardias, más de veinte y Bienvenido llegó bañado en sangre ajena de estar recogiendo a los heridos y a los muertos”.

A los 51 años de haber sucedido los hechos de 1959, Ermina Fermín, con más de 101 años, está llena de energía.

El testimonio de esta masacre no solo vive en la cabeza de Ermina y quien sabe de cuántos ancianos más y su descendencia y relacionados; también está en un video. Lo produjo Aguilera, hijo del alcalde de entonces en Estero Balsa, Puerto Juanita. En dicho video se ven dos o tres ambulancias y un camioncito rojo que llegaron para retirar a los muertos y los heridos. Tras ese hecho, el régimen trujillista cerró un telón de silencio que ha perdurado hasta el día de hoy.

Un avión AT-6 averiado

Para esa época, en la localidad de Belloso, operaba el Consorcio Algodonero de Villa Isabela en el lugar que pertenecía

22. Entrevistas a campesinos.

antes a la familia Bentz. La gente iba a ver ese valle teñido de blanco con la producción de algodón. El mismo día 20 de junio de 1959 el piloto de un AT-6, el primer teniente Miguel Ángel Restituyo, hizo un aterrizaje de emergencia²³. A propósito de ese aterrizaje Elia Mena, del sitio de Rancho Manuel, expresó que su primo, Diego Mena, también piloto en esos tiempos de un AT-6 que era nativo de allí, le comentó que él orientó al piloto Restituyo para que aterrizara ahí, ya que conocía esos sitios. Se entiende que Diego Mena andaba en otro avión del mismo tipo²⁴.

Eran los días en que prácticamente todos los campesinos de la zona se encontraban pendientes del sonido de los tiros y del espectáculo de las bombas de napalm. Y entre ellos se hablaba del avión abaleado y se corrió el rumor de que ese avión había sido, al menos, tocado por las balas de un guardia de Mao. Porque algunos de estos debieron haber disparado defendiéndose del ametrallamiento de que habían sido víctimas. O que por el contrario el disparo salió de los barbudos. El hecho es que a ese AT-6 que aterrizó de emergencia en Belloso se le comenzó a llamar desde entonces el avión abaleado.

En nuestro trabajo de campo pudimos notar que la gente mezcla los hechos. Algunos de los informantes traían a relucir la leyenda del Tuerto como si hubiera ocurrido en Estero Hondo. Pero es un dato que le corresponde a los del frente que entró por Maimón. Se referían con frecuencia en Estero Hondo al guerrillero Francisco Álvarez, el español, el tuerto, Relámpago. Francisco realmente estaba vivo en esa época, pero estaba en el frente de Maimón. Duró peleando hasta el 24 de septiembre. ¡Tres meses! Dicen que cada vez que tiraba mataba a un guardia. Comentan que tiraba hacia atrás sin voltearse, metiéndose el cañón de su fusil por debajo de las axilas. La fantasía popular

23. Ver Anselmo Brache, en su libro *Constanza, Maimón y Estero Hondo*. (Santo Domingo, Tercera Edición, Banco Central de la República Dominicana, 2008.). Datos del ex teniente piloto Ricardo Boddén.

24. Dice el entonces teniente Ricardo Boddén que lo más probable era que cada uno estuviera piloteando un AT-6.

agrega que el disparo que alcanzó este AT-6 en un ala o en una hélice u otro lugar provino de la puntería de El Tuerto.

El sitio de Bellozo estaba en una llanura de más de 80 mil tareas de tierras de extraordinaria capacidad de producción y belleza. En ese momento esos terrenos estaban dedicados al cultivo de algodón en más de las dos terceras partes. Saúl Brito ahora es un agricultor con 68 años de edad. En junio de 1959 tenía 17 años. Él explica que el avión “venía dando señales”. Y que por esa razón ellos corrieron hacia donde iba la nave. Hasta que aterrizó en una especie de pista que había en los terrenos de Ramón Brito. Para él era un P-51. Recuerda que vio al piloto al apearse y lo describe como que tenía un tamaño mediano, que era marrón claro y delgado. A Saúl le tocó ser de los campesinos que pusieron a cuidar el avión por turno. También acompañó a una señora llamada Carmelita Brito, que era la que les cocinaba a todos los que cuidaban el avión durante los tres días que el aparato estuvo allí.



Saúl Brito, trató de ayudar junto a otros campesinos al piloto del avión AT-6 que cayó en Belloso; le tocó cuidar el avión.

Atestigua Saúl Brito que el piloto, al apearse, trató de “jalar por la pistola”. Pero que comprendió de inmediato que la actitud de ellos era la de ayudarlo²⁵. Aquel AT-6 posiblemente debió atacar por el brazo de la pinza del lado sur. Para ellos aquel 20 de junio del 1959 había pasado.

25. Dentro de algunas voces militares se habla de que hizo disparos hacia arriba para evitar que los campesinos lo agredieran.

DÍA 20 DE JUNIO DEL 1959

Detalles.

Primer intento importante de avance hacia La Ensenada desde la aldea de Estero Hondo

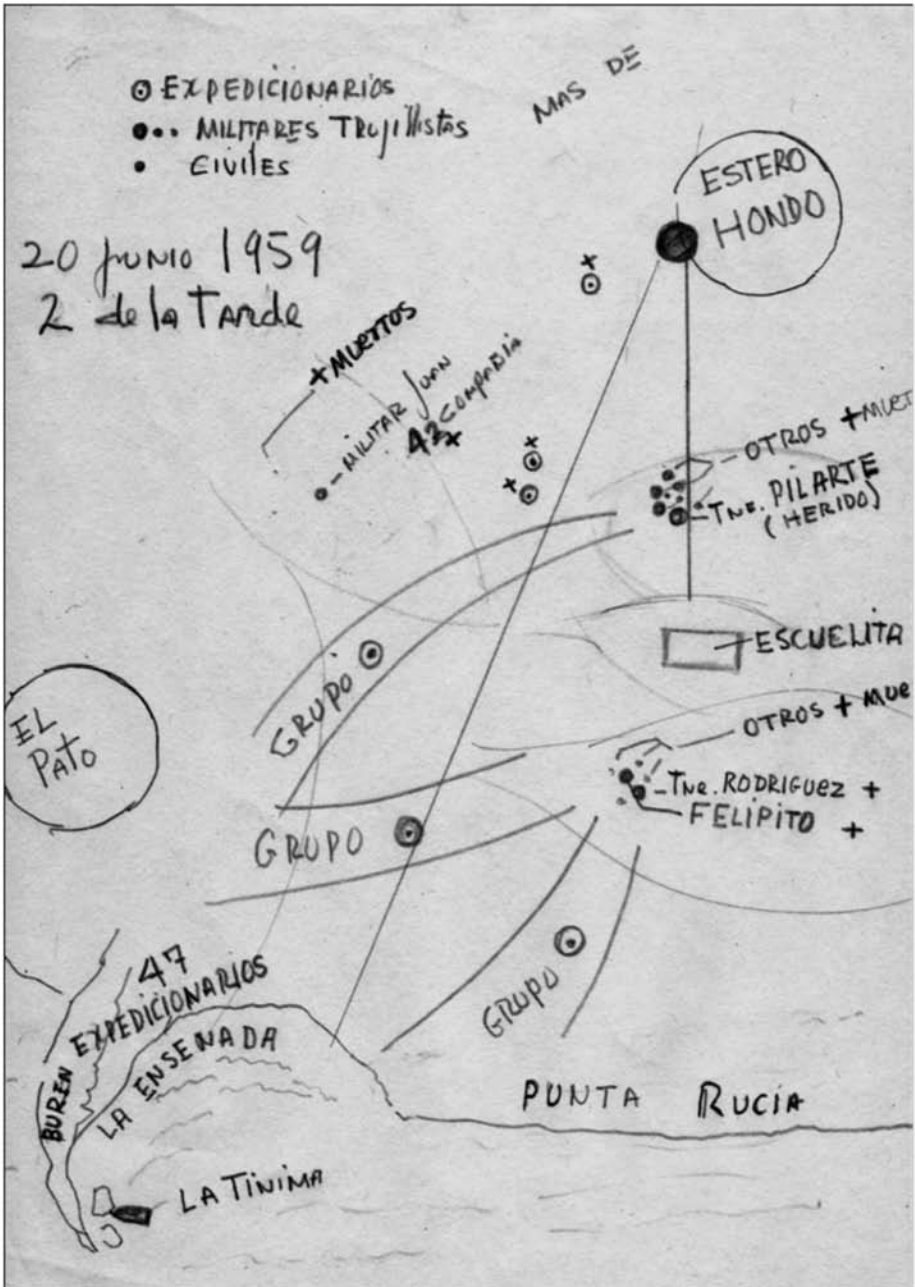
A media mañana del día 20, el día del desembarco, un campesino trujillista llamado Felipito, alias Fuipe, se brindó para ir al frente del grupo y matar a un barbudo. El campesino estaba estimulado por ganarse los mil pesos que ofrecían por la hazaña. Cogió una montura prestada²⁶ en el sitio de rancho Manuel al campesino Bogues Muñoz, que era el dueño; y se iba a ir montado hacia donde se oían los tiros y las bombas. Cuando le dijeron que no se arriesgara, le replicó a quienes le hablaban diciéndole algo como que “nadie puede matar a Fuipe, nadie puede con Fuipe”.

BATALLA DEL ALTO DE LA ESCUELITA

Pasado el mediodía Fuipe se encontraba camino a La Ensenada, junto al teniente Miguel Rodríguez Aybar²⁷. Trataban de cruzar una cerca de palos en contra de los consejos de quienes los acompañaban. Estaban a más de dos kilómetros y medio del puente del Barrilito y aproximadamente a cincuenta metros más adelante había una escuelita de tabla de palma, que estaba allí porque la construyeron cuando esa zona estuvo muy poblada de bohíos alternados. De repente fueron sorprendidos por una descarga de tiros que se prolongó varias horas.

26. Era un caballo grande y viejo, según Napoleón Hernández. Un mulo, según Rafael Minaya. Blanquito Muñoz, hijo del dueño que se supone es el más entendido en ese detalle, también asegura que era un mulo. Felipito o Fuipe era hermano de Ricardo Acosta, alias Tragabalas, un empleado de la hacienda Fundación propiedad de Trujillo, localizada en San Cristóbal. Allí laboró al final como guardaespaldas de un alto personero del régimen que proyectaba un nivel desbocado de autoritarismo. Se había trasladado desde Pedro Acosta en el 1957.

27. Llegado de Montecristi y sobrino del general Rodríguez Reyes.



Ese encuentro se puede considerar como el primero y único de importancia en esa zona. Además del teniente Miguel Rodríguez Aybar y Fuipe, murió un grupo de militares que también quedaron atrapados. Hubo una gran cantidad de militares heridos; lo cual creó un estado de pánico entre las tropas, que más que la retirada, produjo una huida vergonzante. (Hay que ver las expresiones faciales de Blanquito cuando da este testimonio). No se pudieron detener ni aun cuando se percataron de que habían dejado solo a algunos compañeros heridos entre los que se encontraba al mayor Anselmo Pilarte, el oficial al mando en el campo. El oficial había caído herido más adentro del “Palmar de Polín Pérez”, de El Albinal. Eso era aproximadamente a 150 metros más atrás de donde cayó el grupo de Rodríguez, Fuipe y otros que se les habían adelantado. En realidad en su huida los habían abandonado. Se imponía tratar de rescatarlos. El general Rodríguez Reyes se encontraba en la retaguardia.

En la huida no tomaron en cuenta la cantidad de expedicionarios que los enfrentaban, dejaron en pleno campo dos ametralladoras 50, una 30 con su correa de balas y algunas armas ligeras. Dos militares que conducían dos tanques en el intento de avance, al ver que los hombres de a pie se retiraban tan aparatosamente, ellos también se devolvieron temiendo que los dejaran solos.

El mayor había sido herido primero en un muslo y luego en la ingle. Cuando miró a sus lados solo vio al civil Blanquito Muñoz. Entonces según nos dice Blanquito, el mayor le dijo:

—“Rubito, ¿y te vas a dejar matar?”

Lo conminó a retirarse de su lado.

Y Blanquito lo dejó herido y se fue. Pero al regresar a El Palmar de Polín, y luego a Estero Hondo, vio al general Rodríguez Reyes. Y sin saber su nombre, reconociendo su autoridad, le explicó que creía que habían matado a los 7 u 8 guardias con los que andaba el “panzú”, refiriéndose a Pilarte.

—“Ese es el mayor Pilarte” –rectificó el general.

—Pues el mayor Pilarte está vivo –le agregó Blanquito.

—Usted se atreve a llevarnos a donde él está –le preguntó el general Rodríguez Reyes.

—Sí –le contestó Blanquito, sin tener que pensarlo dos veces. Esto instigó al general a avanzar en procura de rescatar al mayor.

No tuvo que pensarlo dos veces porque según él, “A mí me gusta la guerra”. Y cuando llegó a aquel lugar, sin conocer a nadie, escuchó al mayor Pilarte decirles a unos guardias en El Palmar de Polín, algo así como:

—“¿Y qué hacen ustedes aquí? Vamos para la playa”. (se refería a la playa de la Ensenada, el sitio del desembarco).

Y al verlo coger adelante, se dijo:

—“Me voy con este panzú”.

El médico y la guerra

En aquellas circunstancias, cuando llegó la calma después del más intenso de los enfrentamientos, se produjo un hecho dignificante y enaltecedor que contrastaba con la criminalidad trujillista. Uno de los expedicionarios atacantes, el doctor Octavio Augusto Mejía Ricart, que por su rango, probablemente fue quien estuvo a cargo de ese encuentro victorioso, sino, fue el segundo al mando, se dirigió al mayor herido y le brindó los primeros auxilios. Esa atención tuvo que consistir en una inspección general (agujeros de entrada y de salida), curar las heridas, controlar la o las hemorragias y la aplicación de apósitos (generalmente gasa y vendajes). Y luego ayudó a sacar junto a sus compañeros al herido, del claro de El Albinal y colocarlo convenientemente debajo de un arbusto.

El rescate de Pilarte

El mayor Pilarte estaba a aproximadamente a 150 metros más cerca de La Ensenada. Pero estaba como a dos kilómetros y medio de llegar allá. Había sido el lugar donde cayeron muertos



El expedicionario Gustavo Mejía Ricart examinando al oficial trujillista Anselmo Pilarte.

Rodríguez, Fuipe y los otros, y donde también hubo una cantidad importante de heridos. Era el mismo escenario de la gran huida que le permitió a los expedicionarios avanzar. Ellos debieron ver todos los movimientos que se realizaban cuando el general Rodríguez Reyes se dirigió, personalmente, al punto donde estaba herido el mayor Pilarte a recogerlo. Esta vez los expedicionarios²⁸ no atacaron. Los más avezados, entre ellos el Rubito y Sergio Quiñones, recogieron rápidamente el herido y se retiraron.

Refiere Blanquito Muñoz que cuando el mayor comenzó a oír voces y volvió a verlos, como que recobró la vida, posicionado como estaba contra un arbusto y con unas curas médicas limpias.

En la zona se habla de que Mejía Ricart y Pilarte se conocían. Se dice que el médico, al encontrarlo en esas condiciones

28. Los militares trujillistas, para justificar su cobardía, hablan de que los expedicionarios colocaron a Pilarte recostado en un arbusto como un cebo. Dicen que todo el que se acercaba le disparaban. Luego se contradicen argumentando que llegaron al sitio con un fuego nutrido. Los civiles no hablan de ninguna intervención de los expedicionarios durante el rescate. Blanquito, más bien, expresa que ellos mismos sentían temor por la conducta de los aviones. ¿Estarían enterados de la conducta de los aviones en los lados de Punta Rucia?

y antes de curarlo, lo recriminó. Le dijo que daba vergüenza que siendo él un militar de carrera le sirviera a un régimen como el de Trujillo.

Otros afirman que quien lo recriminó no fue Mejía Ricart, sino el expedicionario González Grullón. Pero González Grullón pertenecía al frente de Maimón. Las versiones orales de la zona insisten en tratar de identificar a González Grullón en Estero Hondo. Lo mencionan en éste episodio. También lo ubican como uno de los dos que, en el sitio de Yagrumo, llegaron a la casa del campesino Félix Feliz y su mujer Fresa²⁹.

Blanquito recuperó la mula que Fiupe le tomó prestada a su padre Borges Muñoz a media mañana que había sobrevivido a Fuipe. Se ha dicho que el mayor Pilarte fue movilizadado al Palmar de Polín y luego a Estero Hondo sobre el lomo de esa mula. Pero contrario a esa versión otros afirman que fue en un jeep Willy del ejército.

Ese rescate debe verse ligado a la presencia de una escuadra de 16 militares comandada por el teniente de la aviación militar Juan Pou Castro, y dirigido por el general Rodríguez Reyes.

Se debe resaltar la actitud de los expedicionarios actuantes, quienes debieron aprovechar el tiempo que siguió a este triunfo militar para desplazarse hacia aquella muralla que antes parecía infranqueable, la cordillera septentrional. Habían roto el cerco. El brazo sur de la pinza estaba transitoriamente despedazado.

El mayor Anselmo Pilartes se salvó porque fue curado por el médico guerrillero Mejía Ricart³⁰ y porque Rodríguez Reyes hizo con él una excepción, además de contar con la actitud solidaria de Blanquito. De lo contrario, estando herido, sus compañeros trujillistas lo hubieran quemado vivo. Al menos así sucedió con los demás heridos que estaban allí.

29. Insistimos en este diálogo porque es conocida la relación estrecha de por años del difunto mayor Pilarte con el señor Blanquito Muñoz.

30. Este dato está avalado por Blanquito Muñoz, quien además de verlo curado después de dejarlo desangrándose, afirma que fue el mismo Pilarte quien le dijo que “Ricardo” –dice él en lugar de Ricart– era quien lo había curado.

Estuvo a punto de ser víctima del napalm que lanzaría la aviación al igual que los demás heridos.

Ante el fracaso de la Infantería, entró la Aviación. Gasolina enjabonada: el napalm

La aviación del tirano tenía un gran arsenal de aviones aire-aire, que eran de reconocimiento o para combates con otros aviones en el aire. Se trata de los llamados aviones caza, que fueron comprados a distintos países, una parte después del 1933, y la mayor parte después de la segunda guerra mundial. Eran aviones, principalmente, norteamericanos, franceses, ingleses y suecos. A los suecos les compraron más de 30 unidades de P-51-D Mustang. Por esa razón tuvieron que traer mecánicos e instructores de ese país.

Ya en el 1959 la aviación del tirano tenía algunos bombarderos. Incluso había convertido numerosos aviones caza en caza-bombarderos. Esto se hacía adaptándole una especie de arneses donde les suspendían o colocaban las bombas. Ese mecanismo los convertía de aire-aire, a de aire-tierra.

De esos aviones los más conocidos por la población, aun cuando podían ser confundidos con otros tipos de aviones, eran los llamados Vampiros. Se caracterizaban por su rapidez. Funcionaban con turbina. Tenían tres cañones de 20 milímetros y se les podía adicionar dispositivos para lanzar bombas de napalm. El P-51-D con 6 ametralladoras era capaz de lanzar bombas generalmente explosivas tanto de 500 libras como de 750. Fue el que usaron los aliados durante la segunda guerra mundial en Normandía. Estaban también los P-47, los AT-6 y algunos bombarderos diseñados solo para esos fines.

Nenito Pailora³¹, con más de 75 años, vivía en condiciones de pobreza. En el 2010 hacía de guardián nocturno en una tien-

31. Nenito Pailora. Lo de Pailora viene de la costumbre popular de agregarle al nombre, o forma de llamar a una persona, el nombre de la madre para indicar la relación sanguínea.

da almacén del poblado de Estero Hondo. Me impresiona, lo intercepto al verlo salir de la oscuridad, es amable y locuaz, habla tranquilamente. Me dice que estuvo metido en todos los movimientos que se hicieron a partir del 20 de junio de 1959 en Estero Hondo. Cosa que confirman luego todos los entrevistados. Cuenta que el cadáver quemado de Felipito fue rescatado a los cinco o seis días después del 20 de junio. Que estaba totalmente irreconocible. Que lo que ayudó a identificarlo fue el ticket de una gallera. Que ese ticket fue casi lo único que quedó sin quemarse, y que lo llevaba en el bolsillo de la vistosa camisa de colores rojo, amarillo y mamey que tenía puesta a la hora de su muerte. Todos sabían de su trabajo de trabero³² y de sus entretenimientos. Estaba más quemado que el Teniente Rodríguez. Esta información la da Netito Pailora, las cuales también fueron confirmadas.

Cuando Nenito nos reveló esto no habíamos escuchado hablar del napalm en la zona, ni de su uso en nuestro país, ni del bombardeo total, ni de los quemados. No se hablaba de eso, su revelación abrió una caja de pandora de donde salieron los más grandes horrores. La voz de este anciano amable y locuaz rompió un miedo que había durado 50 años.

Hasta tiempos muy recientes hay personas interesadas en encubrir las cobardías del ejército del tirano. Pero el testimonio de Netito Pailora no pudo ser refutado. Él mismo obligó a muchos trujillistas, defensores a ultranza de la dignidad de ese ejército, a reconocer la verdad de los hechos. Lo cierto es que los cadáveres y los heridos de ese día fueron abandonados. Esa acción permitió que fueran pasto de los ametrallamientos y bombardeos indiscriminados de la aviación³³. Muchos rescates de cadáveres se prolongaron hasta más de 14 días después de pasados los hechos. Ese dato confirma con exactitud que en-

32. Persona que cuida y prepara para el combate los gallos de pelea.

33. Esta acción es confirmada por múltiples testimonios de campesinos que estuvieron en la zona en aquellos días; y por testimonios de campesinos, que en gran parte, es de lo que trata este trabajo. Por eso es una historia oral, de oralidad.

tre los cadáveres encontrados cinco o seis días después de sus muertes estaba tanto el de Felipito como el de Rodríguez. Ambos fueron movilizados y enterrados.

Es que ese mismo día 20, luego del fracaso de la infantería, los aviones realizaron ametrallamientos y bombardeos masivos, desproporcionados e indiscriminados. Usaron bombas de napalm (bombas incendiarias de gasolina enjabonada). Esa acción se puede ver como una respuesta a los fracasos militares de ese día. En ese ataque mataron a todos los heridos que había sobre el campo de batalla. Eliminaron varios guardias trujillistas, algunos ordeñadores y agricultores de la zona, una buena cantidad de vacas, toros y animales de crianza. Entre los muertos estuvieron no menos de 8 a 12 expedicionarios que habían quedado rezagados. De ellos no se ha podido tener noticia en las indagatorias realizadas; por tanto no se han podido identificar.

El señor Vivoni, hoy general piloto retirado, nos declaró que ellos solamente se tomaban una hora para “ponerse” de la base aérea de San Isidro, en Santo Domingo, a Estero Hondo. Ese día 20 los bombarderos se mantuvieron atacando con una brutalidad espantosa. La vigilancia de los aviones Vampiros y los P-51 eran permanentes. Al menor movimiento lanzaban sus cañones y ametralladoras. Si les quedaban algunas bombas se desembarazaban de ellas tirándolas al mar³⁴. El hecho de no tirarlas podía hacer riesgoso el momento del aterrizaje. Ese riesgo parecía ser más evidente en los P-51; estos eran aviones de combate excelentes por su capacidad de maniobra y de vuelo, pero de un manejo más complicado que los Vampiros³⁵.

Con el anochecer del 20 de junio no vino de inmediato la quietud esperada. En el lugar de posicionamiento del médico militar Aquiles Hernández, al lado de donde hoy está el parque

34. Según nos ilustra el entonces piloto, hoy general retirado, José Antonio Vivoni Chávez.

35. Los P-51, a pesar de ser unos aviones más versátiles que los Vampiros, tenían la mecánica más complicada, propia de los Mustang, según los mecánicos nacionales.

de Estero Hondo, se escuchaban las ráfagas de tiros aislados. Se podían oír en todo el poblado. Luego se supo que se trataba de un duelo a muerte entre un expedicionario y un guardia trujillista. Ambos habían caído en la circunstancia de encontrarse en dos lugares de los cuales no podían escapar ninguno de los dos. No les quedaba otra alternativa que tratar de matar al contrario para poder vivir. El duelo, según dicen testimonios, esta vez lo ganó el guardia. El militar dejó de tirar, haciendo creer al otro que se le habían acabado los tiros. Cosa que hizo que el expedicionario se movilizara; permitiendo que el guardia aprovechara y lo matara.

En la casa de Nené Basilio³⁶, quien era el alcalde de Estero Hondo, el general Rodríguez Reyes aún se mantenía en pie. Se encontraba interrogando a un expedicionario que había sido atrapado. Su nombre era Manuel de Jesús Perozo Chicón (Masú), ayudante del fallecido combatiente Campos Navarro. Masú era delgado, más bajo que alto, de mirada firme aunque serena; era natural de Santiago, la segunda ciudad del país. En la familia de Masú, los Perozo, se había cebado la criminalidad del tirano, que no soportaba a quienes no les simpatizaba.

—Diga viva Trujillo —le ordenó un guardia al expedicionario.

—Mira, dilo tú, que yo estoy muy cansado; además, yo no soy trujillista —le respondió Masú.

Véase como el expedicionario, que había llegado ese mismo día, luego de un viaje extraordinariamente accidentado, hace hincapié en que está muy cansado.

La noche del 20 de Junio de 1959

Cuando se dejó de escuchar el ruido de los motores de los aviones, la aldea de Estero Hondo estaba sumida dentro de una total oscuridad y un silencio espantoso. Los que estaban en el

36. Una casa de tabla de palma bastante pequeña. Masú, según nos dice Anselmo Brache, fue entregado vivo al asesino Víctor Sued, el cual lo sometió a crueles torturas antes de ser asesinado.

poblado se sentían insomnes y nerviosos. La quietud solo era interrumpida por unos que otros tiros o ráfagas de ametralladoras. Una gran cantidad de sus habitantes habían sido conminados por el ejército a trasladarse hacia un lugar un poco más alto y lejos de la costa. Los mandaron para La Jaiba. La gente se fue por miedo tanto a los bombardeos como a los guardias; los uniformados, que ante la espera de un ataque, transmitían miedo al mantenerse temblorosos algunos de ellos.

A decir verdad, esa noche no se durmió en Estero Hondo. Cada ruido y cada silencio eran auscultados e interpretados según el estado mental de las personas.

Los tanques, las postas, los encargados de la infantería, los mecánicos, el médico Aquiles Hernández, el expedicionario atrapado; ¡todos amanecieron inmovilizados!

Con los expedicionarios fue distinto. Una parte importante habían logrado salirse a tiempo del fuego del bombardeo, del incendio del napalm y del ametrallamiento de los aviones. Se movilizaban en grupos de 3 a 7 hombres entre los raquíuticos arbustos partidos por la sequía de ese año. Avanzaron hacia la ladera de la sierra, que se levantaba como una muralla oscura salvadora.

Otros, no sabemos por cuales motivos y circunstancias, se quedaron inmovilizados dentro de las múltiples cuevas de El Burén. Allí, al menos, no había podido entrar ni el fragmento, ni el fuego ni el desecho de las correas de las balas de la aviación.

Pero estaban perdidos.

Esperaban una oportunidad que nunca les llegaría de escapar de un cerco previsible. Tendrían el mismo final de los compañeros que habían llegado por Maimón, que luego de protegerse en las grietas Las dos hermanas, no pudieron salir de ella.

El Domingo 21

Sangre en La Ensenada

La literatura sobre los hechos del 20 de junio de 1959 insiste en que los aviones pararon de ametrallar y de lanzar bombas

a las cuatro o a las seis de la madrugada del día 21. Pero debió haber sido antes. La falta de visibilidad de las noches no les permitía el accionar. Así lo refirió, en el 2011, el piloto Vivoni, hoy general retirado, quien participó en todos esos escenarios. La mañana del 21 de junio la guardia trujillista se envalentonó por la presencia de Rubén Cordero García, el primer expedicionario que se entregaba. También los hizo actuar la muerte de varios expedicionarios y el apresamiento de otros. Esas muertes y esos apresamientos, más que nada, fueron producto del ablandamiento realizado por la aviación. A pesar de haber perdido aparatosamente el día anterior en el enfrentamiento del “alto de la escuelita”, luego del ablandamiento realizado por medio de la aviación, de su magnitud, su actitud era previsible. Se sintieron más confiados. Y comenzaron a reclutar a los civiles que estaban en Estero Hondo con la idea de llegar a pie hasta La Ensenada.

De manera que reunieron aproximadamente a 105 personas. La mayoría no querían ir. Tal y como dice Cirilo Cabrera, un poblador de la zona de 79 años, “¿y quién iba a querer ir a donde están tirando tiros?”. Los colocaron con sus “colines” delante de ellos y los arriaron como si fueran animales. Los guardias iban detrás, a una distancia de 50 metros de los pobladores. Entre éstos estaba un profesor de apellido Morrobel. Llegaron a la ensenada y no pasó nada. Los guardias le dieron órdenes a un grupo de los civiles para que trataran de rescatar un bote de unos pescadores que estaba en la punta del Burén. Luego ordenaron que colocaran los tanques de guerra de manera que pudieran disparar hacia un lugar de la estructura rocosa donde se habían visto movimientos de los “barbudos”. Y dispararon. Con la enorme cantidad de disparos que realizaron lograron matar a dos expedicionarios. Luego montaron un verdadero espectáculo. Un grupo de soldados llegó a la ensenada con un expedicionario de color marrón, alto y de cuerpo atlético. Lo hicieron entrar dentro del agua de la playa y lo acribillaron a balazos. Con el color de la sangre del expedicionario subió un

buche de agua teñida de rojo. La descripción del expedicionario concuerda con la identidad de Francisco Napoleón Hermón Machuca, un gran luchador de la causa libertaria.

Existe la versión de que antes de ser fusilado el expedicionario había andado de un lado para otro con el general Rodríguez Reyes. Militar que según nos explican estaba persuadido con la idea de que los expedicionarios habían enterrado dinero y armas en las proximidades. Lo llevaba para arriba y para abajo para que dijera el sitio donde supuestamente estaba el dinero y las armas. Y el expedicionario les seguía la corriente; pero ya cansado de que lo llevaran de un lado para otro sin resultados; en un momento dado, el general, irritado, intentó presionarlo más. Entonces, al fin, el expedicionario se expresó contundentemente:

—No sea pendejo, General, —le dijo— ¿y usted cree que yo le voy a decir algo? Usted que me va a matar de cualquier manera.

El general, decepcionado, lo miró.

—“A este cualquiera lo fusila” —dijo.

Expresión que fue tomada literalmente por los guardias que lo acompañaban, quienes lo acribillaron al instante. Aquella muerte creó una situación irritante para los guardias porque el cadáver se mantenía flotando. Se llevaron de uno, y lo despojarlo de los intestinos, según decía, para que se hundiera. Pero ni aun así lograron que el cuerpo dejara de flotar. Entonces se vieron obligados a cavar un lugar para sepultarlo³⁷.

Más al sur de la playa de Punta Rucia se vio a un coronel de apellido Vera que asesinó personalmente a dos expedicionarios muy jóvenes. Ambos eran de color blanco, casi rubios. Los metió a los dos en el agua, luego de haberle sacado numerosas uñas de los dedos³⁸ a uno de ellos para que confesara o le dijera algo.

El profesor Morrobel se negó rotundamente a identificar al

37. Declaración de campesinos y del general retirado Pou Castro.

38. Entrevista campesina.

protagonista del hecho. Pero narra que vio como un campesino trujillista mataba de forma grotesca a un expedicionario que encontró herido en el trayecto hacia la playa. En su testimonio daba a entender que algunos campesinos se comportaban de esa manera para lucir más trujillistas de la cuenta. Otro expedicionario fue sorprendido mientras se bañaba solo entre los mangles y de inmediato lo mataron.

Polonia Cabrera, una señora de 80 años, aseguró junto a su marido y a otras personas que a la aldea de Estero Hondo llevaron al menos a 7 expedicionarios amarrados. En ese grupo debió estar Víctor Manuel Mainardi Reyna (Silín). Víctor Manuel era un hombre de 44 años de edad; de él solo se volvió a saber que estuvo prisionero en Santiago³⁹. Él era el segundo al mando, luego de Campos Navarro. Con la muerte del comandante, Silín debió fungir como primero al mando, seguido del médico Mejía Ricart.

José Ramón Díaz, alias Bazuca, habla atropelladamente de los hechos del 20 de junio. Él recuerda que 15 días después, en toda la zona, todavía se encontraban esparcidas, abandonadas, las armas que dejaron los militares trujillistas en su huida durante la batalla entre el Alto de la Escuelita y las cercas de palo.

Su apodo de Bazuca le viene desde que tenía apenas 9 años. A esa edad fue a donde los guardias gritándoles que había encontrado una bazuca en una colinita. Luego resultó que era una ametralladora 50 con su correa de balas, trípode y todo. Era una de las armas dejadas abandonadas días antes. Dice Bazuca que todavía a los 15 días de los hechos había en la zona numerosos cadáveres de civiles, militares y animales víctimas de los bombardeos.

—Aquello era un “mosquero”, –agrega–, había un hedor insoportable.

De manera que luego de rescatar los cadáveres de Felipito,

39. Allí trataron de ridiculizarlo haciéndolo caminar en pantaloncillos frente miembros de la legión extranjera con la presencia del archicriminal Víctor Sued.

del teniente Rodríguez y de los acompañantes del mayor Pilar-te, aquello no fue nada fácil porque mientras más tiempo pasaba, el hedor era más fuerte: parecía crecer y venir de todos los lados. Cadáveres que estaban chamuscados y quemados por las bombas que se lanzaron allí. Así recogieron a los de ordeñadores, a los de guardias trujillistas que se encontraban rezagados, o visitando individualmente a la zona, y demás. También a los de alrededor de doce expedicionarios.

Siendo notoria la presencia de muchos cadáveres de toros y vacas. Los guardias, después de haber tenido algún enfrentamiento con expedicionarios que trataban de avanzar, se escondían detrás de estos animales. Asustados, sacrificaron a muchos de estos animales solo de ver que algo se movía, “por si acaso”.

No cabe duda de que las moscas necrófilas llamadas *Lucilia Sericata* (verde brillante) tuvieron en ese lugar su gran festín. Había allí muchos despojos putrefactos de todo ese material orgánico muchas veces dispersos. En toda esa amplia zona se hizo muy dificultosa la tarea de cualquier tipo de identificación o evaluación. Era prácticamente imposible identificar si tal o cual fragmento pertenecían a un ser humano o a tal o cual animal. Muchísimas veces no había forma de determinar si un cadáver era de un guardia, de un expedicionario, de un campesino; o si era de algún otro animal.

José Ramón Díaz, alias Bazuca, con su hablar atropellado, al ser entrevistado en los primeros días de nosotros comenzar esta investigación, cuando aún no sabíamos del uso del napalm en este conflicto, había brindado un dato que vendría a unirse con los del anciano Nenito Pailora meses después. Y luego confirmado por otros tantos.

El uso del avión como elemento de primera importancia en la guerra tomó cuerpo durante los quince años que siguieron a la primera guerra mundial. Ese criterio prevaleció en Europa durante la segunda guerra mundial. Esa decisión produjo numerosísimos libros, artículos, panfletos. Las consecuencias de dicho uso se había concretizado en el pequeño espacio que

equivalía al de cualquier ciudad. La destrucción de ciudades en la segunda guerra mundial creó un verdadero terror a los bombardeos y ametrallamientos aéreos en toda Europa. Dio pie al holocausto de Hiroshima y Nagasaki.

La destrucción que ocasionan esos bombardeos y la impresión que dichos ataques causan recuerda el último verso del poema Zeppelin, de la poetisa inglesa Iris Tree, que dice: “Que rápido corre el miedo”.

No obstante, de una u otra manera, un buen grupo de expedicionarios logró sobrevivir a esos bombardeos. La mayoría logró salir con antelación del perímetro bombardeado. Otros que luego serían aniquilados, se habían salvado momentáneamente enterrándose en las cuevas del Burén, cuya estructura rocosa resultaba inexpugnable.

El camino hacia las montañas era un gran reto para los expedicionarios. Había que atravesar, no sin mayores riesgos, lo que ahora vemos como una franja oblicua de aproximadamente un kilómetro de ancho por más de 6 kilómetros de longitud, o de distancia, para llegar a la entrada de la falda de la cordillera, en Rancho Manuel. Esa, a pesar de ser una zona poblada, no tenía los niveles de militarización que había en las otras partes como el cantón de Estero Hondo, donde tenían su sede los doce tanques y buena parte de la infantería; el Cantón de Tiburcio, por Punta Rusia, y el Papayo.

Reto que fue evadido desde el primer momento del desembarco por los expedicionarios Martín Senior Paz, Simplicio Belford Santos y otro que no hemos podido identificar. Ellos tomaron el camino sur de la costa, por toda la playa, hasta trasladarse a Puerto Juanita, a unos 9 kilómetros del punto de desembarco a donde llegaron ya muy hambrientos. Hicieron contacto con los campesinos en la madrugada del día 22 o el 23, cuando se presentaron en la casa de Aquilino Salcedo, un campesino rústico e iletrado. Biznieto del fusilado presidente Pepillo Salcedo, quien educó a sus hijos sin descuidarse en transferirles la historia familiar que había heredado de sus antecesores.

El caso del Burén

De acuerdo a los testimonios queda establecido sin margen de dudas que un grupo de expedicionarios tomó el Burén como sitio de refugio y de trinchera.

En la foto sobre ese espacio se ve que es un lugar rocoso. Tiene forma más o menos rectangular en todas sus caras. Es por tanto un rectángulo. Su extensión es superior a medio kilómetro de lo longitud. Luce como un juguete tirado sobre uno de sus laterales; su cara es el límite norte de la playa La Ensenada.



Playa de La Ensenada y el Burén, Estero Hondo.

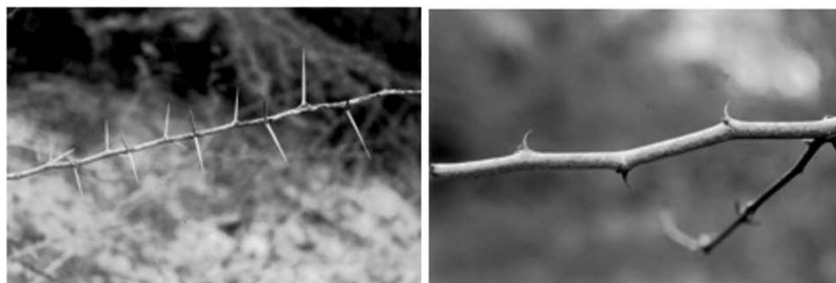
Su superficie son rocas filosas y cortantes sobre las que solo se puede caminar en su cara superior si se tienen los pies muy bien protegidos. En la cara norte, o la que mira para el norte, la opuesta a la de la playa, así como en su parte superior, presenta numerosos agujeros. Estos son las entradas a más de 40 cuevas y abrigos rocosos de las más diferentes y curiosas y formas, longitudes y disposiciones. Algunas han sido tomadas por la gente para hacer ritos mágico-religiosos.



Cuevas de El Burén, Estero Hondo.

Esta estructura es capaz de proveer un resguardo total y absoluto, incluso resistente al napalm, a las bombas fragmentarias y a los ametrallamientos brutales. Fueron tan dilatadas éstas agresiones en 1959 que destruyeron toda la flora de sus lomos; todo aquello quedó quemado y cuando no chamuscado. Sin embargo, en sus vericuetos interiores y cavernas pudieron sobrevivir sin inconvenientes un grupo que no debió pasar de 12 expedicionarios. Estos, tal vez, constituían el pequeño grupo que quedó rezagado, algunos posiblemente por enfermedad, y se protegió en aquellas estructuras.

Mientras se realizaba el presente trabajo, que se vincula in situ a los hechos, 52 años más tarde, fueron encontradas unas osamentas dentro de una de las cavernas. La cronología de las escaramuzas que debieron darse allí se puede situar en los días 23, 24 y 25 de junio del 1959.



Espinas de bayahonda (cambrón o guatapaná) y acacia melífera.

Llama la atención que la vegetación que circunda esta parte del Burén (la del lado norte o que mira hacia el norte) está constituida por arbustos con muchas espinas. Sobresalen la conocida como bayahonda, los cactus y uno llamado por los lugareños como gri-gri, que tiene unas espinas curvas que se adhieren a la ropa y desgarran la piel. Esta última es recordada porque los expedicionarios, en sus contactos con la población, la mencionaban como la más dañina.

En Rancho Manuel

En esos días algunas familias de Rancho Manuel y de Gregorio habían dejado sus hogares. Se fueron huyéndole a la presencia de los expedicionarios y a los enfrentamientos que se pudieran suceder. Por Rancho Manuel debieron pasar por lo menos de cinco a seis grupos de expedicionarios algo separados o muy juntos. Posiblemente de entre dos y siete miembros cada uno.

También se habían trasladado muchas familias de los poblados de Estero Hondo, El Pato y los que vivían en los bohíos dispersos. Se fueron al sitio de La Jaiba. Allí podían dormir con menos sobresalto. Muchas de esas familias, desde que salía el sol del día siguiente, iban o mandaban a alguien a cuidar sus escasas pertenencias en los poblados donde vivían. El apego de los seres humanos a las posesiones materiales es algo que parece que nunca podremos determinar hasta dónde puede llegar.

Combatiendo en Solitario

En el lugar llamado Gregorio, ubicado entre Rancho Manuel y otro llamado Ambrosio, se dio un caso particular. El de un expedicionario que estando solo, combatió intensamente contra un grupo importante de guardias trujillistas, “contra un batallón”. Es la expresión de los campesinos para referir que eran muchos. Los militares se encontraban entonces diseminados en una cantidad apreciable en el área y el expedicionario disparaba

desde arriba de un árbol llamado en la comarca “cigua prieta”. Desde allí llegó a darle de baja a un hombre de Nagua relacionado con la guardia, antes de que lograran hacerlo descender. Encontrándose con que dicho expedicionario era un joven negro, según se dijo, de apellido González, nativo de Puerto Plata⁴⁰.

En este caso se produjo una situación reveladora de las motivaciones y actitudes de la tropa trujillista. Llegó un momento en que el expedicionario dejó de disparar, posiblemente, debido a algún desperfecto de su arma. En medio de ese silencio se supuso que estaba herido. La quietud que se hacía cada vez más larga y expectante intranquilizaba a los guardias, y parece que luego de un rato de indecisiones de parte de éstos, un raso de apellido Melitón se subió en el árbol para intentar atraparlo. Momento en que el expedicionario se desprendió y cayó al suelo.

Instante que fue aprovechado por un oficial que estaba abajo del árbol, para quitarle el reloj con intención de quedárselo; de igual forma que le cortó un dedo para quitarle un anillo. Pero posteriormente tuvo que renunciar a dichos objetos para dárselos al raso porque Melitón, al bajar del árbol, enfrentó al oficial sin importarle la jerarquía militar. El raso exigía que se los diera porque fue él quien se subió al árbol y en guerra, el que más se arriesga, tiene más derecho que cualquier otro a quitarle los objetos de valor a los muertos.

Al que mataron por la espalda

Un expedicionario se encontraba en el patio de una casa disparando. Según testimonios probaba su puntería con unos bidones de leche que estaban vacíos. Entonces llegó el jovencito trujillista Popi Núñez y logró sorprenderlo por la espalda con un tiro de escopeta. Ese escopetazo le ocasionó la muerte al combatiente. Por esa acción al joven luego fue integrado a las fuerzas armadas.

40. Entrevistas a campesinos como método de historia oral.

Le cercenaron la cabeza

A este expedicionario de color oscuro, que aún no se ha podido identificar, le cercenaron la cabeza. Se entiende que esa acción fue cometida por Minino García o Acosta, un hermano de Ramón (Bobito) Acosta. La cabeza del combatiente luego fue exhibida grotescamente amarrada al vehículo por un chofer llamado Prieto Alemán, oriundo de Villa Vásquez. Según asegura Francisco Muñoz, de 81 años, Prieto Alemán se dedicaba, al igual que Cheché Gómez, a ser guía local (casi siempre los llamaban “prácticos”) del general trujillista Rodríguez Reyes, que era el jefe de operaciones en la zona de guerra.

Entre los lugareños se corrió la noticia de que el expedicionario decapitado era panameño. En los archivos sobre los integrantes del grupo de expedicionarios no aparece nadie de esa nacionalidad. Ante la complejidad con la cual se han hecho las presentes investigaciones, tampoco se descarta lo que dicen.

Con un balazo en un muslo

Al momento de conversar con Rafael Minaya es un hombre muy maduro. Cuando se dieron los acontecimientos de las expediciones no tenía 20 años. Ya vivía independiente de sus padres. Estuvo en las inmediaciones de Estero Hondo el día 20 de junio de 1959. Confiesa que cuando vio el riesgo de estar metido entre tantos disparos se retiró a su casa de Rancho Manuel.

Rafael Minaya es el mismo que el día 20 de junio se quedó con el reloj Longine de uno de los expedicionarios muertos en los primeros enfrentamientos. El día 23, o tal vez el 24, se apareció en su casa de Rancho Manuel un expedicionario jovencito, delgado con una herida en un muslo. El combatiente le dijo que era de la capital; también le dijo cuál era su apellido. Rafael Minaya no recuerda el apellido.

Minaya le dio agua y alimento. El expedicionario le preguntó que si tenía un cigarrillo. Minaya le dijo que no fumaba, pero le

mandó a comprar una cajetilla de cigarrillos Hollywood. Cuando el expedicionario se fumó uno exclamó:

—“¡Hollywood! ¿Y los Hollywood ahora vienen con filtro?”

Dice, sin tocar el tema de quien denunció su presencia, que cuando se supo que el expedicionario estaba en su casa, cosa que debió explicar muy bien a los militares dadas las circunstancias, lo fue a buscar un camión de la guardia. Que lo primero que quisieron fue quitarle las botas. Que él les pidió que se las dejaran. Se contuvieron un poco. Pero nada más hicieron tirarlo en la cama del camión para quitárselas.

Ese combatiente debió ser Carlos Aponte Willard; que según los datos registrados fue llevado a la fortaleza de Mao con un balazo en un muslo.

Según investigaciones posteriores el sargento Muñoz, del cruce de Guayacanes, le dio un balazo en una pierna o en un muslo a un expedicionario. Estando ya este prisionero, le disparó delante de todos, antes de llevárselo también para la fortaleza de Mao. Este pudo ser otro expedicionario. El que llegó a la casa del señor Minaya, en rancho Manuel, al norte de la cima de la cordillera septentrional, ya venía con su herida en el muslo.

En las raíces de la caya

La familia de Salvador López⁴¹ regresó al sitio de Gregorio, al lado de Rancho Manuel; vinieron desde el poblado de Laguna Salada, a donde se había refugiado en lo que se acababa “la guerra”. Ya habían pasado 15 a 20 días de todo aquello. Ese día estaba

41. La familia de Salvador López, un terrateniente de la zona de muy buen trato, al igual que otra numerosa cantidad de familia, se fueron del sitio de Gregorio. La familia de Salvador López se fue a donde la familia de su señora, en la Línea Noroeste. Pero Salvador se quedó ocupándose de participar en la alimentación de las tropas trujillistas y en ayudar y aconsejar a los habitantes de la zona. Salvador López era hermano de un señor llamado Humilde López, que trabajaba en la provincia de San Cristóbal, tanto en la Hacienda Fundación como en la anexada hacienda María, de la cual llegó a ser administrador. Humilde López, además, gestionó el traslado de un buen grupo de campesinos de esa zona a dichas haciendas dado que estos tenían muchos conocimientos de ganadería.

el jovencito Agustín López sobre una bestia recorriendo la finca de su padre, Salvador López, buscando un toro y dos reses.

Agustín López refiere que se recostó en el tronco de una gran mata de caya, aproximadamente a un kilómetro de los bordes de la finca de su padre Salvador, por los lados de Punta Rucia. Desde allí vio a las vacas y a dos toros que escenificaron un pleito feroz. Además comenzó a escuchar un gran silbido de la naturaleza relacionado con una extraña agitación de los elementos que lo mantuvo paralizado. El movimiento hizo que los toros dejaran de pelearse. Él incluso volvió a extraviar a los animales que ya había encontrado.

Recuerda que al día siguiente, un domingo en la mañana, se le apareció un muchacho del lugar y le dijo que había encontrado algo. Lo llevó a la misma mata de caya donde él estuvo anteriormente, y al indicarle que mirara detenidamente las raíces del árbol, le enseñó que allí estaban, como aprisionados, los cadáveres de dos expedicionarios y sus pertrechos.

Luego se supo que Marcelo, un aserrador de la zona, le había arrancado a uno de los cadáveres los dientes de oro que tenía. Y que luego andaba “luciendo” el brillo de ese oro en unas “coronas” que se hizo poner sobre sus dientes.

Las muertes del expedicionario Francisco Ubiera y del campesino Antonio Ceballo

El caso más comentado en esta zona es el de Antonio Ceballo, capataz de la finca de Edmundo (Mundo) Valle, en el sitio de Rancho Manuel. Ceballo escondió al expedicionario Francisco A. Ubiera en la propiedad de su patrón. Lo ayudó a vestirse de campesino y le rasuró el pelo como pudo, además de que luego lo colocó en un lugar por donde pasaban los vehículos militares que salían a la ruta de Santiago. Desde donde lo ayudó a agenciarse “una bola”⁴² que lo transportó hasta esa ciudad.

42. Se le denomina de esa forma cuando se traslada a una o varias personas de un sitio a otro sin cobrarle pasaje.

Francisco A. Ubiera llegó a la ciudad de Santiago, donde fue a parar a la casa de una hermana suya que vivía con Domingo Castillo. El cuñado del expedicionario fungía como barbero, pero era también un calí trujillista; con artimañas, artilugios y sutilezas pudo extraerle a Ubiera informaciones sobre quién lo había ayudado en su hazaña de llegar hasta la casa de la hermana. Él, al principio, no sabía la función secreta que desempeñaba su cuñado que fue tan impiadoso que no solo denunció ante los organismos de seguridad de esa ciudad al expedicionario, sino también al campesino que lo ayudó.

De inmediato Francisco A. Ubiera fue apresado y sometido a torturas. Luego de torturado, a los pocos días fue llevado de vuelta al lugar de Rancho Manuel sobre un jeep Willy del ejército para que identificara a Antonio Ceballo. En el momento que lo vieron, el capataz se dirigía a un negocio que tenía. Lo apresaron y lo llevaron al destacamento de Puerto Juanita, en Estero Balsa. Allí los guardias ahorcaron al expedicionario y al capataz con alambre. Los cadáveres de ambos fueron trasladados a la carretera que estaba entre El Papayo y Villa Elisa. Por el Papayo, que era donde estaba el centro de operaciones del general Rodríguez Reyes, tanto el expedicionario como el campesino tuvieron que pasar dos veces. Ahí les aplicaron un procedimiento que se hizo habitual en aquellos días. Los quemaron a los dos y luego los exhibieron junto al cadáver de otro expedicionario no identificado al que le habían hecho lo mismo. Al de Ceballo le colgaron un letrero que decía: “por ayudar a los barbuses”.

La forma de quemarlos era cortándole los dedos gordos de los pies, abriéndolos con una herida bastante notoria. Dicen en toda la zona que por ahí se quema toda la grasa del cuerpo. A esa medida la complementaban con una especie de lecho de leña, cubierto con hojas secas, rociándolos a todos con gasolina y pegándoles fuego.

Según los testimonios, para quemar a Antonio Ceballo buscaron gentes del lugar de Rancho Manuel. Uno de ellos fue Hi-

lario Ventura⁴³, quien hoy, después de 51 años, nos dice que para no participar en esa atrocidad, se entretenía buscando los “charamicos” y las leñas secas. Porque él no quería quemar el cadáver de su amigo. Rafael Acosta, quien al momento de entrevistarlo era un señor de 85 años de edad, refiere que Antonio Ceballo y los expedicionarios tenían una especie de pintura negra en toda la cara. No obstante, él reconocía al campesino por una verruga que tenía en la cara.

Todo ese proceder criminal contra Antonio Ceballo y los dos expedicionarios, según un buen número de entrevistados, implicó que luego los dejaran como si se tratara de animales en ese lugar lleno de baidoas y guayacanes. Aquel hecho desencadenó una serie de situaciones reveladoras. Los vecinos de Rancho Manuel, unos por exhibir un trujillismo fanático y la mayoría temerosos ante la criminalidad del régimen, aislaron a la familia de Antonio. Víctima de esa actitud fueron la esposa Negra Ceballo, que realmente era apellido González y estaba en los últimos meses de embarazo, y con dos hijos.

Negra Ceballo estaba aislada y aterrorizada. El aislamiento llegó a tal extremo que, en los primeros días, para que pudieran comer algo, por las noches Rafael Acosta le tocaba por una ventana para pasarle queso con galletas o pan.

Hay una referencia particular en torno a ese hecho. Según testimonios el general Rodríguez Reyes pasó por allí y preguntó:

—¿Y cuándo es que van a quemar esa casa?

Y Rafael Acosta, que debía tener unos 25 años para esa época, se atrevió a responderle de una forma que lo convenció.

—General, —le dijo— “fuegos chiquitos se convierten en fuegos grandes”.

¿Quería expresarle que el fuego de esa casa se podía extender a las demás viviendas ante la sequía que había en ese

43. Rafael Acosta es ahora un señor de más de 80 años, muy lúcido, que nos habla al respecto.

momento? O, tal vez, ¿también veladamente le insinuaba que aquello resultaba desproporcionado y podía traer consecuencias? El miedo al fuego debió estar consumiendo el espíritu de esa mujer en esos días, porque ya le habían arrancado a su marido y luego se lo habían quemado. Aquel era un miedo absolutamente justificado. Ya que se sabía que hasta la gasolina para que la quemaran con sus hijos dentro de esa casa se le llegó a dar a un tal Chachito. Todo apunta a que aún sin coordinación alguna hubo una solidaridad manifiesta. Para que esa acción no sucediera fue necesaria una participación de múltiples voluntades que estaban negadas a quemar a aquella familia. Se incluye, tal vez, hasta al mismo general trujillista Rodríguez Reyes, que dirigía las operaciones en ese ambiente de ánimos exacerbados. Era una situación muy tensa en la que había gente nerviosa; así lucían tanto los deseosos de no participar en esos hechos como los que se querían mostrar tan sumisos y servirles como pudieran ante el tirano.

Mientras pasaban los días la red de solidaridad que se tejió alrededor de esta familia fue haciéndose más grande y menos clandestina. Además de Rafael Acosta y Vicenta Cruz, que era la vecina más cercana, abarcó a Borges Muñoz, Francia García, Rafael Minaya y tal vez a otros que permanentemente les pasaban alimentos y agua para ella y sus niños. Incluyó a otros más, como al mismo Nené Basilio. Este último, según se dice, con respecto a este caso llegó a decirle al general Rodríguez Reyes algo así como:

—“Uté sabe, General, que a veces los hombres hacemos cosas sin decírselo a las mujeres”.

Hay que resaltar algo importante; a pesar de la adversidad de aquel momento, la bondad era una virtud tan reconocida en la persona de Antonio Ceballo que todos lo referían poniéndolo de ejemplo. Por esa razón ese horrendo crimen impactó tanto a esa comunidad.

Negra Ceballo, aunque aislada por el terror de la gran mayoría de esos lugareños, sobrevivió. Tuvo su hijo, y fue bautizado

por Edilito, por un hijo de su vecina Justina Cruz, quien le dio orden expresa a su hijo “para protegerla”. Poco después se le permitió irse para donde sus familiares, en Puerto Plata⁴⁴, bajo la ayuda-vigilancia del cabo Carlos Rodríguez Muñoz, quien llegó al lugar a los 14 días del desembarco para quedarse como jefe del nuevo destacamento militar en el sitio de Estero Hondo.

Es cierto que entre los solidarios con la viuda de Ceballo estuvo el señor Nené Basilio. Pero este señor fue uno de los personajes que desarrollaron actitudes más criminales en aquel episodio. Una de esas actitudes fue la de insistir vehementemente ante el comando militar para que se tomaran medidas contra el también campesino Justiniano Peña. Este Justiniano, al igual que Nené, era un hombre de una conducta francamente trujillista. Lo cual no le impedía a Nené azuzar contra Justiniano, según argumentaba, porque era socio de Antonio Ceballo en un colmado, cosa que Justiniano debió negar reiteradamente. Ante la acusación, y para defenderse, Justiniano Peña debió brindarse a realizar misiones de búsqueda de expedicionarios tan arriesgadas que se ganó la confianza de los jefes militares.

Se refiere que en una oportunidad Justiniano iba con un grupo de militares, comandados por el teniente Rosario, del sitio del Mamey. El lugareño cargaba una ametralladora de paticas, calibre 30; pero el oficial, al verlo ir adelante ascendiendo una loma con tanta resolución, expresó algo como:

—¿Y a dónde es que nos va a llevar este hombre?”

Justiniano lo enfrentó, y le dijo:

—¡Adió, ¿y no he pa donde el enemigo que vamos? El enemigo etá ahí –y al señalar hacia arriba, siguió hablando–: Porque si no he pa donde el enemigo yo le dejo eto –dijo, refiriéndose a

44. Dicho cabo, hoy teniente jubilado, con casi 80 años, dice que antes de permitir la salida de la señora llamó a su superior a Puerto Plata, recibiendo la aprobación para dicho traslado. Se recuerda que en la Era de Trujillo, aún en condiciones normales, las personas tenían que informar y pedir permiso a las autoridades para trasladarse de un lugar a otro.

la ametralladora que cargaba y a su condición de guía– y me devuelvo, y me voy pa donde uno que eté en deposición de peliá.

Una cruz de cemento fue puesta entre las breñas, en el lugar donde estaba antes un letrero colocado junto a los cuerpos quemados de los luchadores por la libertad que decía “por ayudar a los barbudos”. Esa cruz fue llevada por la viuda de Ceballo, después de la muerte del tirano. La misma permaneció allí durante mucho tiempo. Los velones colocados en el lugar con cierta regularidad, aún antes de la muerte del dictador, eran llevados y colocados allí con suma discreción por Vale Toño, un chofer del transporte público que se movía entre la Jaiba y Santiago.

Muerte en camino

De los 47 expedicionarios que lograron desembarcar en La Ensenada debió morir casi la mitad sin alcanzar la ladera norte de la cordillera. Murieron arañando la tierra seca⁴⁵ de color amarillo. Donde se alternaba uno que otro arbusto de cambrón, de bayahonda, y más aislados aún de cactus; toda una vegetación impregnada de espinas. Cayeron sin lograr llegar al verde brillante de las alturas que se levantaban en el horizonte como una muralla bienhechora de esperanza. Fueron abatidos en la parte baja de Estero Hondo junto a la tierra chamuscada por la gasolina jabonosa del napalm y los fragmentos de las bombas de hasta 700 libras. Fue una muerte en el camino.

Sucesos en Puerto Juanita o Estero Balsa

Para llegar a Puerto Juanita o Estero Balsa, aún en el 2010, el camino es rústico. Primero se va bajando desde el sitio del Papayo, donde hay dos o tres casas muy parecidas, pertenecientes a la familia de los Medina. Allí tenía su cuartel el jefe de todas las operaciones trujillistas, el general Rodríguez Reyes.

45. Se recuerda que el año de 1959 fue excepcionalmente seco.

En Puerto Juanita solo hay un grupo de casas viejas, construidas antaño en madera. Hay un espacio que hace de parque donde uno se encuentra con gentes muy amigables y locuaces que hablan por montones de ciguapas y de celedentodontes. Allí, en la enramada de su humilde casa, la gente habla de las historias de la vida de Pepillo Salcedo contada por mulatos, descendientes pobres de españoles, con sus pelos sueltos. Con frecuencia la conversación es interrumpida por el canto de gallos de pelea ante la indiferencia de perros realengos que son además unos perfectos dormilones.

Los cementerios son fuentes de primera para los investigadores. El cementerio de Puerto Juanita, o Estero Balsa, muy descuidado, habla del bienestar que tuvo la zona cuando el trajinar y las faenas centenarias pusieron a parir la tierra y los muelles estaban activos. Es un cementerio muy viejo, con estructuras mortuorias que ahora resultan extrañas, que hablan de una época de bienestar; tiene cruces labradas en hierro con mucha delicadeza. Hay una tumba donde reposan los restos de Aquilino Salcedo y otra de Gengita Salcedo, que según dicen fue la primera hija del ex presidente Salcedo y data del 1817.

También en Puerto Juanita o Estero Balsa, hay un lago ecológico artificial. Ocupa 40 tareas de tierra. Tiene en un lado una vieja mata de tamarindo que aún produce algunos frutos y dulces. Hasta ese árbol, hace poco, llegó casi a rastras una anciana descendiente de los Salcedo. Vino llena de nostalgias a buscar “de esos tamarindos de entonces”. A flor de tierra se ve la casa donde vivió el prócer de la Restauración dominicana, Pepillo Salcedo, con su familia. Fue el 22 ó el 23 de junio del 1959, muy de madrugada, cuando llegaron dos expedicionarios a la casa del agricultor Aquilino Salcedo, acompañados del campesino Manuel Sosa, al cual habían abordado momentos antes.

Se trancaron en el bohío y bebieron agua. Tenían mucha sed. Trataron primero, luego pidieron de comer. Aquilino les ofreció una yuca que era preciso ir a sacarla donde estaban sembradas. Ahora dicen que las plantas estaban tan nueva que aún no tenía

ni raíces. Lo hizo para salir del paso, para salir de la casa e ir a avisar.

Al poco rato el alcalde del sitio, Juan Aguilera, estaba ya dentro del bohío haciéndose pasar por un allegado. Lo había ido a buscar el mismo Aquilino. El alcalde andaba desarmado, esto es, andaba sin su puñal; tal vez su función allí era la de respaldar a Aquilino con su compañía de alguna manera. Al poco rato llegó el ejército, que había sido avisado. Se aproximaban al lugar más de 400 guardias.

Los seis niños de Aquilino, algunos de los cuales, ya hombres, son de los que ahora hablan con nosotros, habían sido evacuados de la choza. Hay dos versiones sobre ese hecho particular. Una dice que los niños fueron sacados uno a uno, silenciosamente, por una ventana. La otra señala que uno de los expedicionarios, el más gordo, que presintió la tensión del momento, le dijo al campesino que sacara a esos muchachos de ahí. Esta es, lógicamente, la más creíble.

Entonces comenzaron a escucharse los tiros. De los campesinos, Aquilino estaba afuera, supuestamente, buscando la yuca; y el alcalde Juan Aguilera, un hombre delgado, entonces con más de sesenta años, se lanzó por una ventana huyendo. Tuvo la suerte de salir ileso de todo aquello. De inmediato uno de los expedicionarios, el más delgado, cayó al piso muerto por los impactos que atravesaban y estremecían el bohío; y el otro, el más gordo, herido de una pierna, se subió en el entramado del techo y esperó.

En ese momento del bohío de los Salcedo solo salía silencio. Parecería que era un animal de madera de gran tamaño que transpiraba miedo y silencio. Los guardias se acercaban cautos y temerosos. Pero había uno de ellos que no soportaba tanta cautela. Le dijeron que no entrara. Pero él, con 18 años, inexperto, tenía un deseo inmenso de lucirse ante al jefe. Impaciente, actuó sin saber que el silencio de la guerra puede ser tan traicionero, que esconde los peligros más insospechados. Pensó que nadie podía sobrevivir a tantos tiros. Y, para que le

saliera algo, empujó la puerta llena de agujeros. Así se conserva, todavía a los 51 años, como una reliquia familiar de ese acontecimiento. Impetuoso. Empujó la puerta, entró, vio al hombre tirado en el piso, muerto... Se debió fortalecer con una confianza que le duró apenas unos pocos segundos; y sintió un estruendo y la fugaz sensación de que lo invadían miles de impactos de muerte. Uno de los expedicionarios era Martín Senior.

Desde el caballete del techo, el otro expedicionario, el que estaba herido en una pierna, consciente de la inevitabilidad de su muerte en manos de la guardia, le había quitado la espoleta a una granada de mano y aprovechando la oportunidad del momento, la dejó caer... El expedicionario, también joven, con su propia muerte adelantada, se llevó en su martirio al guardia impaciente de 18 años sobre el cual luego decían, de voz en voz.

—“Le metieron una camisilla entera en la barriga para pararle la sangre y aguantarle las tripas”.

Después de la explosión, un tal Milito, cauto, que entró en el bohío con algunos más, vio al guerrillero muerto también por la misma granada que había dejado caer, enredado en lo alto, en el caballete, y lo tumbó.

A la zona de Puerto Juanita o Estero Balsa entraron tres expedicionarios.. Pero a donde Aquilino solo llegaron dos; y a la casa de la sede central del general Rodríguez Reyes, en el Papayo, también solo llevaron al guardia herido de muerte y a un muerto.

Aquilino Salcedo, biznieto de Pepillo Salcedo, el primer presidente de la restauración de la República, hombre que vivió y procreó a sus hijas en ese lugar de Puerto Juanita o Estero Balsa, no entendía eso de la política. De eso solo sabía su bisabuelo. Tampoco sabía que Persio Grullón, también biznieto de Pepillo Salcedo, había venido como expedicionario a acabar con la dictadura, a acabar con Trujillo.

El expedicionario que acompañaba a Martín Senior y al otro expedicionario muerto, aún no identificado, debió ser Simpli-

cio Belfort Santos. Es posible que Simplicio se separara de ellos antes de que entraran en el bohío. Según algunas fuentes fue capturado en las lomas de las Canas que quedan en las cercanías, ahora casi deshabitadas.

SEGUNDA PARTE
EN LA CORDILLERA SEPTENTRIONAL
LUCHA EN LAS MONTAÑAS

¡Al fin en la falda de las montañas!

Más adelante, subiendo por los trillos estrechos en que se convirtieron los caminos, las casas de los campesinos se comenzaban a ver enterradas en un verdor contrastante con el llano circundante. En los últimos decenios han sido descubiertos en esas elevaciones más de veinte asentamientos indígenas, ubicados, generalmente, en el firme de las innumerables colinas de Estero Hondo que se aproximan a esta cordillera. Ello confirma que esta ha sido una zona preferida por los humanos desde hace muchísimo tiempo atrás. En muchos de esos descubrimientos ha estado involucrado nuestro compañero y guía en esa zona, el arqueólogo Adriano Rivera.

Debió ser el 22 de junio del 1959

Debió ser el 22 de junio del 1959 cuando los expedicionarios que sobrevivieron a la guerra en la zona baja, pantanosa y con el sol ardiente de la gran sequía que ese año desnudaba la tierra del llano y a sus albinales, pudieron acometer a las montañas de la cordillera. Cosa que logró la gran mayoría de esos sobrevivientes siguiendo por unas líneas de ascenso que los llevaron de Rancho Manuel al paradisíaco lugar de Pedro Acosta, colocado en la ladera de las montañas. Ruta entonces muy poblada, que los debió obligar a ascender por senderos improvisados, para hacerlo disimuladamente, y aprovechando los distintos

momentos de los días con sus claridades y sus oscuridades. Esa ruta y sus alrededores se encontraban entonces muy pobladas. En el 2012, está totalmente despoblado.

En Pedro Acosta

El caso del doctor Octavio Augusto Mejía-Ricart Guzmán y sus tres acompañantes

Era médico. Realizó estudios en la universidad de Oxford, Inglaterra, y en Alemania. Clínico y cirujano torácico, era profesor en la Universidad de La Habana. Fue redactor de trabajos políticos importantes y del “Programa Mínimo de la Liberación Nacional” de la expedición del 14 de junio de 1959. Contaba apenas con 28 años de edad.

El camino a Pedro Acosta era un trillo muy transitado por las familias campesinas y por sus animales que los llevaban de la parte más seca, caracterizada entonces por una vegetación baja de cambrones, a otra de árboles altos, hermosos y exuberantes cuyas raíces se hundían en la tierra rodeadas de una espesura baja con varios matices de verde. Caracteres que se conservan de esa forma 54 años después.

Los expedicionarios debieron ver los árboles de cana, caya, pino de teta, guanábano, tamarindo, aroma, cambrón alto, almácigo, palo amarillo, uva de playa y cañafístula que se encontraban⁴⁶ en el entorno de sus pasos. Aunque es de suponer que por su procedencia urbana, posiblemente no pudieron identificarlos a todos como lo hacemos ahora con la ayuda de los campesinos. No obstante, aquel cambio operado en su entorno, de un llano seco y agresivo a una montaña verde y rozagante, les tuvo que producir un gran alivio.

En medio de todo aquel cansancio, sed y hambre, se dirigieron ese anochecer a la casa llena de pobrezas materiales e intelectuales del campesino Gonzalo Basilio. Entraron. Tranquili-

46. Árboles y arbustos que aún se encuentran en la zona que datan de esa época.

zaron a la familia. Le pidieron agua y alimentos. Octavio llegó hasta la cocina que estaba más atrás. Según la usanza campesina, la cocina generalmente quedaba separada del cuerpo principal de la casa, y en otra estructura de maderas más alejada de la casa estaba la letrina.

Se sentó en una silla de guano y dejó caer un gran bulto al suelo.

—Como cuando uno llega muy cansada y con una carga muy pesada —dice Ramona, ahora con más de 80 años, una de las hijas de Gonzalo Basilio, que estaba allí y lo vio.

Habló acerca de cómo se podía vivir en tanta pobreza. Les dijo que él era el médico de las tropas. Además les informó que tenía el rango de teniente.

Fue percibido como un hombre joven, alto, blanco y ancho. Sus compañeros, al igual que él, tomaron grandes cantidades de agua.

Pero después de entrar, salieron y se mantuvieron fuera de la casa. Los atendía una mujer llamada Ramona Basilio, entonces con 40 años, hija de Gonzalo.

Había una paila con harina de maíz; les frió unos huevos y les dieron casabe. Comían.

Octavio, sentado en la cocina, les dijo que les iba a dejar algunas medicinas. También “algo” para que no pasaran trabajo por un buen tiempo.

Entonces un muchacho de la familia, llamado Senso, salió del lugar supuestamente a buscar una cerveza, se entiende que malta. Pero instruido por Gonzalo Basilio tomó el camino de ir a denunciarlo a la guardia trujillista.

Al rato, los tres compañeros de Octavio, fuera de la casa, se percataron de que los guardias trujillista y algunos campesinos mercenarios ya estaban en la cercanía. Se aproximaban.

Los que estaban afuera de la casa lograron escabullirse. Pero Octavio adentro de la cocina, en el fondo, no pudo salir. Cuando se vino a dar cuenta ya había “dos recién llegados”. Dos campesinos trujillistas frente a él. Uno era Nieve Santo, el marido

de Gregoria Amaceyes, con la cual luego se fue a vivir por los lados de Nagua y el otro era Sergio Quiñones. El médico guerrillero, todavía les hablaba aparentemente confiado. Mas ellos, aprovechando el descuido de que había dejado su arma recostada en la pared de la casa, se abalanzaron brutales contra él. Y lo hirieron con un machete y un puñal en distintos lugares. Cuando la guardia entró hizo un disparo. Esa detonación debió haber producido la herida de bala que tenía luego Octavio en una pierna y también el sonido, que según declaró a la prensa Gonzalo Basilio, le retumbaba tanto en los oídos. Sonido que lo habría de perseguir y atormentar toda la vida.

Una batea que se salió de sitio con los movimientos cubrió circunstancialmente el bulto del cual Octavio se había desembarazado momentos antes. Era el bulto donde estaban tanto las medicinas como el dinero prometido “para que vivieran bien por un tiempo”.

Solo que luego de ese accionar, los guardias salieron nerviosos de la casa, con Octavio herido, hecho prisionero, y sin saquearlo. Pero luego de haber salido, cuando ya habían tomado el camino, tuvieron que devolverse.

Porque cuando Gonzalo Basilio se percató de que el bulto estaba en la casa, corrió tras ellos y comenzó a llamarlos para que volvieran a ver, y les entregó el bulto a los que vinieron sin saber a ciencia cierta qué había allí adentro.

Luego se quedó pensando, y así lo manifestó, “que él con tanta miseria y había entregado ese bulto donde debía estar el dinero prometido y quien sabe cuántas cosas más”. Además, “después que le habían ofrecido...”, y nada.

Más tarde, en la casa, encontraron una cartera con papeles. La cartera que anduvo mucho por ahí... y luego fue entregada a los militares, dice Adria o Adriana, con poco convencimiento.

A la caída de la tiranía se creó un pacto de silencio que solo fue roto a la muerte de Quiñones, a los 47 años de esos hechos. Tanto Quiñones como Nieve Santo, este último en menor grado, eran compadres de muchas personas. Y todos, sin ser faná-



Ramona Basilio.

ticos trujillistas ni mucho menos, trataron de encubrirlos. Unos se apoyaban en el compadrazgo y otros en el concepto de que sus actos fueron producto de la ignorancia.

No se puede negar el nivel de criminalidad que impulsan hechos como éstos, que desgraciadamente se repiten en esta historia. Hay un nivel de culpabilidad de esa gente. Y es mayor cuando se sabe que algunos lo hicieron fanatizados contra “esos comunistas enemigos de Dios, de la patria y del jefe”. Que otros lo hicieron, princi-

palmente, espoleados por la suma de dinero y las preeminencias y privilegios que ofrecía el régimen. Nada puede ser más bajo y deleznable.

Resulta ilustrativo el hecho de que esa forma de proceder resultara repugnante para la generalidad de las personas de entonces que tenía el mismo nivel de ignorancia.

De cualquier forma, la verdad debe ser dicha. Nuestro pueblo merece saber la verdad. Y aunque le duela a los allegados, cada quién debe asumir sus hechos ante la historia.

La noche se había cerrado y el cuerpo herido de ese médico de la libertad dominicana fue amarrado a una escalera⁴⁷ para comenzar un nuevo calvario que lo llevaría a la población de

47. Armazón en forma de escalera para amarrar los cadáveres y arrastrarlos con un animal como el caballo.

Mao, y luego a la de Santiago para después ir a parar en la Base Aérea de San Isidro. Al llegar a ese lugar, la madriguera del enfermo mental hijo del tirano, fue lanzado a la pista de aterrizaje desde el avión. La idea fue de un monstruo llamado Tavito Balcácer. Mejía Ricart fue presentado ante el criminal de Ramfis, y luego lo mataron.

51 años después la ancianita Ramona Basilio dice que no se dio cuenta de lo que pasó dentro del lugar donde estaba. Mientras es entrevistada la interrumpe reiterativamente su hermana menor Adria o Adriana Basilio, con más de 70 años de edad. Según se puede ver en el estudio de las grabaciones, aun cuando fue Adria la que nos orientó en el sentido de que Ramona era la que estaba adentro, la que atendió directamente a los guerrilleros, intentó persistentemente condicionar sus declaraciones. En esa actitud, y me permiten hacerles partícipe, me resultó muy curioso el grado de encubrimiento que encontramos en Rancho Manuel. También genera extrañeza la participación de personas que estaban atentas a lo que decía el entrevistado para interrumpirlo, bloquear de alguna manera cualquier testimonio que ellos consideraran que no debía hacerse público. Esa experiencia la hemos denominado como el fenómeno de la tercera persona, la cual, como en este caso, se encuentra autorizada a impedir o manipular el orden y hasta las respuestas del entrevistado. Puede ser tanto un miembro de la familia como un allegado.

¿Quiénes eran los acompañantes del médico mártir y qué ruta seguirían?

7 expedicionarios en la casa de Emilio Antonio Torres Holguín (Bululú) y de Petronila Perdomo (Lila)

Era temprano de la mañana del día 23 ó el 24 de junio del 1959. Cuando después de ascender por el camino de Cementera, o Zepitén, que está en lo más alto de Pedro Acosta, o tal vez tomado el camino solo como referencia; desechándolo para

evitar encuentros innecesarios, llegaron 7 expedicionarios al placer⁴⁸ donde estaba el rancho de Emilio Antonio Torres Holguín, conocido como Bululú, también llamado Bobo, y de Petronila Perdomo, alias Lila. Lugar que quedaba un poco más arriba de la casa de Gonzalo Basilio.



La cerca, en el campo, donde Torres (Bululú) escenificó el pleito con el expedicionario.



Bululú en un paisaje de yerba, ahí estaba la casa donde hirieron a Octavio Mejía Ricart en “Pedro Acosta”.

48. Zona llana, de descanso, en la subida o cima de una montaña.

Se presentaron luego de que doña Lila llegara a la casa con un bidón de leche en la cabeza, recién ordeñada por ella misma. Lila, la mujer de Bululú, era de buen tamaño, tenía un rostro muy bello sorteado por un pelo fino color castaño. Debieron haberla visto esa madrugada y luego le siguieron los pasos.

Saludaron con normalidad. Cinco de ellos entraron en la casa y dos se quedaron afuera. Pidieron comida y agua.

—No hay sal —dijo Petronila.

—Nosotros tenemos, —le respondió uno de los expedicionarios y le pasó un sobrecito lleno de sal. Incluyó además una tabla de dulce y un lapicero.

—Nosotros no vinimos a hacerle daño a nadie —insistió otro—. Venimos a quitarle ese yugo (se refería a Trujillo).

—Démela así sin hervir —pidió, refiriéndose a la leche, y comieron batata asada, además de tomar una cantidad de agua que a la pareja de la casa le pareció excesiva.

Uno se abrió un poco la camisa y se recostó en un catre. Otro, que parecía un jefe entre ellos, le dijo:

—Mire, Andrés⁴⁹, no use tanta confianza...

—Es que aquí me siento como en mi casa —contestó el otro, pero se compuso.

Los expedicionarios eran gente jóvenes. Los de la casa también. Bululú tendría 21 años. Lila apenas llegaba a 19.

En ese momento llegó a la casa Emilio Torres, el padre de Bululú. El recién llegado era el segundo alcalde del lugar. Y sin identificarse como tal, les dijo:

49. La señora guarda ese nombre en sus recuerdos con devoción. Por la expedición marítima (Maimón, Estero Hondo) vinieron cinco expedicionarios llamados Andrés. Todos aparecen en el libro de Anselmo Brache como llegados todos por Maimón. Hemos detectado inexactitudes en los datos de los listados. Realmente la mayoría de los expedicionarios no usaban pseudónimos, según nos reveló de manera expresa el sobreviviente Mayobanex Vargas. No caben dudas de que éste debió ser uno de esos cinco Andrés que aparecen como llegados por Maimón. Los Andrés fueron: José Andrés Rolán Pérez, Andrés Santana Read, Andrés Emilio Pérez Rodríguez; Andrés Lozano Guzmán y Nelson Andrés Hernández González.

—Ellos son mi familia. Ese es mi hijo —y señaló a Bulubú.

Aquella forma de manifestarse de los campesinos más maduros, pero activos, con relación a los grupos o parejas más jóvenes, parece que es normal en los campos dominicanos, sobre todo cuando se está ante la presencia de “extraños”. La expresión significa que la pareja se encontraba dentro del círculo de la dinámica y la protección familiar.

A uno de los expedicionarios lo describen como alto y muy fuerte, con una barba muy notoria. A este le resultaron sospechosas las botas de guardia que tenía Emilio y se lo dijo, mientras otro de los compañeros le restó importancia a ese detalle. En esa época era frecuente que un ayudante de alcalde usara ese tipo de botas. Generalmente algún guardia se la regalaba o se la vendía a precio muy barato.

Los dos que estaban afuera bebieron agua y leche, y también comieron. A los de adentro les llevaron de beber y de comer.

Habían dicho que no entraban porque tenían los pantalones tan rotos y que les resultaba vergonzoso entrar. Habían pasado el tiempo semiescondidos, cosiendo la ropa con una aguja y un bollito de hilo que le pidieron a Petronila.

Preguntaron por el camino para ir a Constanza.

Mirando desde el rancho hacia el suroeste, en el horizonte de esas alturas, se alcanzaban a ver unas estructuras montañosas que son el límite entre la parte llana del Estero, por donde habían desembarcado, y el valle del Cibao. Exactamente detrás del borde zigzagueante de esas cimas estaba la carretera de la llamada Línea Noroeste. Más allá había un extenso valle de muchos kilómetros. Al fondo del valle se levanta la Cordillera Central, la más alta del Caribe, y muy adentrada en ella está Constanza.

Hacia ese rumbo partieron esos expedicionarios que, unidos en número de siete, atravesaron por “el Derramadero” hasta “Agua de Luis”. Llegaron al sitio de la “Guajaca Arriba”, donde se encontraron con un hombre que estaba ordeñando una vaca en su potrero llamado Luis Morel. Todos le decían Luis Tilila.

La seguridad de Emilio Torres y Petronila con respecto a que esos fueron los que pasaron por allí, todas las veces que hablamos del tema, fue inquebrantable. Parece indicar que cuando les explicaron a los expedicionarios donde y como aproximarse a Constanza lo hicieron con una voluntad de ser entendidos. Que al ser escuchados sintieron la sensación de que eran comprendidos. Detrás del punto que ellos señalan en el firme, para atravesar la cordillera desde el sitio donde vivía la pareja, resultaba ya un paso natural para los campesinos. Si se miraba hacia el norte, la vista se perdía en el mar por donde había llegado “el barquito que parecía que estaba volando”. Una mirada hacia el sur, superado ya el obstáculo mismo de las montañas, prometía poner ante sus ojos la carretera de la Línea Noroeste que parecía una serpiente blanca tirada al descuido. Y más allá un extenso valle desde donde parece verse el resto de la isla que finalizaba en un telón azuloso de montañas muy altas, la Cordillera Central.

Los expedicionarios donde Félix Cabrera

La propiedad de Félix Cabrera (ya fallecido) por los lados de “Pedro Acosta” colindaba con las de Antonio Torres (Bululú), tirando de un lado para lo más alto de la montaña. Allí, muy pegados de la cerca de alambres de púa, se encontraban tres expedicionarios que no sabemos cómo contactaron a Félix. Algunos entienden que estuvieron allí varios días bajo su cuidado, para lo que le daban dinero. Pero la mayoría de los entrevistados dicen que, apenas lo encontraron, Félix se lo comunicó a los guardias trujillistas con los que comenzó a actuar en connivencia. Que el plan de los guardias era el de tratar de evitar por todos los medios un enfrentamiento directo con los expedicionarios. “Félix les llevó comida, agua y limones. En esa comida pusieron pólvora, pero no hubo ningún resultado”.

Hasta que optaron por atacarlos sorpresivamente y así lo hicieron. Durante el ataque hirieron a dos expedicionarios, a uno levemente y al otro de muerte. Solo uno de ellos quedó ileso;

este, de alguna manera, debió rechazar a los guardias de tal forma que no se atrevieron a avanzar en ese momento. El ileso no solo mantuvo su posición, sino que se quedó allí cuidando a sus compañeros toda la noche y parte de la madrugada. El que estaba gravemente herido murió en sus manos. Pudo estabilizar al que estaba levemente herido. Luego se creó una curiosa situación de combate cuerpo a cuerpo entre el expedicionario ileso con el campesino Bululú, que más adelante describiremos, y dicho expedicionario se trasladaría de la zona ayudando a su compañero herido a movilizarse.

El cadáver del que murió fue sacado por los guardias; lo bajaron al segundo o al tercer día de haberlo matado porque no se atrevían a volver a la zona.



Expedicionario que veló a su compañero.

El caso de Emilio Torres (Bululú)

La madrugada siguiente a la emboscada en lo de Félix Cabrera, Bululú era un joven de 21 años que presentaba un perfil de quien no evade enfrentamientos. Bajo, cabezón y de fuerte complexión física, se había levantado aún sin salir el sol a buscar sus vacas de ordeño.

Antes de irse le dijeron del peligro que corría.

—Si ni siquiera los guardias se atreven a llegar a esos sitios después de sorprender a los barbuses, ¿cómo vas a ir tú, y solo? —le dijeron.

Pero no hubo razones que doblegaran la decisión de Bululú. Ahora, en el 2009, cuenta que llegó hasta la cerca de lo de Félix Cabrera. Allí notó que había una parte donde la empalizada estaba rota, y pensó que por ahí se le debieron haber ido algunas que otras vacas. Por eso penetró por el roto con el interés de encontrar las vacas extraviadas. Entonces escuchó un sonido como de secreteo que lo hizo mirar

—Shi, shi, shi.

Se encontró con que ahí estaba un expedicionario que tenía a su lado el cadáver de un compañero. El expedicionario le pidió que se acostara boca abajo, a su lado. Instantes después se encontraban tan juntos que, en un descuido del expedicionario, Bululú le arrebató el fusil y lo lanzó hacia atrás. Esto ocasionó que el expedicionario entablara con el campesino una lucha cuerpo a cuerpo en la cual Bululú tenía todas las de perder. El expedicionario, que era más fuerte, lo agredía violentamente mientras le enrostraba de forma agresiva que era un trujillista. Bululú, según cuenta, le pedía reiterativamente que lo dejara hablar.

Recuerda que entre los forcejeos y las patadas el expedicionario lo golpeó varias veces con una piedra en la cabeza. Lo golpeó hasta dejarlo inconsciente por un tiempo. Cuando recuperó el conocimiento ya no había nadie en su entorno y él estaba todo ensangrentado. Jadeante, cogió el trillo de regreso hacia su rancho, llegando en el momento en que todos los de la casa se mudaban de la misma.

—Tuve suerte —dice, y mira con cariño y admiración a su mujer, ahora una anciana, y sigue—, porque a Lila, que me escuchó en la distancia, no pudieron convencerla de que esa no era la voz mía y corrió hasta donde le parecía escucharme.

Al encontrarlo todo bañado en sangre logró que lo socorrieran y lo llevaran al hospital. Siendo trasladado a la ciudad de Santiago, donde lo dejaron interno durante siete días. Allí Bu-

lulú entendió que lo de él había sido una hazaña y consideró que los militares no le dieron la importancia que él se merecía por fajarse así contra un expedicionario, de hombre a hombre.

En la zona algunos hablan de la repartición del dinero que le quitaban a los expedicionarios muertos. Acusaciones y contra-acusaciones. Por lo general son inculpaciones extremadamente veladas entre familias y gentes conocidas en la zona, sobre la captación de dinero por concepto del saqueo de los cadáveres de los expedicionarios.

Luego se supo que después de la emboscada, en la cual murió el expedicionario que fue velado por su compañero, la guardia no se había atrevido a tomar el lugar. Esto le permitió al expedicionario que estaba en pie pasarse la noche entera de ese día a su lado y atendiendo a un segundo expedicionario que se encontraba herido en el mismo sitio donde fueron emboscados. Además de hacer posible que lograra agredir, lleno de furia, a un campesino (a Bululú), dejándolo aparentemente por muerto. El expedicionario debía tener la creencia de que ese era el campesino que los había denunciado. De haber sido así, como luego veremos, tenía toda la razón.

Tras la pelea el expedicionario se llevó a su compañero herido de esa zona.

El expedicionario muerto fue bajado, según unos, en una escalera. Otros dicen que a lomo de un animal, posiblemente al otro día. Justo al otro día fue cuando los guardias se atrevieron a entrar al punto.

Después de más de ocho visitas a la casa de Bululú, tras haber insistido discretamente sobre la misma pregunta, el campesino habló.

La verdad de todo esto fue que Félix Cabrera fue donde Bululú y le dijo que los expedicionarios estaban en su propiedad. Bululú tuvo que decírselo a su padre, Emilio Torres, el segundo alcalde del lugar, el cual “tuvo” que decírselo a la ronda⁵⁰.

50. Los componentes de una patrulla que, generalmente, vigilaba un área determinada.

Hoy, cincuenta años después, Bululú dice que si el expedicionario lo hubiera dejado hablar, y le hubiera dicho claramente en qué estaban, quién sabe el tipo de ayuda que hubiera podido prestar. Porque él no estaba conforme con el régimen.

La ruta que tomó el expedicionario con su compañero herido fue la de La Jaiba, por los lados de Palo de Leche, donde luego los encontraremos.

Este personaje de 73 años pudo salvarse de aquel duelo, pero no de la suspicacia y el ingenio popular. No se salvó de que le hicieran sus décimas:

*Bululú se montó
en su mula que no trota,
era a ver si lo nombraban
como jefe de la tropa.*

La desconfianza

Desde el primer viaje de exploración para el presente trabajo en la zona de Estero Hondo visitamos la casa de Antonio Torres. Fuimos recibidos con la amabilidad propia de la gente de la zona; tanto Bululú como doña Lila satisfacían con gusto nuestra adicción al café.

En el segundo y en el tercer viaje todo siguió igual. Le comunicamos a Antonio Torres que necesitábamos alquilar unos caballos y conseguir un guía para ir y conocer el lugar donde en esa época estaba su casa y la de otros campesinos que se habían mudado luego de estos hechos. Él se brindó, entonces muy animado, a guiarnos y a conseguirnos los animales con tanta convicción que decidí dejar guardados en su casa los apero de montar (silla, freno-bridas, cojín, trapos, etc.), con los que andaba en mi Jeep. Ir a los lugares donde habían sucedido los hechos forma parte de nuestro protocolo de trabajo en este tipo de investigaciones basado en la oralidad. Ya lo habíamos desarrollado en las investigaciones de Maimón con muy buenos resultados.



Viaje hacia “Pedro Acosta”, para conocer el lugar, como parte del método de trabajo usado.

El día antes de esa exploración, como estaba previsto, ya en la zona, fui a su casa para dejar arreglado todo lo relativo a los animales y a su compañía. De nuevo me cuestionó acerca de qué era lo que yo quería. Yo le repetí:

—Ir a esos lugares y que me vayas explicando donde quedaban las casas y cuáles eran los dueños; quiero saber cómo era la vegetación, cómo eran las cosas antes y qué iba pasando cada uno de los días a partir del 20 de junio de 1959.

El día convenido, al llegar a su casa a la hora señalada, todo estaba listo. Me acompañaría Bululú y el profesor Adriano Rivera. Partimos en una mulita y dos caballos.

Íbamos cuidándonos mutuamente en los momentos más peligrosos. En el camino nos encontramos con ascensos muy fuertes donde nuestra única seguridad estaba en agarrarnos con fuerza en las crines de los animales. En los trayectos montañosos más difíciles a veces lo prudente era sacar los pies de los estribos, pues se volvían muy altas las posibilidades de que el animal pudiera caérsenos encima y, en cualquier caso, salir con una pierna fracturada, cosa que debíamos prever.

Todo salió según lo previsto. Como Antonio Torres era un campesino muy conversador pudimos conocer de su maravillosa integridad y formación de valores familiares y personales. Un

hombre mulato y analfabeto extremadamente trabajador. Se trata de valores que nos remiten a la antropología de nuestra cultura.

Trabajábamos como un equipo en el cual nadie dudaba del otro. Al extremo de que el profesor Adriano Rivera y yo entramos a una cueva horizontal, en el fondo de un barranco. A pesar de lo estrecha, la penetramos lo más que pudimos; avanzando trabajosamente arrastrándonos, alumbrándonos con un foco de esos que se usan en medicina para exámenes de exploración al paciente. Quedando expuestos. Mientras, Bululú, armado de su filoso machete y un perro de su casa, se mantenía afuera vigilando los animales y las pertenencias.

Solo que al regresar a la casa de Bululú, a eso de las tres o las cuatro de la tarde, y estando ya sentados en una enramada campesina, luego de comer lo que nos guardó su esposa, Bululú pronunció las siguientes palabras.

—Yo fui con ustedes, pero estaba muy preocupado pensando que podía ser que fueran familia de esas gentes y lo que querían era llevarme solo por ahí para matarme.

—Pero Bululú, —le contesté, curado de espantos, sin emoción—, si hemos estado hablando tantas veces de lo que íbamos a hacer, de que estamos investigando esto para escribir una historia, y dijiste que ya tú estabas metido en esto.

Y recordé el filo del machete de Bululú, allá en lo alto de la loma, pasando muy cerca de mi cuello, cuando estaba desyerbando un pequeño espacio a ver si encontrábamos algunas cápsulas de aquellos tiempos. Recordé que al sentir ese machete tan cerca de mí, me llegó a la mente un viento de desconfianza, pero lo rechacé avergonzado de pensar de esa manera. Si él no hubiera dicho eso ahora, no lo hubiera recordado jamás.

El caso de Bobito

Por los lados de Zepitén, en el firme de la sierra, fue muerto un expedicionario. Sobre este combatiente solo podremos informar lo que dicen que en esa época comentaba el ya fallecido llamado Ramón Acosta, alias Bobito. Dicen que contaba haber-

se encontrado con un expedicionario que estaba desfallecido, en mal estado. Y que él aprovechó esa situación para ahorcarlo con sus propias manos. Esa versión parece que le resultaba muy provechosa en aquel momento y desde entonces se quedó en la mente de la gente.

En uno de los últimos viajes que hicimos a la zona, el 28 de febrero del 2014, nos acompañó el señor Nelson Cruz Acosta, síndico de Estero Hondo y pariente cercano de Bobito (sobrino). El síndico nos aseguró que Bobito lo que hizo fue golpearlo con un objeto contundente, pero no lo mató. Que quienes le dieron muerte fueron otros.

Polo-Bli en Jaibón

Ahora vive en Jaibón, en la carretera de la ciudad de Santiago a Montecristi; eso por ahí es la Línea Noroeste, al sur de la Cordillera Septentrional. Cuando sucedieron los hechos ya él era un ganadero y comerciante cafetalero mediano que se veía próspero. Y vivía con su mujer, María, casi en el firme de la cordillera; quedando la casa por los lados de Cementera y Zepitén.

En Hatillo Palma, un poblado vecino de Jaibón, alguien que lo conoce nos dice que si no me lleva una persona conocida no me va a recibir.



El señor Polo Bli, en Jaibón, explicando sobre la muerte de dos expedicionarios dentro de su casa.

Llegamos al entorno de su casa a las siete de la mañana. La agresividad de un perro pretendía cerrarnos el paso hacia un amplio galpón que se encuentra detrás de la casa de block donde se escuchaba una televisión. Obligándonos a tomar un palo del suelo y a calibrarlo como sólido y difícil de romper, actitud que asustó al perro. Avanzamos. Mientras el animal retrocedía nos encontramos con la mirada escudriñadora de un cuerpo corpulento que estaba sentado en una silla de guano. Era Polo-Bli. Estaba acaracolado frente a una pequeña televisión en busca de noticias.

—Buenos días –le digo rápidamente, y sin pérdida de tiempo continúe—. Vengo desde Santo Domingo. Estamos averiguando cómo pasaron algunas cosas por aquí. Me dijeron que a usted no le gusta hablar de eso, pero le haré algunas preguntas y usted dice lo que quiera.

—Siéntense –me dijo, con una amabilidad superior a la que yo esperaba.

Se llama Napoleón Hernández. Todos le dicen Polo-Bli porque a su padre le decían Bli. Tiene gran lucidez y agudeza mental aunque ya (2010) es un anciano de más de 95 años. Tiene más de seis pies de estatura, es de color negro y de rostro agradable; esto último lo ayuda a expresar lo que dice de sus numerosas vivencias sacadas de mucho trabajar, de relacionarse con las mujeres y los hombres y de ver el mundo tanto en sus partes del gozo como del continuo guerrear.

Polo enfrenta las preguntas como un viejo gladiador que confía en la habilidad adquirida en la vida. En su veteranía, parece no mentir, aunque con frecuencia habla ocultando la mirada, el rostro, y da la espalda. Dice lo que dice con la autoridad de un predicador; solo se siente falsear en la respuesta a algunos detalles. Entonces calla, parece que piensa, cambia la conversación o dice algo intrascendente. Uno cede porque teme atosigarlo y romper la magia de su hospitalidad.

Los que más informaciones tienen sobre los expedicionarios que entraron por Estero Hondo la madrugada del 20

de junio de 1959 parten del concepto de que Polo-Bli, personalmente, tuvo poco que ver con los hechos. Se sabe que a su casa fueron dos expedicionarios en busca de alimentos y de agua y encontraron la muerte.

No ha valido ni la empatía que ha caracterizado nuestra relación ni lo que le he dicho del derecho al duelo de la familia de los expedicionarios que nos obliga a tratar de identificarlos. Tampoco lo ablanda el argumento del derecho de la educación y a la verdad que tiene nuestro país.

Lo había visitado cinco veces antes de escribir estas líneas. Siempre hablaba fabulando. Nunca se queda callado y siempre se muestra amistoso y hasta hospitalario. Lo que ha primado es que Polo-Bli no estaba en su casa cuando llegaron los expedicionarios. Se sostiene que llegó al otro día y ya estaban “duros”⁵¹.

Su mujer de entonces (fallecida poco después de los hechos), junto a algunos de sus empleados de ese momento, se encargó de matarlos.

Se filtró que la pequeña y dispuesta María golpeó a uno con un palo o una “mano de pilón” y que un “gordito, que hace poco murió de cáncer, los mató y los remató con un machete”. Por eso se perdieron las identidades de uno que otro.

Cuando eso sucedió Polo-Bli estaba “mujereando” en Estero Hondo.

Este es un tema que Polo-Bli goza y domina. Lo admite:

—“Óigalo bien, óigalo bien: yo he gastado mucho cuarto, pero lo he gozao con las mujeres, y bien gozao” –dice y se ríe a plenitud.

No tiene que decirlo.

Mientras, con sus fabulaciones sobre lo que sucedió, callándose en cada detalle que se quiere “clarificar”, ha intentado proteger la memoria de la pequeña María.

51. Esta versión la asegura su amigo Blanquito Muñoz.

Recuerda que el oficial Cuervo Gómez, que cojeaba de una pierna, durmió una noche en su casa. Y que al otro día de los hechos pasaron por allí siete expedicionarios⁵² que todo el mundo vio. Porque ellos andaban así... Y un muchacho fue y se lo dijo a este oficial y a otro de su mismo rango, pero perteneciente a la aviación, y que entonces se entabló una agria discusión entre ambos porque cada uno de ellos quería que fuera el otro el que enfrentara la situación. Uno decía que era al otro a quien le correspondía hacerlo. Polo-Bli hace una reflexión que no solo pone a pensar, sino que duele.

—“Si hubiera sido por los guardias –afirma– tumban a Trujillo”. “Lo tumban si no hubiera sido por los campesinos”...

Tuvo fama de no querer hablar del asunto. Aunque a poco se percata uno de que si tuvo problemas después del ajusticiamiento de Trujillo⁵³ fue porque, de alguna manera, debió ser visto o haberse presentado en algún momento o como victi-



Este casco, se entiende, que fue usado por el expedicionario Bienvenido Almonte, antes de ser asesinado en el lugar de Palo de Leche.

52. Insiste en que son los de Luis Tilila. “Óigalo bien” –dice– “Y que no son los que fueron donde Bululú”.

53. Se sabe que fue provisto de armas de parte de amigos en el poder, luego del ajusticiamiento del tirano, por sentirse amenazado por personas en relación a estos hechos.

mario o como que apoyaba lo pasado en su casa. Esto es lo más probable, pues todo nos dirige a creer la versión de numerosos campesinos que hemos desarrollado. Polo-Bli no mató ni estuvo ahí cuando los expedicionarios fueron asesinados, esas fueron cosas de la pequeña María y otros personajes, uno de los cuales hasta se mudó del lugar. Los campesinos relacionan ahora la rápida muerte de María y de uno de esos personajes a un castigo de Dios por tanta alevosía.

Palo de Leche, La Jaiba

De lo que aconteció en la tierra de su padre Genaro González, en el sitio de Palo de Leche, de La Jaiba, nos habla Opinio González.

Recuerda que lo supo andando por ahí con un empleado conocido como Chulia, el hombre más dormilón del mundo. Luego se lo dijo el señor Ventura Blanco, que al igual que su padre, era antitrujillista. El caso es que el campesino Ventura Blanco le llevaba comida a un grupo de expedicionarios, que al principio eran siete y luego se fue reduciendo la cantidad.

Opinio González refiere que había un expedicionario muy gordo. Todas las descripciones corresponden de Bienvenido Almonte. Dice Opinio González que se cansó de correr y se quedó sentado, a la sombra, en el tronco de una mata de mango donde lo mataron; luego los guardias lo bajaron por los lados de Estero Hondo. Señala Opinio González que Ventura Blanco, después de la muerte del tirano, le enseñaba una granada a algunos conocidos diciendo que eso se lo habían dado los barbuses al tiempo que le dijeron:

—“Toma eso para que te defiendas, que tú eres un buen dominicano”.

Opina además que luego de tener un tiempo protegiéndolos y alimentándolos, un día, pasaron muchos aviones muy bajitos⁵⁴.

54. Día en que celebraban en Mao el triunfo.



Desde la colina de Gualete se divisaba el movimiento de la guardia trujillista. En este lugar hubo una balacera.

Él entonces les dijo que ya no podía tenerlos en ese lugar, porque en el entorno ya se habían producido balaceras con la guardia. Dice Opinio González que los expedicionarios se fueron, que salieron rumbo a Las Cayas, por los limones de Pozo Prieto.

Se habían dividido antes de llegar a la inmensa loma de Pozo Prieto; se mantuvieron unidos hasta perder a uno de sus componentes en Las Cayas, donde lo mataron.

Fue por estos lados por donde se movilizó el expedicionario que andaba con el compañero herido, luego de la emboscada de los guardias, en lo de Félix Cabrera. De esa zona fue de donde salió lo de que uno había dicho: “Que había matado a un hijo de Emilio Torres creyendo que Bululú estaba muerto”.

Gualete

Este grupo de cuatro expedicionarios formaban parte de los siete que se encontraban por los lados de Palo de Leche, por Jaibón. Parece que la presencia de ellos pasó desapercibida para la gente de Estero Hondo, Rancho Manuel y Pedro Acosta. Sin embargo, su batallar debió haber sido muy duro e inteligente para llegar a escalar hasta las montañas de la cordillera septentrional. Habían sobrevivido a muchas bombas explosivas y de napalm, a muchos mercenarios asesinos y gente aterrorizada

por las represalias que tomaba el gobierno del tirano contra los que ayudaban y no denunciaban la presencia de los expedicionarios, donde quiera que los vieran.

Debieron cruzar La Ensenada, Punta Rucia, Rancho Manuel, Pedro Acosta, La Jaiba, Palo de Leche, Gualete... muchos lugares. Habían salido de La Jaiba, que pertenecía entonces a la provincia de Luperón, igual que Estero Hondo, y se encontraban en territorio de la provincia Valverde.

El cerrito que es conocido con el nombre de Gualete está centrado bastante en lo alto de una hermosa montaña cuyo firme pertenece al complejo de la cordillera septentrional. Gualete es uno de los primeros lugares donde se sembró y se cosechó cacao, en toda esa zona y en la isla. Sobre ese dato hacen hincapié los campesinos de los alrededores; ellos dicen además que ese producto no era sacado por la costa.

Caminado a esas alturas está la ladera de una de la montaña que se alza hasta fusionarse con la de Pozo Prieto. Allí, en lo que es parte del firme de la cordillera septentrional, se divisan dos grandes horizontes de la isla; está el del norte que se fusiona con el océano Atlántico y el del centro que se extiende en la lejanía hasta las brumas azulosas de la Cordillera Central.

Subiendo por Gualete hay un lugar con muchas matas de mango; esos árboles de mango, renovados, aún parecen jóvenes. Fue en aquellas inmediaciones que los cuatro expedicionarios se toparon con un grupo de campesinos, mercenarios, que se habían juntado previamente con el plan de “matar barbudos”. Esos campesinos eran Bebeto o Beberto Suero, Juanico Jorge, Bilche Álvarez⁵⁵ y uno conocido como Nino.

Los campesinos, al encontrarse con los expedicionarios, optaron por hacerse los simpáticos. Llegando el campesino conocido como Nino a subirse en una mata que aún está ahí para tumbarle mangos a los cuatro expedicionarios. Solo que, según

55. Padre del gran barítono dominicano Eduardo Brito, que realmente no era Brito, sino Álvarez.



Firme del Cerrito de Gualete.

nos refieren ahora unos campesinos en lo alto de Gualete, uno de “los supuestos cazadores de barbuses”, posiblemente Bilche, se había quedado rezagado. Y al llegar a donde estaban los demás, preguntó algo así como:

—¿Estos son los hombres?

Los expedicionarios de inmediato se pusieron en sobre aviso. Entonces se creó una situación irregular. Según parece, el campesino llamado Nino se puso agresivo e hirió a uno de los expedicionarios en una mano con un objeto cortante. Hubo reacción de inmediato. Otro expedicionario le disparó a Nino y lo mató en el acto.

Luego de este hecho, sobre el mismo, solo pudimos averiguar que los expedicionarios le permitieron a los campesinos su libertad y que salvo el llamado Nino, los demás se fueron ilesos lo más rápido que pudieron. Después de este incidente los expedicionarios siguieron ascendiendo. Llegaron al Cerrito de Gualete, a 600 metros de altura sobre el nivel del mar. En ese lugar se vieron precisados a disparar contra una fila de guardias, apostados en torno a unos troncos muy robustos que hace de aquello una especie de balcón muy bien protegido.

Junto a estos guardias venían unos campesinos que se aproximaban, como quién no quiere ir, con mucha cautela. Desde allí los combatientes dominaban todos los caminos.

Los expedicionarios debieron dormir esa noche en el Cerrito del Gualete porque al día siguiente aún estaban en estas inme-

diaciones. Así lo refiere uno de los campesinos de esos tiempos que ahora nos acompaña. Los demás asienten.

El Cerrito de Gualete es un lugar poblado de una hermosa mata de higo; el árbol tiene unos gruesos ramos que se suspenden sobre el vacío de este pedazo de tierra. Parece un balcón de la naturaleza para divisarlo todo. También hay un almácigo, mangos, y una yerba verde fuerte y alta.

Pozo Prieto

Ya en plena Cordillera Septentrional, desde lo alto de Arroyo Prieto, se divisa la conocida Loma de los Muertos, donde fue encontrado un considerable número de osamentas que se atribuyen a un genocidio llevado a cabo contra las tropas españolas, posiblemente en época de la Restauración de la República.

En las frías estribaciones de Pozo Prieto, mientras se recrean los relatos de “la guerra” (del 1959), se hace evidente que aún se conserva el recuerdo de lugares donde se les vio o donde se encontraban los expedicionarios. Y los mozalbetes, que no pudieron vivir esa experiencia, repiten lo que le han dicho sus antecesores con ribete de leyendas: “Fulano probó, diez años después de muerto el tirano, que él gozaba de la confianza de los expedicionarios. Llevó gente a un lugar y bajó unas granadas del cogollo de una mata de coco. Dijo que se la habían dado para que se defendiera. Se pusieron y las hicieron explotar”...

Los dos que llegaron a la casa de Félix Félix y Fresa

Cuando ya era el anochecer aparecieron en su bohío dos expedicionarios, uno dominicano y el otro cubano, de colores marrones claros y altos, pidiendo comida. Félix, que ahora tiene 86 años; tenía entonces 35 años; y Fresa, su mujer, algo menos.

Debieron haberse sorprendido.

La Loma de Yagrumo, donde vivían en esos tiempos Félix

Félix y Fresa, se encuentra cerca de la población llamada Las Cayas.

La pareja les mató una gallina, le sancocharon víveres, le dieron maíz, mango y le colaron café. Uno de los expedicionarios expresó con satisfacción que tenía como 20 años que no tomaba café de pilón.

Hablaban. Tomaban mucha agua y hablaban. Los campesinos estaban muy nerviosos. Si el régimen de Trujillo se enteraba de cómo los habían tratado, aun considerando que estaban armados, hubieran tenido problema. Félix dijo que tenía que ir a buscar agua y mandó a avisar a Felipe Polanco, el alcalde.

El cubano tenía un pelo blando suelto, era posiblemente el teniente del ejército revolucionario cubano Hermes Bueno Almaguer, alias Papi, de 25 años. Le habló a su compañero dominicano llamándolo por Enrique⁵⁶. Pero Enrique estaba ocupado, muy lejos de lo urgente de la situación de acoso a que estaban sometidos, cantándole a una niña muy pequeña que cargaba, porque según dijo era igual a una hija pequeña suya que estaba en Cuba, cuyo nombre era Celsa.

Mientras esto pasaba dentro del bohío, los campesinos del lugar, avisados de su presencia, se agrupaban. Un poco antes de la medianoche los expedicionarios decidieron salir del bohío.

Debieron ser parte de los siete que fueron vistos en el sitio de Palo de Leche. Al salir, decidieron coger caminos diferentes. El cubano, opuesto a rendirse, se dirigió al sitio de Ranchete, donde fue muerto por la guardia. El dominicano se entregó al segundo alcalde del lugar, Urbano Quintana.

Los militares, por su parte, que habían sido avisados por Félix desde la noche, llegaron desde la población de Mao, dirigidos por varios oficiales, presentándose en la zona desde temprano. Pero a pesar de ello y de estar sometidos a la presión de

56. Partiendo de que los expedicionarios no usaban seudónimos (generalmente) como nos explicó el expedicionario sobreviviente Mayobanex Vargas, este Enrique debió ser Héctor Enrique Ramírez Castillo (Henry).

los campesinos que estaban intranquilos desde la noche anterior, cuando fueron avisados, solo se atrevieron a llegar a la casa del campesino a eso de las 8 de la mañana del otro día. Se aparecieron cuando los expedicionarios ya hacía tiempo que se habían ido. El mismo Félix refiere que se alegró mucho de esa tardanza, porque entiende que no se puso en peligro la seguridad de su familia.

La familia de Félix Feliz y Fresa avisó en cuanto pudo sobre la presencia en su casa de los expedicionarios. Sin embargo, tenían temor de que la guardia les quemara su casa. Temían que se las quemaran hasta con ellos adentro. Por eso prefirieron mudarse transitoriamente a la casa de su allegado, Mero Pérez.

Tiempo después, por alguna razón, los familiares del expedicionario Grullón González mantenían la creencia de que su pariente fue el dominicano que junto al cubano fueron atendidos por los señores Félix y Fresa. Supieron del episodio ya contado porque hasta el lugar de El Caimito, de La Ciudad de La Vega, hacía algún tiempo se habían mudado personas del lugar de los lados de Las Cayas. Y los familiares de éste Grullón González, que eran de El Caimito, fueron a donde Félix y Fresa a mostrarle sus agradecimientos por haberle dado alimentos a sus parientes.

Al ofrecer este dato, exclamé:

—¡Ah!, pero ustedes no les dijeron a esos familiares que le habían avisado a la guardia.

El anciano Félix, calmado, lleno de inocencia, dijo:

—No, eso ellos no lo saben.

Su expresión provocó una risa en la concurrencia. Una risa que, si la analizamos hoy, tal vez fue una bofetada a la ingenuidad de esos familiares agradecidos. Y qué decir de esta amable pareja campesina.

Cuando cuatro expedicionarios llegaron a donde Elpidio Taveras

En su interés por transponer la cordillera y alejarse de las zonas donde acababan de matar a Nino y sostener un tiroteo, a

veces muy nutrido, contra las tropas trujillistas, debieron seguir los pasos de su bienhechor antitrujillista Ventura Blanco, después que este les dijo que ya no podía tenerlos en esa zona. De manera que se dirigieron a Pozo Prieto, para caer en Las Cayas.

Debían transponer la cordillera septentrional también porque su objetivo debía estar según se había decidido desde antes de desembarcar en concentrarse en la Cordillera Central que estaba más al sur, en caso de no poder establecerse como guerrilla en las zonas donde desembarcaran.

Entre esos cuatro hombres se encontraba uno que tenía un defecto en un brazo que le imposibilitaba⁵⁷ disparar. Había otro, más alto, que usaba una boina azul⁵⁸. Ya en la loma de Las Cayas se encontraron con unos niños arreando unas vacas por un callejón que aún existe. Los niños, al verlos e identificarlos como expedicionarios, abandonaron el ganado y salieron corriendo a pesar de que ellos los llamaban con aparente simpatía. Entre esos niños de entonces se encontraba uno conocido como Tilo. A Tilo lo entrevistamos, ya un señor, en Santo Domingo, en el año 2011, y aún recuerda este hecho.

Poco después los expedicionarios se encontraron con un personaje conocido como Pedro el Moro. A Pedro le dieron un peso para que lo comprara de leche y se la trajera. Este, además de que lo gastó en chicharrón y casabe, después de comérselo, avisó a la guardia por donde estaban.

Los expedicionarios no esperaron más de lo prudente al tal Moro. Como no llegó en un tiempo aceptable penetraron a una casa que se encontraba en las proximidades. La vivienda pertenecía a un señor llamado Miguel Valdez, pero en ella vivía el agricultor Eligio Tavera con el encargo de cuidarla. Para esa época Eligio contaba con 26 años y su esposa, Ana Josefina Batista, con 19 años y tenía un embarazo de 8 meses.

A Miguel Valdez se le estaba muriendo el ganado; la seca de

57. Se hace referencia a lo observado luego en la balacera de Las Cayas.

58. El expedicionario de la boina azul es identificado como Sánchez Sanlley.

ese año era tan grande que decidió buscar un sitio más propicio y se fue con todo y animales. Eligio dejó su casa, más humilde, y se trasladó a cuidar la de Miguel. A esa casa, aquel día por la mañana, de 11 a 12 del mediodía, se acercaron cuatro expedicionarios cuando Eligio acababa de llegar de Jaibón. Tenía un niño entre los brazos.

Pidieron agua, comida, agujas e hilo para coser sus pantalones abiertos en las costuras de los fondillos⁵⁹.

Tenían hambre, recuerda doña Ana, ahora, a sus 77 años.

Uno de los expedicionarios le preguntó que si el niño cargado por Elpidio, entonces de dos años, estaba bautizado. Tomaron mucha agua; tenían un hambre desesperante y no había nada de comida. Entonces pensaron ir al poblado de Las Cayas a buscarla. En ese momento pasaba por allí un niño de 11 años llamado Olivio Vásquez. El pequeño, hoy con 63 años, nos cuenta que acababa de llevar una burrita a una cerca con mejor pasto que el de los alrededores. La dejaba pastando de un día para otro y, luego, acostumbraba a ir a esa casa a jugar un rato con los muchachos. Pero le resultó raro cuando llegó a donde don Eligio y doña Ana, y vio a esos cuatro hombres desconocidos, sentados frente a frente en la sala de la casa, y dijo que se iba, que volvería otro día. Entonces los expedicionarios no lo dejaron ir. Lo llamaron y le preguntaron si podía ir al pueblo. El niño se negó, argumentando que tenía que llegar a su casa. Ahora, según refiere Olivio, uno de los expedicionarios hizo sonar su fusil y parece que asustó a la mujer embarazada, doña Ana⁶⁰. La mujer intervino a favor de que el muchacho fuera al poblado con un expedicionario, como se le estaba planteando.

El muchacho, asustado y obligado, se dirigió a buscar a la burrita y aparejarla. Esto lo hizo acompañado de uno de los expedicionarios que le había hablado dentro de la casa, quien se

59. Se hace reiterativo lo de la ropa rota, en particular en los fondillos.

60. Esta intervención de doña Ana originó después un alejamiento entre algunos de la familia de Olivio y la de Eligio, que duró muchos años. Hoy él le resta importancia.

le fue detrás. Vinieron con la burrita y el muchacho se fue con otro que entonces estaba afuera el cual, cuando se subió en el lomo del animal arrastraba los pies por la tierra, de lo alto que era.

Olivio Vásquez cuenta que estaba muy nervioso. El expedicionario lo notó e intentó tranquilizarlo.

—No te apures –le dijo– que cuando todo esto pase te voy a llevar a vivir a mi pueblo, a Puerto Plata, que es de donde yo soy, y te pondré en la escuela y estarás bien.

Relata Olivio Vásquez que él no pensaba en nada, que estaba muy nervioso.

Lo llevó al colmado de Bobito Almánzar, donde el expedicionario se apeó, entró, y comenzó a pedir cosas y a comer.

—A comer cosas dulces y saladas –dice Bobito Almánzar, ahora en el 2011–, y estuvo allí entre sentado y parado por más de dos horas.

Los tres expedicionarios que se quedaron se turnaban, medio desnudos, en la letrina de la casa que habitaban Eligio y Ana. Eran turnos para darle tiempo a la joven embarazada de coserle uno a uno los pantalones descocidos generalmente en los fondillos.

El de la pulpería debió volver a las tres de la tarde. Pero tardó tanto en regresar que intranquilizó a sus compañeros y permitió que en el poblado “todos supieran que donde Bobito Almánzar había un barbudo”.

Cuando el expedicionario se quiso ir, rondando ya las seis de la tarde, la guardia estaba posicionada en los bordes de la vereda. Hasta el alcalde Francisco Polanco, en un comentario algo fantasioso, había intentado comprar una Malta Morena con la intención de golpearlo con la botella, cosa que resulta increíble.

Dicen que se montó en la burrita como se montan las hembras, de lado, y arreó el animal. El alcalde, que apareció con una fundita blanca en una mano, llamó a Olivio simulando que tenía que enviarle algo a una persona. La idea era separarlo de la

burra y del expedicionario. Y cuando el muchacho se alejó del hombre y del animal, los guardias comenzaron a dispararle. Tan mala puntería exhibieron los uniformados, tal vez por exceso de nerviosismo, que aun cuando el expedicionario se enredó con la soga de la burra, pudo desmontarse y salir corriendo.

Mientras corría, volteándose el expedicionario, se defendía disparando. Mientras hacía eso algunos dicen que se pudo apreciar cómo se apretaba la ametralladora del cuerpo y apenas usaba un brazo para disparar. Pudo correr hasta un promontorio que se encuentra a más de cincuenta metros. Allí cayó muerto por un disparo que le entró por la espalda.

Dice doña Minina Muñoz, una señora de notable inteligencia, que cuando escuchó los disparos a unos escasos 225 metros de su casa, la estaba visitando un familiar que era militar. Este por poco se mata tirándose por un barranco que le quedaba detrás a la casa. Desde el derrocadero les voceó a ella y sus hijos que se tiraran al suelo. Antes le había dicho que unos sonidos que escuchaba no eran de armas del lugar. Cuando doña Minina se acercó al cadáver del expedicionario había una mujer pateándolo, dizque porque era muy trujillista, y unos niños le tiraban piedrecitas a ver quién les daba en las orejas, que las tenía muy grande. A pesar de que todos decían que solo disparaba con un solo brazo, ella no le vio ninguna herida en ninguno de los dos brazos; tampoco vio nada raro⁶¹.

En el lugar que cayó hay un tronco con el cual el investigador local, Príamo González, identifica el sitio con la solemnidad que merece. Meses después, encontraron en los alrededores una prótesis⁶² dental de oro.

Entre los otros expedicionarios que estaban en la casa había

61. Dice que lo vio detenidamente y que no tenía ninguna herida en el otro brazo, pero que sí pudo tenerlo paralizado.

62. Todos allí tienen la creencia de que ésta prótesis era del expedicionario. Nosotros, hasta la fecha, no hemos podido constatar a ningún familiar o allegado de Máximo Enrique D' Oleo Gimbernard, quien se supone que era este expedicionario, para saber si usaba o no este tipo de prótesis.



“Puente del Ciego”, por donde cruzaron a las doce de la noche los expedicionarios Felipe Maduro, Sánchez Sanlley y Valverde.

uno con unas heridas en una mano, posiblemente producto del incidente con Nino, en Gualete. Estos tuvieron otra situación distinta; a la casa se presentó a todo trote un campesino llamado Confesor Evangelista, al llegar exclamó en voz alta sin apearese, pegándose, del dintel de la puerta.

—“Eligio, hay una orden de que si los “cubanos” vienen, avisemos a la autoridad”.

Hombre este, Confesor, que vio a los expedicionarios, y al percatarse de su presencia, se fue casi volando lleno de miedo en su corcel.

Entonces ellos, que ya estaban intranquilos por la tardanza del compañero, al oír los disparos optaron por irse. Caminaron un buen trecho. A eso de las 12 de la noche atravesaron la carretera conocida como de la línea, por debajo del puente “del ciego”. Y fueron a refugiarse a una finca sembrada de plátanos, que pertenecía en esa época a Luis Felipe Rojas, un hombre de Moca. Para el 2011 la finca pertenece a Tantino Porcela.

Viacrucis de Eligio Taveras y su mujer embarazada, del niño Olivio y sus padres

Después que los tres expedicionarios se fueron, el joven matrimonio vivió una situación sumamente difícil. Argumentaron que todo lo que hicieron fue bajo la presión de los expedicionarios. Pero sobre ellos y sus hijos cayó la sombra de la mano criminal de la tiranía.

Comenzaron a ir militares por la casa. Llegaron a contar unos 56. Todo fue peor porque Ana, temerosa, le dijo a Eligio que no dijera nada. Y que se fuera del lugar.

Al otro día, bien temprano, cuando Ana estaba ordeñando una vaquita –así lo recuerda– se aparecieron los militares y se la llevaron presa.

Tanta agresividad tenían los guardias que le quitaron un machete a un hombre que pasaba por allí y le cayeron a planazos a la mujer sin tomar en cuenta lo avanzado de su embarazo. En ese momento ella le dijo a Quiro Gutiérrez, un hombre del sitio, que le fuera a chequear a los muchachos. Un militar, con voz autoritaria, le dijo al hombre:

—“No mueva a esos muchachos de ahí”.

En ese momento apareció Santo Horacio, el padre de Eligio, quien dijo:

—“A donde la lleven a ella voy yo.

Se lo llevaron preso a él también.

Alguien del lugar le pasó unas galletas con salami. Se las quitaron de las manos y se las tiraron al suelo. Debieron estar en el pueblo cuando apareció Eligio y se enfrentó a un grupo que estaba comandado por un hombre relacionado con el lugar. El veterano de la aviación, con estudios militares en el extranjero, era un hombre claro, alto y fornido; se trataba de Juan de Jesús Pineda, quien dijo que venía con órdenes expresas del Coronel Salvador Augusto Montás.

El coronel Montas, según el veterano Pineda, lo que decía era que Eligio había estado protegiendo a cuatro barbudos y le



Según Plinio González, uno de los historiadores locales del sitio de Las Cayas, explica que en este lugar cayó muerto un expedicionario que debió ser Gimbernald de Oleo; como homenaje ellos pusieron una seña.

había entregado al militar una carabina, doce hombres bajo su mando, y una orden terminante contra Eligio y su familia.

—Encuéntrelo, mátelo y quémele la casa⁶³.

63. Declaración clara y reiterativa del entrevistado, cónsona con la trayectoria político militar trujillista y antipatriótica de Montás.

Cuando lo vieron llegar, ya reconocido, uno de los militares dijo:

—“¡Ese es Eligio!”

Expresión que fue suficiente para que el mismo guardia que había matado al expedicionario ¿De Oleo Gimbernard? disparándole por la espalda, levantara el fusil y lo sobara, mientras decía:

—“¡Ah!, ¿pero por este vagabundo es que estamos aquí pasando tanto trabajo?”

En ese momento, rápidamente, el comandante del grupo, hombre de gran carácter y con un entrenamiento militar en el canal de Panamá, le levantó el cañón del fusil con un brazo. De inmediato le dijo que si él no sabía lo que decían las cuartillas militares, que no se podía matar a un enemigo cuando se entregaba⁶⁴. Entonces, tanto el que apuntaba como otros guardias, se replegaron confundidos. La confusión se dispó cuando el mismo Eligio les voceó, delante de todos:

—“Mátenme, que ustedes van a matar a un hombre, a un trujillista, porque yo soy más trujillista que todos ustedes, porque yo no cobro y ustedes sí”.

Las palabras de Eligio crearon todo un dilema en el militar Juan de Jesús Pineda. El hombre, a todas luces, se había salvado por lo que dijo. Pero lo de la familia y la casa estaba por verse. Todos recordaban la orden: “¡No mueva esos muchachos de ahí!”. Cuando el grupo llegó a la casa a donde había sucedido el hecho, el militar Pineda, bien enterado de los detalles, expresó:

—“¿Y qué culpa tiene esta casa de lo que pasó, si ni siquiera es de esa gente?”

Cogiendo con la tropa hasta la verdadera casa de Eligio, que estaba deshabitada y tenía “menos condiciones”, la quemaron.

Mientras todo esto sucedía, Ana, la mujer embarazada de ocho meses, había aguantado la tortura psicológica. Soportó

64. Porque al que ha matado se le mete el diablo adentro, es una frase argumentativa del veterano Pineda.

que le dispararan por el suelo a ambos lados. Se encontraba en la fortaleza de Santiago, junto a un expedicionario, a quien tenían esposado en la tarea de identificar unos cadáveres que habían llevado bastante chamuscados por las quemaduras.

Los cadáveres pertenecían a los tres expedicionarios que salieron de su casa y a los cuales ella les había cocido la ropa.

—Ese es un médico —refiere que dijo de un expedicionario y abundó un poco más.

—Ese de la boina azul... era uno... —dijo Ana⁶⁵.

Cuando soltaron a Eligio y a Ana, se dirigieron a su casa para verla. Ya le habían dicho que estaba quemada. Al pasar por Las Cayas tuvieron la satisfacción de sentir más manifestaciones de solidaridad de las que podían esperar. Unos les decían que habían rezado mucho por ellos. Otros, con un gozo, les comentaban sobre las promesas relacionadas con sus devociones religiosas. Al ver los escombros de su casa, Elpidio exclamó:

—“No se apuren, que hay un Dios verdadero”.

Por los lados de Ranchete

Después de salir de la casa de Félix Félix y de Fresa y de separarse de su compañero en los yagrumos, estaba solo y exhausto cuando lo alcanzaron a ver debajo de una mata de jobobán. Era un teniente cubano que se había hecho dominicano de tanto sacrificarse por esta tierra.

El guardia estaba nervioso. Comenzó a explicarle al viejo campesino que le pareció más apropiado de los que estaban allí, la forma en que se manipulaba una granada de mano. La idea le nacía al guardia del miedo que tenía. Le pidió al campesino que, aprovechando que era civil, se le acercara y se la tirara. Pero el campesino no estuvo dispuesto.

Al verse sorprendido, Hermes Bueno tiró su arma. Entonces fue muerto por ráfagas de ametralladora. Después un buitre

65. Testimonio de doña Ana, 2011.

campesino, sin mucho éxito, trataría de atribuirse su muerte.

Esta investigación de la guerra en la montaña se caracterizó por incluir la participación activa de nutridos grupos que nos referían personas específicas. Algunas de las personas referidas, cuando las encontramos cincuenta años después, estaban haciendo prácticamente lo mismo y en los mismos espacios de cuando sucedieron los hechos. Otros tuvieron que ser rastreados en otras partes, principalmente en la capital y en Santiago de los Caballeros.

En la población de Las Cayas, y en casi todas las demás, existen personas que se han convertido en historiadores lugareños. Algunos conservan espacios especiales donde cayó tal expedicionario, donde encontraron la dentadura de tal o cual. Son gente que han aportado y aportan a la memoria histórica de sus lugares y del país.

El campesino trujillista de entonces se nota menos fanatizado. Con el paso del tiempo y las nuevas circunstancias, su accionar es menos agresivo. Ahora muchos admiten que los expedicionarios fueron personas que de una u otra manera los ayudaron.

TERCERA PARTE

LUCHA EN EL LLANO, EN LA LÍNEA NOROESTE

Siempre se afirmó que los expedicionarios que llegaron el 20 de Junio de 1959 por Estero Hondo, como aquellos que lo hicieron ese mismo día por Maimón, fueron acribillados por el tirano en el momento del desembarque. Ya hemos visto que no fue así. En esta parte veremos qué tan lejos llegaron 4 de los expedicionarios.

La Línea Noroeste, una carretera con sus poblados dispersos, ha sido desde siempre un escenario histórico de excepción. Allá se dieron grandes colisiones armadas mientras se enfrentaba las invasiones haitianas que se sucedieron luego de proclamada la independencia dominicana en 1844. Fue esa zona también escenario de importantes escaramuzas y combates durante la guerra de la Restauración de la república contra la dominación española entre 1863 y 1865. Luego se dio en la zona un combate de gran importancia en la defensa de nuestra soberanía que fue la llamada batalla de Barranquita, contra el imperio norteamericano que invadió entonces nuestro territorio desde el 1916 hasta 1924.

Los conflictos que han involucrado a todas las familias que habitaban la zona, partiendo desde las despoblaciones del gobernador español Antonio Osorio, en 1605-06, hasta las medidas tomadas a principios del siglo XX por el presidente Ramón Cáceres, mediante la cual fueron destruidos los sembradíos y muertos todos los animales de los enemigos de su gobierno. Y más recientemente cuentan los desalojos de las riberas del Yaque, que ejecutó la dictadura trujillista en beneficio propio

y de una compañía norteamericana, por medio de la llamada Comisión de Mao.

Se recuerda que el pueblo de Mao fue prácticamente la sede del caudillo Desiderio Arias, así como el de Guayubín lo fue del general Demetrio Rodríguez. Como se puede comprender, La Línea en toda su extensión fue el lugar de nacimiento y de formación de las tropas de ambos.

La despedida del expedicionario Persio Grullón

Persio Grullón fue un expedicionario nacido en esa zona de la Línea Noroeste. Era hijo de Delia Grullón, una nieta del general Pepillo Salcedo y de Luciano Castro. Fue criado por su abuela Carolina Salcedo de Grullón.



Esta casa está en Laguna Salada, en ella vivió el expedicionario Persio Grullón.

Luciano, su padre, era compadre de Trujillo y hermano de un médico ortopedista muy famoso de la ciudad de Santiago. Persio vivió una parte de su infancia y adolescencia en una casa que aún se conserva; está en la misma vía de la carretera de la Línea; en Laguna Salada; que queda entre el cruce de Guayacanes y el sitio de Jaibón.



Persio Grullón.

Era hijo único de la señora Delia Grullón; hija de Carolina Salcedo, nativa de Estero Balsa y nieta del primer presidente de la Restauración de la República, Pepillo Salcedo; por tanto Persio era biznieto de éste.

Nos explica Doña Negra Rodríguez Jackson de López, la esposa de Salvador López, en el lugar de Gregorio, que queda al lado de Rancho Manuel, sobre algo que pudo haber sido y no fue. Dice que si Persio hubiera sabido que ellos vivían allí se hubiera aparecido en su casa, porque la mamá de ella, Eloísa Espejo, la partera más famosa de esos sitios, fue la que atendió el parto de Delia cuando él nació, y eran como familia.

Del expedicionario de 26 años Persio Grullón no hay manera de aclarar cómo fue apresado. Aunque se pudo constatar que fue en la finca de los López, entre las localidades de Punta Rucia, Estero Hondo, y Rancho Manuel.

Llama la atención que fue trasladado vía los sitios de Tiburcio, el Papayo, Agua de Palma, La Breña, Villa Elisa y Villalobo. Y que casi a las diez de la noche fue prácticamente paseado por

La Línea⁶⁶ sobre una camioneta, en ropas íntimas (en pantaloncillo), desde el cruce de Villalobo hasta pasar por el cruce de Guayacanes.

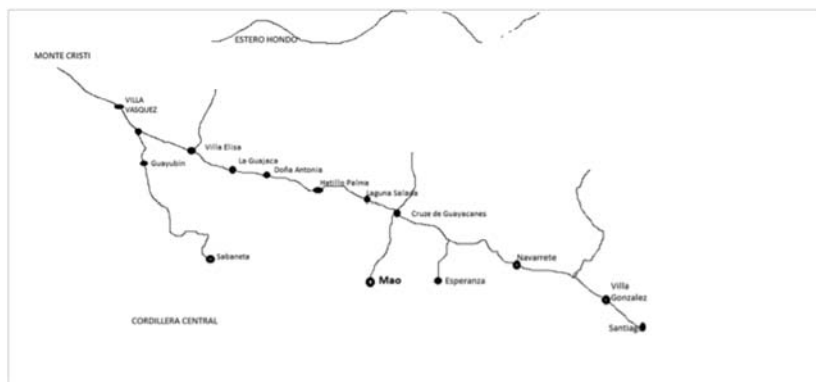


Gráfico de la línea noroeste

Momentos en los cuales (durante la travesía) hicieron varias paradas que le permitieron hablar, aunque brevemente, con varios conocidos entre los que estuvo Juan Chávez⁶⁷ al cual le pidió agua.

Del lado de Rancho Manuel y Gregorio se recoge la información de que la cadena de oro blanco, el reloj Atlantic y el anillo de Persio Grullón, fueron a parar a algunas casas del lugar. Por allí le compraron esos objetos a Sergio Quiñones, quien afirmaba que se los había encontrado junto a su fusil. Dice que con el tiempo su madre, Delia Grullón, se dispuso a rescatar dichos objetos y una hija de doña Negra, que es la esposa de Popi Acosta, le devolvió lo que tenía sin cobrarle nada.

La pista de Sergio Grullón se pierde en estos lugares llenos de historia. Lo más probable es que lo hayan matado tan brutalmente como los demás prisioneros. Así actuaba la cohorte de sádicos lambiscones en la órbita demencial del enajenado

67. Entrevistas en Los Guayacanes, Jaibón, Hatillo Palma y Las Guajacas.

Ramfis Trujillo, quienes lo rodearon siempre, denigrando el uniforme militar y las buenas costumbres del pueblo dominicano.

Según se dice en la zona repetidas veces, el padre de Persio Grullón, don Luciano Grullón, compadre de Trujillo, le negó a su hijo la posibilidad de salvar la vida. Ya que cuando el tirano le dijo que por ahí andaba un hijo de él, le respondió que ese no era hijo suyo.

Los expedicionarios en el platanal de Jaibón

—Yo estaba ahí —dice Octavio Villar, un hombre marrón oscuro y bajetón que vive en Jaibón.

Viste pobremente y habla con serenidad y un fingido desinterés que estimula aún más nuestra curiosidad.

—A mí me trajo de Moca mi primo, el capataz de la finca, Eudocio Villar, y a este lo trajo el dueño, que entonces era Luis Felipe Rojas. Estábamos trabajando en el platanal, arreglándolo todo, porque había pasado un vientazo que tumbó algunas matas. En eso, creo que fue Eudocio, que se topó con unas botas y comprendió que allí, cubiertos por numerosas hojas, habían dos o tres hombres.

Refiere entonces que quedaron convencidos de que eran unos expedicionarios. Uno de los trabajadores, dice, el viejo Ulises de la Rosa, quería matarlos “a machetazos, así durmiendo”. Pero el capataz, su primo, se lo impidió y avisó rápidamente a los guardias. Apareció entonces el sargento Muñoz Aybar junto a sus gentes, quien los ametralló.

Le hago una exclamación al entrevistado. Le pregunto que si lo mataron sin dejar que se despertaran, cobardemente. Y el hombre exclamó muy rápidamente.

—“Esa gente eran muy guapos”.

Estos expedicionarios eran el doctor Felipe Maduro Sana-bia, Guillermo Augusto Sánchez Sanlley y José Rafael Valverde Cruz.

Cuatro días antes de la muerte del doctor Felipe Maduro en la finca de Jaibón, salió en el periódico *El Caribe* una carta fir-

mada por su padre Francisco X. Maduro dirigida a Trujillo. En la misiva éste señor, creyendo la propaganda trujillista donde se propalaba que a su hijo lo habían matado inmediatamente después del desembarco, en referencia a la muerte de su hijo, decía que “le había pasado eso” por no haberse llevado de sus orientaciones y consejos de padre; y le reiteraba a Trujillo su apoyo incondicional.

Aún cuando numerosas personas no hacían lo que hizo Francisco X. Maduro bajo ningunas condiciones, otros sí.

En una época como esa de la tiranía de Trujillo, y sobre todo en un momento como aquel, habría que tomar en cuenta el nivel de presión terrorista gubernamental a que estaba sometido todo el pueblo dominicano, y sobre todo los vinculados a los expedicionarios.

Los familiares de algunos expedicionarios, como el pueblo en general, creían que estos habían muerto en los dos o tres primeros días del desembarco. Las emisoras oficiales, todas, leían constantemente una lista que estaba en poder de la dictadura con los nombres de los combatientes. Acompañaban cada mención con la palabra “muerto”, pronunciada con mucho énfasis. Era, en realidad, un espectáculo radial de burla.

Se dice que los militares hicieron una trocha alrededor de donde estaban los cadáveres de Sánchez Sanlley, Felipe Maduro y Valverde Cruz, y que luego le prendieron fuego. Debió ser así, si se unen las descripciones de las condiciones en que fueron vistos sus cadáveres al ser llevados a la fortaleza de Santiago.

El sargento Muñoz Aybar, llevado a teniente por esa acción, murió en el sitio de La Línea, en el lugar conocido como Palma Sola, de Laguna Salada. A su muerte tenía unos 60 años y había padecido un largo periodo de demencia y de una calidad de vida muy mala.

Los campesinos antitrujillistas de entonces, y los que hoy entienden aquellos hechos, ven ese final del teniente Muñoz Aybar de otra manera. Lo ven como un castigo bien merecido.

Por Guayacanes

Se informó entonces del apresamiento de tres expedicionarios por el entorno de Guayacanes. El informe no identificó a los combatientes. El sargento Muñoz Aybar, el mismo que se hizo famoso en la zona, primero por su crueldad y luego por su demencia, antes de llevarlo a la fortaleza de Mao, sin motivo alguno, le dio un balazo en una pierna o en un muslo a uno de ellos. El investigador Anselmo Brache, en su libro *Constanza, Maimón y Estero Hondo*, dice que el expedicionario Vicente Gómez Montan, de este frente de Estero Hondo, fue atrapado en esta zona. Ciertamente pudo haber sido éste.

Debajo del puente pandero de Jaibón

Chirico, un lugareño ignorante y ambicioso, lo vio cansado; estaba cegado por el interés de que dijeran que él había matado a un “barbudo” y cobrar la recompensa; lo persiguió de cerca armado con un colín.

Los entrevistados dicen que el expedicionario le voceaba, que le hacía ademanes para que lo dejara, para que se separara de él, para que no se le acercara. Pero Chirico no entendía, la codicia no lo dejó entender.

Todos saben que los fragmentos de la granada que mataron a Chirico fue el pago a su ambición y su imprudencia.

En la piedra que está en el cauce del arroyo cayó muerto un expedicionario que identifican con el nombre de Manuel Lorenzo Carrasco (Manolo), víctima de una granada que él mismo hizo explotar.

Debajo del puente de pandero de Jaibón, casi desapercibida ante el conocimiento público, una piedra grande señala el sitio.

En el potrero de Luis (Tilila) Morel

Desde donde estaba la antigua casa de Antonio Torres, conocido como Bululú, al cual muchos le dicen Bobo, y de Petro-

nila (Lila), todo lo que se ve, son árboles frondosos y un bello pasto que es propio de esas alturas moderadas de la Cordillera Septentrional. Una mirada franca al oeste deja ver entre los festones de la arboleda que adorna su cima a la distancia, como un pellizco, una brecha.

Es el paso por donde se cae al Derramadero, las Aguas de Luis, y luego se baja, más allá, al llano, el que se extiende en línea recta a Las Guajacas y de éstas a la Guajaca Arriba.

Luis Tilila estaba esa mañana en su potrero; había llegado el día anterior desde el otro lado de la cordillera con Negro, su pequeño hijo. Así llaman aún a Lisandro, a quien entrevistamos en La Guajaca Abajo, en el 2010. Sotera Holguín, Pira, la mujer de Luis Tilila, quería tener a su hijo Negro de este lado, porque era más seguro para todos, más lejos de los tiros.

Lisandro, Negro, que es un hombre fornido, muy directo, expresivo y maduro, nos recibió en su casa, acalorado, sin camisa una noche llena de penumbras y oscuridades. De ese viaje de cuando él era un pequeño de ocho a nueve años tiene recuerdos fragmentados; los cuidados de su padre; la presencia de muchos guardias tirados boca abajo, dice, y como que se agacha cuando lo dice. Unos reflectores muy grandes, con unas luces tan potentes que parece que aún lo deslumbran. Ese viaje viene clavado en la mente de Lisandro desde los ocho o nueve años y parece que es el recuerdo más vívido que tiene de su padre.

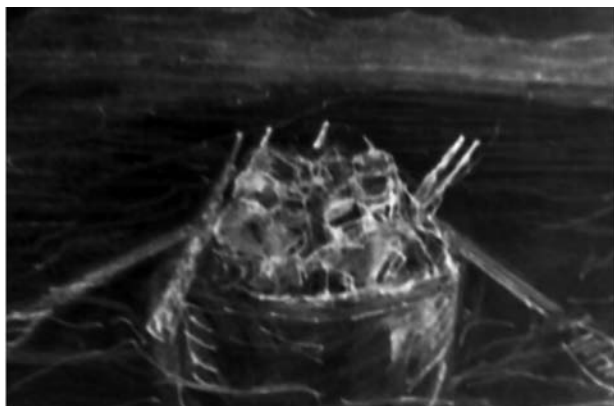
Su padre, Luis Morel, Tilila, era un hombre muy activo que era conocido en toda la región debido a que se ocupaba de comprar productos menores en un lugar y venderlos en otros. Hacía pequeño comercio con cera, miel de abeja, arroz, dulce de naranja, etc. Y a pesar de esa labor, no descuidaba su ganadería.

La madrugada que se presentaron los siete expedicionarios a donde Luis Morel, Tilila, éste estaba ordeñando una vaca de su propiedad. Antes habían pasado hambrientos, sedientos y cansados por donde Antonio Torres (Bululú)⁶⁸. En esa época Tilila

68. Bululú insiste en que eran los mismos y aporta a su favor la posibilidad de llegar allí, siguiendo el camino por el que se fueron de su casa.

vendía parte de esa leche a una fábrica. Unos pocos, en una versión distinta, dicen que estaba echando una empalizada.

No se sabe los términos en los cuales los expedicionarios hablaron con Tilila. Pero lo que sí se conoce es que el campesino les llevó agua y comida en abundancia, y los guardó en una casa que tenía dentro del potrero. Algunos dicen que los dejó a la intemperie, cerca del potrero. En lo que todos coinciden es en que: "...en la tardecita se reunió con ellos, esperó la oportunidad de los oscureceres y los dirigió como quien va para la población de Guayubín, llegando hasta el sitio de la playita del Yaque, donde los ayudó a cruzar ese río de un lado para el otro por donde eso se hacía montándose en unas canoas."



Cruzando el río Yaque.

No sabemos si hizo todo esto acompañado de Manolo⁶⁹, un hijo de aproximadamente diez años de edad. Todavía es preciso descifrar cómo Manolo lo supo. Pero lo cierto es que el muchacho fue en un burrito con una leche a casa de una abuela que tenía un Picot⁷⁰. Y cuando escuchó que alguien estaba hablando

69. Sobre esto, en las últimas entrevistas campesinas, un anciano de más de 90 años, muy lúcido, nos dijo que él mandó al niño en un burrito para su casa, pero que este vio u oyó en lo que estaba su padre y lo dijo.

70. Se entiende como un sitio para oír música y bailar, por lo de picot, que se refiere a un aparato en el cual se tocaban discos de pasta.

de los “barbuses”, dijo que ya él los conocía, porque su papá había pasado a siete de ellos por el río Yaque.

Teniendo la mala suerte de que en ese momento estaba allí una prostituta conocida como Popó o la Rubia, que era una callisa; una informante del gobierno de Trujillo. La cual escuchó todo lo que el niño dijo y acto seguido fue a informarlo. Ya los expedicionarios de Estero Hondo habían logrado cruzar el caudaloso río Yaque y se aproximaban peligrosamente a las faldas de la Cordillera Central. El aviso de la Rubia originó la intervención de la Comisión de Mao. Además de estar a punto de alcanzar la Cordillera Central, los expedicionarios estaban en el centro de poder de la región. Un gran poder que correspondía al nombre de la “Comisión de Mao”. Los criminales de Mao le dicen todavía, a medias, tal vez para no herir susceptibilidades de descendientes en toda la región. Esa “Comisión”, con su centro de operaciones en Mao, estaba en todas partes y tenía todo el poder del Jefe. Gozaba de “Más poder que los guardias”, decían, y la dirigía Alejandrino Rodríguez.

El apresamiento y desaparición de Luis Morel

El camino del Papayo a Villa Elisa, de la Cordillera Septentrional a la carretera de La Línea, se hace más largo porque esa vía seca y amarilla está todo brotada de piedras enterradas que obligan a ir muy lentamente. Se deja correr el vehículo confiando en su altura y en la integridad de sus gomas, pero uno va consiente del maltrato. Detrás, la polvareda.

Ya de noche, en el sitio de la Guajaca Abajo, unas colinas, recorridas por una carretera solitaria y recta, está la línea de caserones herméticamente cerrados, la oscuridad cada vez más progresiva y el ladrido de los perros, pero ni un alma a la vista. Solo se ven las luces de los resquicios de algunas puertas de aquellas imágenes de unos caserones amarillados por el polvo de los caminos, colocados a cierta distancia de la carretera en filas irregulares. Entre los entramados está el tenue movimiento de los perros criollos.

Es de noche, pero temprano. La gente está despierta. Prueba de ello son esos destellos de luz que se escapan de vez en vez por las rendijas de las casas. Paramos el vehículo en la oscuridad, frente a uno de los caserones, por donde vemos caminar como alma en pena a una figura de mujer muy delgada. La abordamos.

Al momento estamos sentados en una salita estrecha, a la espera de la anciana Gregoria Holguín, tía de la señora con la cual hablamos. La anciana es hermana de Pira Holguín, la mujer de Luis Morel. Habíamos tenido suerte y ahora estábamos en un ambiente de emoción.

Habían pasado más de 50 años de los sucesos, y Pira Holguín tenía tres años de muerta. Falleció después de criar, con la ayuda de su madre Negra Holguín, a los nueve hijos con los cuales quedó después de la desaparición de su esposo Luis Morel. Ahora, entre las brumas de una noche oscura que hizo imprudente nuestra llegada, estamos ante su hermana Gregoria Holguín, que tiene más de 80 años.



La señora Gregoria Holguín, cuñada del mártir Luis Morel. En el lugar de la Guajaca Abajo ella dijo entre lloros muy emotivos que presintió nuestra llegada a entrevistarla.

Llega la anciana alta, blanca y de una notoria belleza, saluda y se sienta. Ya está prevenida del tema que le vamos a tratar. No bien comenzamos a hablar, mencionamos el nombre de su cu-

ñado, y deja rodar unas lágrimas sobre sus mejillas. Interrumpe la conversación y repite con vehemencia, mientras me mira:

—“Él se me ha aparecido, se me ha aparecido”.

Me toma por una mano, haciéndome pensar brevemente que me estaba tomando por su cuñado. Luego me suelta la mano, se tranquiliza y dice que ella estaba esperando este momento. Afirma que sabía que yo iría, que iba a pasar. Lo repite emocionada y con lágrimas en los ojos. Entonces, convencida de que este momento de emoción en que nos encontramos le había sido revelado, cuenta la historia.

Dice que un amigo de Luis fue y le avisó sobre lo que había dicho Manolo, su pequeño hijo, en el Picot. Le informó que allí estaba la Rubia Popó, que lo oyó todo. Detalló la forma en que ésta se fue del sitio, muy rápido. Entonces le recomendó que se cuidara de los guardias, de las autoridades trujillistas, y que no durmiera esa noche en su casa. Le recomendó que se fuera para Villa Elisa, esa noche, que quedaba apenas cinco o seis kilómetros y en la misma carretera.

Relata doña Gregoria que al otro día fueron tres veces a la casa de Luis; andaban buscándolo, con el sol afuera, en representación de la Comisión de Mao.

De otro lado Lisandro, que entonces era el niño de diez años ya mencionado, refiere que supo eso de los comisionados, que estuvieron allí ese día y tampoco encontraron a Alejandro Lozada. Era entonces ese Lozada el síndico de Guayubín. Los buscaban el teniente Pujol, y Suero, este último un calié de Montecristi.

Gregoria recuerda que entonces dejaron al alcalde del sitio encargado de avisarle cuando Luis llegara. El alcalde cumplió la orden, de manera que cuando volvieron en la noche, encontraron a Luis y se lo llevaron.

Dijeron que se lo llevaban a patrullar. Así lo refiere ahora su hijo Negro Morel, con una indignación aún robusta que dura más de cincuenta años. No hay que dudarle, es un arrebato que le durará toda la vida.

Gregoria Holguín, hermana de Pira y comadre de la pareja, también recuerda el momento en que se llevaban a Luis. Él le dijo a Pira que no llorara. Mostró entereza. Dice que la incansable y valerosa Sotera Holguín hizo muchísimos viajes por destacamentos y cárceles en todo el país buscando a su esposo. Eran gestiones que hacía imprudentemente, porque estaban en plena era de Trujillo. Sin embargo nunca apareció su esposo.

Sangre en la pared

Después se supo de un hombre que estaba preso en la fortaleza de Montecristi y que un guardia les enseñó una pared llena de sangre a un grupo de presos entre los que había estado Luis Morel. El guardia les dijo a los presos:

—“Esa sangre que ustedes ven ahí, es la de un hombre que pasó a unos barbudos por el Yaque”.

En la fortaleza de Montecristi incidía el poder “civil” de la trujillista Isabel Mayer, el de la Comisión de Mao y el de los guardias trujillistas. El episodio contado con la pared ensangrentada se reducía a la intensión de aterrorizar a los demás presos y hasta a los mismos militares.

Los siete guerrilleros que cruzaron el Yaque por los lados de Guayubín, camino a la Cordillera Central

En Cana Chapetón

Manuel Valenzuela (Manolito) es un anciano con más de noventa años; fuma tabaco criollo, ha sido criador de miles de cabras durante toda su vida, era amigo de “los guardias”. Le gusta que lo llamen “El Tíguere Verde”, tal vez por aquella conducta de muchos campesinos de estar con el que está arriba. Le ha cogido con que digamos que los expedicionarios que cruzaron el Yaque del Norte por la vía de embarcarse en la localidad de Villa Lobo a la de Cerro Gordo, desembarcaron en Río Viejo.

Todo indica que estos desembarcaron en el sitio llamado “El Paso del Bote”, en Cerro Gordo arriba, que es una comunidad vecina a la de Cana Chapetón. Dice el profesor José Ortiz que él averiguó y que ese lugar se llama Cana Chapetón, por el río Cana, que es el que pasa por allí, y Chapetón por el primer blanco europeo que se aposentó en ese lugar, pues esos europeos eran llamados chapetones por los nativos.

Después de Cerro Gordo, viniendo de atravesar al poblado de Guayubín, nos encontramos con Cana Chapetón. La localidad es un pequeño pueblecito parecido a los demás de esos lugares; tiene como calle principal la propia carretera donde se concentran las oficinas importantes. Fue fundada a principio del siglo veinte por haitianos, pero guarda los recuerdos de tiempos anteriores. Se confunde fácilmente al investigador si se habla de la independencia, de la restauración, o de la época de la lucha contra la tiranía trujillista.

Como en casi todos estos lugares, tanto los jóvenes como los más maduros nos refieren a una o varias personas como las que “saben”; el más reputado resulta ser José Ortiz, un hombre aún joven, muy amable, que es el maestro del pueblo. Prontamente el maestro asimila nuestra investigación, explicándonos lo que sabe del asunto, y como él no es de esa época, nos busca gente de esos tiempos, con los que hablamos. Llega entonces un momento en el cual, fue a mí a quien me tocó explicarle a ellos algunos acontecimientos que desconocían. Para lo cual me ayudé con una copia muy deteriorada del libro *Constanza, Maimón y Estero Hondo*, del profesor Anselmo Brache, que tenía a mano.

Salimos con José Ortiz hacia el oriente de Cana Chapetón. Apenas aproximadamente a dos kilómetros de un camino carretero amarillo y polvoriento, bordeado de cambrones altos e irregulares, atravesamos el río Cana, que estaba entonces convertido en un ingenuo arroyito.

Y seguimos hasta encontrarnos del lado derecho con una hermosa sabana, llena de yerba amarilla, tupida de arbustos de cambrones no muy altos, que parecen cortadas a un mismo ni-

vel, y del lado izquierdo con un llano de yerba amarilla, muy corta, donde ahora se pueden ver salteados muchos cambrones altos y hermosos. El sitio se llama El Hospital.

Entre toda esa vegetación se destaca un tamarindo con un tronco mellizo.

Dicho tamarindo, a pesar de estar rodeado de cambrones, y aunque hermoso, no es capaz de dar un producto dulce, ni siquiera sano. Sin embargo es un árbol histórico.

Desde mucho antes del 1937 tiene una gran importancia referencial para las miles de personas que se trasladaban al lugar buscando curar sus enfermedades y dolencias con la asistencia de los curanderos haitianos que vivían en sus alrededores. Y más que nada por la gran fama de una partera haitiana llamada Melaní Pié⁷¹.

En 1959 esta mata de tamarindo no solo le sirvió como de punto de reunión a los siete expedicionarios que llegaron allí después que Luis Morel los ayudó a cruzar el Yaque del Norte en los botes. Sino que comenzó también a ser un punto de referencia de los combates que por ahí se libraron.

Sobre la participación de Morel al ayudar a los expedicionarios, el casi centenario Manuelito Valenzuela, hombre ligado a los guardias y a “los grandes” como dijimos antes, deja caer la frase de que éste lo hizo por un dinero que le dieron, “porque se supo”. (Aunque 50 años después no ha habido ninguna expresión de bonanza entre sus parientes).

Repiten todavía las voces de la propaganda trujillista, que se negaba a reconocer que en estos lugares tenía numerosos “desafectos”, muchos de los cuales estaban relacionados a los desalojos arbitrarios de las orillas del Yaque que realizó el régimen

71. En esa época, por demás, se usaba mucho en esa zona buscar a las comadronas como comadres y los ahijados eran acostumbrados desde pequeños a decirle mamá y a pedirle la bendición a sus madrinas. Esta Melaní Pié es tomada en bailes de palo como una deidá en la cual aún algunos se “montan”, que fue tan querida y conocida por toda esa región que se entiende como que tuvo que ver con que el lugar fuera conocido como “El Hospital”, nombre que aún conserva en el habla popular.

en favor suyo y de la compañía de guineos que tenía su sede central en Montecristi.

El tamarindo también sirve como referencia porque de entre las breñas de cambrones bajos y espesos del lugar, que les quedan enfrente, se sacaron los cadáveres de dos expedicionarios y cobijó bajo su sombra a los grupos armados que se movieron por ahí. En Cana Chapetón dicen que allá se oyeron los tiros.

Javier Valenzuela, el hijo mayor de Manuelito, en 1959 tenía 22 años. Era un hombre fuerte, de trabajo duro, que anduvo con la guardia en las persecuciones. Recuerda que esa mañana él iba a trabajar con una pala, y los guardias con los que se topó, que debían conocerlo por las relaciones con su padre, le quitaron la pala y tuvo que irse con ellos.

Nos dice que la persecución estaba organizada yendo un campesino delante como guía y cinco guardias detrás. Que la contraseña que tenían era que si un campesino los veía levantara la mano y se tirara al suelo para que entonces los guardias dispararan.

El guía en esos lugares se ejercita desde pequeño. Primero se compenetra con esa vegetación seca y apretada de arbustos y árboles espinosos entre cuyos miles de pequeños intersticios aprende a ver con gran exactitud cada vez a mayor distancia. Se hacen capaces de sacar agua y alimentos de ese tipo de follaje; de conocer los espacios y los puntos de referencia para coger para acá o para allá, porque aprenden a ver las veredas que crean los animales por desdibujadas que se presentan. Con las cabras que se le extravían en sus labores de pastoreo, experimentan las artes de la persecución; conocen los excrementos de los distintos animales y de las aves; las huellas, que se modifican de acuerdo al animal o a la persona, si está sana o herida; valoran el impacto que causan los cuerpos en huida dentro de la vegetación, el temperamento del clima. Aprenden a guiarse por las manchas de sangre de los animales heridos; incluso deducen la magnitud de la herida y la lógica del que huye. Hasta saben del ritmo de la respiración del que se resguarda y acecha.

En un momento los guardias trujillistas comenzaron a ver, por los lados del tamarindo doble, unas huellas que venían apareciendo y perdiéndose. Hasta que vieron aproximándose unos siete u ocho hombres.

Dicen que Sijo Veras, uno de los jefes civiles, expresó.

—“¿Y qué es eso?”

Y que su hijo Panchín, creyendo que eran guardias, les voceó:

—“¡Vengan, compañeros, vengan!”.

La expresión ocasionó una confusión y los expedicionarios comenzaron a tirar.

Refiere el joven Javier que eso fue un solo revolcarse en el suelo. Él mismo se dio un fuerte golpe en la frente. Entonces ellos también tiraron, principalmente Panchín Amaro⁷². Se estableció un fuerte tiroteo en el cual ellos lograron herir a un expedicionario. Pero después, cuando vieron que aquello no se podía soportar, los guardias y los guías salieron cada cual por su lado y se separaron.

Falta aquí la información de cuántos guardias murieron o fueron heridos. Se sabe que los expedicionarios dispararon primero estando los guardias desprevenidos, o al menos confundidos. Por demás, el mismo Valenzuela confiesa que aquello no se podía soportar. Después de varios días investigamos este tema de manera indirecta y surgió el consenso de que hubo varias bajas del lado trujillista, pero sin muchos detalles.

La guardia trujillista ocultaba sus bajas y parece que todavía Javier pensaba seguir en eso.

Javier Valenzuela dice que después de la balacera se retiraron un poco, pero se quedaron allí mismo, inmovilizados, en medio de la breña espesa. Al rato buscaron un poco y lograron ver gotas de sangre sobre una que otra hoja⁷³. Fue esto lo que les permitió saber que habían “cortado” a uno. Dice que al rato les avisaron que habían mandado para allá a unos guardias de la aviación; y

72. Un trujillista que había sido militar, un veterano.

73. Sobre los guías dominicanos.

que entonces ellos salieron de la breña al tamarindo a esperarlos.

Llegaron en un camión del ejército, y entre ellos se apareció un guardia pequeño, de extracción campesina que cuando alguien dijo que debían movilizarse hacia un lado para hacer “una manga” y sorprenderlos, preguntó:

—“¿Y e verdá que hay uno que ta cortao?”

Le respondieron afirmativamente, entonces él hizo una especie de ceremonia mágico-religiosa que consistió en caminar tres pasos para atrás, tres para adelante, y tres para cada lado y después enterró el cañón de su fusil en el suelo y dijo:

—“Si hay uno cortao, ese no etá lejo” —y agregó—, “Si utede se van, yo me quedo”.

Otro guardia, con alguna autoridad, expresó:

—“Si se quiere quedar solo, que se quede, aunque no sé qué podrá hacer él solo y sin conocer estos sitios.” Y lo dejaron.

Refiere Javier, que se había ido en el grupo, que no habían pasado quince minutos cuando oyeron unos tiros. Eso hizo que los guardias tiraran como locos para todo los lados. El tiroteo fue tan nutrido, que, según Javier, “No sabe cómo no hubo ningún muerto”. Los campesinos que servían de guía, acostados en el suelo, se sembraron en la tierra.

Luego de éste tiroteo se dirigieron para donde estaba el que se quedó solo, y se encontraron con un expedicionario muy joven, de no más de 18 a 20 años, que tenía los cabellos negros lisos, que estaba muerto”. Y al guardia pequeño, negro, lo encontraron sentado sobre un expedicionario cubano, claro y fuerte, que pataleaba, que se movía mucho, al que entonces todos comenzaron a llamar con el nombre de capitán Cohetico⁷⁴.

El guardia pequeño, que hablaba con una voz “ronca” y muy fuerte, dijo que esos dos expedicionarios estaban calladitos. Él le pasó por el lado sin verlos. Entonces sintió un movimiento y al verlos les tiró de una vez. El jovencito, explicó, cuando él lo mató se quedó con el brazo levantado, con una granada en la mano.

74. Que pataleaba, se movía mucho.

El otro sobre el cual estaba, quedó herido y parece que ya estaba muy malo.

Javier hace hincapié en que el cubano, Froilán Flores, no estaba muerto cuando ellos llegaron. Se movía mucho. “No se podía morir”, y eso provocó que un “jefe” diera una orden:

—“Revisen a ese hombre, a ver por qué no se puede morir”.

Y al abrirle la camisa se encontraron con que tenía una cadena con una cruz negra. A ese amuleto le atribuyeron la intranquilidad, pues al quitárselo se dejó de mover y se murió, según apunta Javier, con una expresión cargada de las supersticiones.

El profesor e investigador del lugar, José Ortiz, comenta lo siguiente:

—Luego de estos hechos los muchachos del lugar molestaban mucho a Sijo Veras; como para asustarlo le decían que se había sabido que “Fidel en Cuba tenía mucho interés de conocer en Santo Domingo el sito de Cana Chapetón, porque ahí le mataron a su general Cohetico, y también quería conoce a Sijo Veras, porque era el que se había quedado con las botas de su general”. Lo del general “Cohetico” parece ser una invención del lugar, llegándose a decir que realmente el comandante cubano Fidel Castro, que dizque era escuchado por la radio, lo había mencionado como uno de sus hombres de confianza.

Según nuestras averiguaciones, en la fortaleza de Mao enterraron a tres expedicionarios. Dos de ellos fueron Froilán Flores y Luis Conrado Ruiz (Peligro). El otro no ha sido identificado. No sabemos cuál es este otro “no identificado”.

La descripción dada por los campesinos persecutores, y los que vieron el cadáver de Froilán, coinciden en que el que murió mientras lo protegía ya herido era físicamente muy distinto a Conrado. Joven, clarito, de no más de 18 a 20 años, pelo negro (liso), etc.

Javier Valenzuela señala que los otros fueron ubicados muy cerca de Sabaneta, Santiago Rodríguez, en las localidades de Zamba Abajo, luego en Zamba Arriba y Los Cajules. Sostiene que como se salieron del área de acción de los grupos en los que él estaba, no sabe de aquellos.

Al acabar esta entrevista, los campesinos y gentes del sitio escucharon interesados cuando yo les leía la carta que le envié el joven Alfonso Sintiago Flores a su padre. En la misiva casi le exigía, dentro de un lenguaje de mucho afecto y cariño, que le diera su bendición para él poder venir a este pueblo a tratar de liberarlo o a morir en el intento.

Al acabar, Valenzuela Javier, el guía persecutor, que luego de esa experiencia ha llevado una vida de trabajo digna, reflexiona y expresa algo que parecía fuera de lugar:

—Pero esa gente, dice, no se paraban a hablar con nadie.

El frijol es un arbusto de madera negra y hojas marrones muy bonito que se da en esos entornos de cambrones. Es usado para decorar ambientes de casas campesinas. En un hueco de uno de esos árboles, ubicado por los lados donde murió el expedicionario cubano Froilán Flores, apareció con el tiempo una cantimplora militar. Dentro tenía unos dólares dañados.

El viejo Fedé hubo de votar los dólares y enseñar la cantimplora a la gente de Cana Chapetón.

De Zamba a Tomine Arriba

Esa noche nos la pasamos corriendo en la carretera desde Cana Chapetón hasta Santiago Rodríguez (Sabaneta). Estaba muy oscuro. Para colmo la carretera estaba en reparación y a veces se levantaba una polvareda que borraba la visibilidad. Llegamos al pueblo y nos hospedamos en un hotelito que yo había descubierto en un viaje anterior.

La meta era Zamba. Llegamos allá con la salida del sol; en este viaje me acompañaba mi esposa Luisa. Todo el entorno era una impresionante y maravillosa pradera con una yerba alta y rojiza. Luego, con todos los matices de verde, y esparcidos en el medio, unos rústicos caserones de madera; los tablones anchos de palma con que habían sido construidos tenían un color marrón, de múltiples tonalidades naturales. Cada una de las casas tenía dos ranchetas más separadas de su cuerpo principal; una

era más grande y en ella estaba instalada la cocina, en la otra, colocada más lejos, estaba la letrina. Preguntando y preguntando, en ese ambiente ganadero de recursos moderados, fuimos caminando hasta llegar a la casa de una señora a la que nos habían referido. Allí se combinaba una gran hospitalidad con la curiosidad que llevábamos de querer saberlo y preguntarlo todo. La señora era conocida por el nombre de Mita. Era la persona a quien la señora Francisca Pujol, Manega, de Cana Chapetón, le decía la periodista.

Mita vivía en una casa campesina de laboreo pastoral; una sogá enlodada allí, una azada acá, una mesa descubierta con varias sillas de guano en torno a ella, unos sacos en los rincones, ventanales amplios que se cierran con pesadas y fuertes aldabas. Los techos eran una combinación que tenían una parte de zinc y otra de cana. La gente era amable, aunque con una notable disciplina relacionada al trabajo. Tenían el inocultable aspecto de gente pobre.

Mita era una mujer morena, tal vez cuarentona, alta y de hombros anchos con huesos fuertes y protuberantes; la elegancia y sensación de libertad que le imprimían los cabellos crespos y revueltos, hacía casi tangible en ella una simpatía natural y salvaje. Nos recibió y brindó café mientras aparecía otro que también sabía sobre el tema que andábamos indagando. Era José Ramón Reyes, quien llegó como de sorpresa con el sigilo de un felino con una sonrisa seca dibujada en la cara.

El señor José Ramón Reyes, un hombre de tamaño regular, claro, de tez curtida y de hablar moderado, era el alcalde de Zamba al 20 de febrero del 2011. Con su ritmo normal aclara que en esa época del 1959 él era un niño de 12 años.

Pero recuerda cuando a la fortaleza de Mao llegó un camión de volteo con el cadáver de un barbudo (un expedicionario). Tiene fresca en la memoria la imagen de que le habían quitado las botas porque lo agarraron por los pies y la cabeza y lo tiraron al suelo como si fuera cualquier cosa. Y refiere que tenía los pies muy blancos.

El días antes en aquel sitio comenzaron a ver a los cinco barbudos. Entre ellos se encontraba ese que llevaron a la fortaleza de Mao. Se supo que estuvieron en la cerca de Peña, aproximadamente a cien metros de donde estábamos. Se habían metido en un caserón que fue sitiado, abaleado y quemado por la guardia. Aquella acción la hicieron creyendo que aún estaban ahí; pero esto último lo dicen con un tono de burla. Porque todo ese aparataje, bien lo sabían esos guardias, fue hecho después que ellos se fueron del lugar. Los expedicionarios pasaron por otras propiedades, como es lo natural, hasta que según refiere José Ramón Reyes, se dijo que llegaron a la casa de Bienvenido Uceta, en el sitio de Tomine Arriba. Con la versión de que allí un expedicionario, al ver salir a un niño a avisar a la guardia lo devolvió, y le dijo a Bienvenido y a los que estaban en el lugar que él sabía que habían mandado al niño a denunciarlos, pero que ellos no habían venido a hacerle daño a nadie.

Buscamos a Martín Uceta. Debían ser las ocho y media de la mañana. Entre evasivas y negaciones sobre su identidad, el hombre al cual nos habían señalado como tal, reconoció quien era. Entonces, como le explicamos lo que queríamos, nos invitó a ir a su casa, lo cual hicimos.

Uceta es un hombre de estatura baja, su color es casi claro, tiene el cuerpo algo rellenito y aspecto de ciudadano.

Martín Uceta, en el 2011 con 73 años, en aquel entonces debía tener 20 ó 21 años. Dice que era de madrugada cuando iba caminado para los potreros de su padre y alcanzó a ver, en la cerca, a esos cinco hombres de aspecto militar y que se les acercó. Él los saludó y ellos también. Entonces uno se le aproximó y le dio la mano.

—Martín Uceta —le dijo él dándole su nombre como es la usanza en nuestro país cuando uno le da la mano a una persona por primera vez. Y, al no escuchar el nombre del otro, le preguntó:

—¿Cómo dijo que se llama?

—Guillermo Padilla —le respondió el otro.

Recuerda que el recién conocido luego le habló de sus necesidades de alimentos y de agua. Él los aproximó a la casa, pero los dejó afuera, en un montecito de arrayanes que quedaba cerca de la cocina, mientras le buscaba mango, que había mucho para la época, leche y parte de unas yucas sancochadas que estaba haciendo su madre doña Lola.

Después de beber agua y comer ellos comenzaron a hablar con más libertad. Dijeron quiénes eran, cosa que ya estaba realmente clara, que habían venido a liberar al país (de una dictadura como la de Trujillo que se creía el dueño de todo), y le preguntaron por el camino para irse a Constanza. A lo cual Uceta exclamó:

—¡Cristiano! Constanza está a cientos de kilómetros —y les señaló hacia el sureste—. Mire, está más allá de esas montañas que se alcanzaban ver al sur.

También le preguntaron que si habían muchos guardias por ahí y que donde quedaba la carretera.

Refiere Martín Uceta, un hombre que hablaba moviendo los pies y no se está quieto, por lo cual parece muy nervioso, que Padilla, quien parecía ser el jefe del grupo, estaba seguido de otro de apellido Ogando. Afirma que Padilla le regaló una cadena con una imagen de San Antonio, y que luego Ogando sacó un librito que tenía dos tiritas que resultó ser un Nuevo Testamento muy bonito.

Y que al estos irse metió esos regalitos en una funda plástica y los enterró. Luego cogió el camino del pueblo, que quedaba a más de cinco kilómetros, para a decirle a la guardia que había visto a los barbuses; que esto último lo hizo por si alguien lo había visto hablando con ellos. Cuando dio la información lo mandaron en un Jeep hasta su casa, acompañado de tres guardias, desde donde él trató de despistarlos en torno a por donde habían tomado.

Detrás de sí, en Zamba, todo el aparataje que hubo dejó mucha tierra quemada. Había mucha breña amarillo-rojiza la cual con gasolina o apenas con el roce de las balas, o con fósforos

prendidos entre la “aspatilla”, eran capaces de producir un gran incendio.

Trujillo en la carretera, desencuentro

El dictador, confiado, ya que debió ser avisado de la escaramuza que se había producido en Cana Chapetón, sabía que los expedicionarios ya se habían retirado de allí. Entonces debió ver una oportunidad de proyectarse como si fuera alguien que tomaba las cosas en sus manos. Por eso paró su comitiva de criminales en la carretera hacia Sabaneta (luego llamada Santiago Rodríguez), a unos metros de donde habían estado los cinco expedicionarios, y se quedó allí un rato conversando con Pedro Espinal, el gobernador de esa provincia.

En ese encuentro de la carretera estaban Alonso de Moya, Ney Arias, Luis Fermín y un grupo de militares del grupo del general Panchón González. Como siempre, también había allí algunos civiles.

De manera que Martín Uceta y los que iban en el jeep del ejército supieron tempranamente de su presencia porque vieron el vehículo del dictador y el movimiento.

Los expedicionarios, que muy posiblemente nunca supieron de la presencia del tirano en la zona, hacía poco más de una hora que habían cruzado esa misma carretera, a pocos metros de donde poco después Trujillo se había estacionado.

CUARTA PARTE
LUCHA HACIA LA FALDA DE
LA CORDILLERA CENTRAL

El combate del Cerro del Guano

Aparecieron en el Cerro del Guano, una zona caracterizada por pequeñas elevaciones más altas que los repliegues de las faldas de la añorada Cordillera Central, vislumbrada por ellos en la lontananza. Estaban entre lomititas y cerritos. Era una zona llena de hermosos árboles de guano que tenía al sur inmediato un grupo de árboles de jobo y que continuaba más allá con el comienzo del cañaveral de Armando Fermín.

Venían de haber pasado por el Amacey y Los Puntecitos, en cuyas cercanías tuvieron una escaramuza con los guardias. En el camino, por menos de dos horas no se toparon con el “tirano”. Eso no lo supieron nunca. Los cinco pasaron por el firme del Cerro del Guano sin importarle que los campesinos los vieran, a pesar de las experiencias que habían tenido en casos anteriores. Debió ser en esos momentos cuando algunos dejaron unos rollos de dólares metidos en los huecos de las empalizadas. Dinero que los campesinos encontraron con la convicción de que fue a ellos que se los dejaron, y que ahora dicen que reportaron a la autoridad como dañado en su totalidad.

Los expedicionarios descendieron al cañaveral. Y estando allí, los atacó la guardia. Polín y Manuel Peña eran dos campesinos que, luego de ser armados por los guardias, fueron colocados entre los dos cerros; iban dotados de armamentos en su condición de confiables. Dado que recibieron algún entrena-

miento militar eran vistos como provechosos para el ejército trujillista. Pero según nos dijeron, comenzó una balacera tan aparatosa que tuvieron que quedarse inmóviles, tranquilos, mientras las balas de sus acompañantes rompían las matas a balazos. Hoy, Manuel Peña, dice que quedaron cobijados, tapados entre tantos ramos.

Los expedicionarios debieron repeler el ataque con fiereza, utilizando técnicas militares aprendidas, para poder ascender el cerrito que le quedaba enfrente y establecer un combate de lado a lado a alturas parecidas. Así quedaron de cerro a cerro. Habían accedido al Cerrito de las Canas. Una mejor posición que el fondo del cañaval, pero tuvieron que pagar por esta posición un alto costo.

Al Cerrito de las Canas, de donde disparaban al cerro del Guano, solo llegaron 4. Faltaba Guillermo Padilla, el que fungía como jefe del grupo de patriotas, que debió haberse quedado en el fondo, entre las matas de jobo que estaban próximas al cañaval, cubriéndole los movimientos de retirada y ascenso a los compañeros.

Ese fue su último acto de heroísmo.

Al comandante Padilla la guardia lo atrapó herido; pero luego lo remataron cruelmente a orillas del río Taguey, por los lados del sitio llamado Mata de Jobo. Allí un guardia que fungía como personal del cuerpo médico, apellido Cortés, lo despojó de sus prendas personales de valor.

Luego un grupo de campesinos, entre los que estaba Papo Gómez, lo llevaron al camino del Cerro de la Guama arrastrándolo por lo que se llama Callejón de los Fermín. Todos recuerdan con lujo de detalle que sangraba mucho. El 2 de julio de 1959, a eso de las cinco de la tarde de ese día, fue un momento de júbilo para los guardias que supieron del cadáver todo ensangrentado del joven comandante Guillermo Padilla Hernández. Montaron el cadáver en un camión de volteo usado para recoger basura, conocido como la cuchara, y los trasladaron hasta la fortaleza de Sabaneta, donde en vez de ponerlo o dejarlo caer, los guardias trujillistas aventaron con saña contra el suelo.

Los cuatro expedicionarios restantes

La persecución de los guardias y de los campesinos trujillistas contra los otros expedicionarios estuvo salpicada por momentos de tensiones. Según explican los informantes, la primera contradicción comenzó cuando un teniente apellidado Minaya le dijo varias veces al campesino trujillista Milito Torres que le iba a dar una pela. La amenaza vino por la insistencia de Milito en acelerar las operaciones con el argumento de que quería dirigir, a los hombres, directo a los expedicionarios y el teniente Minaya, no se sabe si por cauto o temeroso, no encontraba la forma de retardarle los movimientos. La situación llegó a un momento en que, los campesinos envalentonados, sobaron sus fusiles contra los militares para demostrarles la decisión de que aunque reconocían la autoridad del teniente, defenderían a su compañero Milito; y que no iban a permitir que lo desconsideraran.

Pasado el tiempo, en el Cerro del Guano, fue cuando comenzaron a aparecer, en los agujeros de los palos de las empalizadas y otros lugares, los bollos de billetes que dejaron los expedicionarios. Los campesinos que perseguían con tanta saña a los expedicionarios, ahora dicen que ese dinero les fue dejado a ellos. Solo que al encontrarlo estaba dañado y no lo pudieron usar. Lo dicen sin el menor cargo de conciencia, porque allí todo está distinto y cambiado, menos la ignorancia, que parece ser lo que más dura.

Aún quedaban vivos los expedicionarios Ogando; que todo apunta a que había pasado a ser el comandante del grupo aun en estas circunstancias; Luis Fernando Ozuna, Segura y Ramón Arcadio Peguero Reyes. Tanto a Ogando como a Segura hoy solo se les conoce por ese apellido; aún no se les han podido identificar ni los nombres ni el otro apellido. A pesar de lo débiles y exhaustos que estaban como son descritos por los campesinos, ni con el cansancio, ni con el hambre, ni con la sed que tenían perdieron el rumbo en esta última jornada. En

sentido general, cada paso que daban los dirigía a los macizos de la Cordillera Central.

Esos expedicionarios eran unos verdaderos titanes. En apenas 12 ó 13 días llegaron a ese lejano lugar, desde la ensenada de Estero Hondo, bajo un torrencial de fuego, delatados por el miedo intenso de la ignorancia y burlando la previsión de los guardias de la dictadura.

Seis días antes de su desembarco, el 14 de junio, aterrizó por Constanza un avión C-46 Curtiss un grupo de 54 compañeros de lucha. Ellos se dirigían hacia allá. Así estaba decidido desde antes de salir de Cuba: si las expediciones con los 48 que tocaron tierra por Estero Hondo y los 96 que entraron por Maimón no lograban asentarse en la zona norte, sus integrantes debían tratar de llegar al macizo de la Cordillera Central. La idea era, probablemente, de que todos los sobrevivientes pudieran juntarse y hacerse fuertes. Ellos ya estaban en el umbral de la anhelada Cordillera Central.

De los 144 expedicionarios que desembarcaron por Maimón y por Estero Hondo, ellos cuatro (cinco con Padilla) eran los que habían llegado más lejos. Nunca lo supieron, pero a esa fecha, de los 96 compañeros que habían desembarcado en la Carmen Elsa por Maimón, el mismo día 20, como sucedió con ellos, más del cincuenta por ciento habían sido aniquilados. El resto se convirtió en los sobrevivientes del primero de los dos cercos que se les tendieron. Lucharon por sobrevivir para lo cual, más que en guerrillas, convirtieron sus escuadras generalmente de cuatro hombres, en cuerpos de autodefensa.

Una parte de los sobrevivientes, al igual que ellos, trató de llegar al gran encuentro en esos macizos de la Cordillera Central. Algunos lograron desplazarse hacia los campos de Altamira, con la idea de llegar a Villa González y luego a Santiago. Ese tramo los aproximaba en la distancia. Pero el esfuerzo fue infructuoso.

Los cuatro que quedaban vivos algo debían conocer acerca de cómo estaban los acontecimientos. Bien se conoce de los

contactos que tuvieron con gente como Santos Mieses, Luis Tílila y quien sabe cuántos más. Lo que no podían ni imaginar era que el aniquilamiento ya era casi total. Del grupo que llegó por Constanza solo quedaban seis. De ese frente de Estero Hondo ya solo quedaban ellos cuatro. Y del frente de Maimón, que lucharon en un estrecho escenario, se mantuvo con vida un grupo de tres, formado por el dominicano Julio César Castillo Cruz, el estadounidense Larry Bivins (Beebe), y el español Francisco Álvarez (Relámpago, El Tuerto), quien perduraría hasta el 24 de septiembre.



Los tres expedicionarios que más duraron vivos (del grupo de Maimón).

Del último reducto que constituían los siete de Estero Hondo, en su intento por llegar a la Cordillera Central, ya habían perdido a Luis Conrado Ruiz (Peligro), al teniente cubano Froilán Flores y al comandante Guillermo Padilla.

El último esfuerzo

El acucioso investigador Ricardo González Quiñones, en Sabaneta (posteriormente Santiago Rodríguez), ha reconstruido el último esfuerzo terminal de este contingente de hombres que

llegó el 20 de junio de 1959, a las cinco de la mañana, por Estero Hondo. No solo intentaron sobrevivir, sino también instituirse como una guerrilla liberadora y acabar con la dictadura unipersonal que tenía el inescrupuloso y perverso Rafael Leonidas Trujillo Molina. La reconstrucción de ese esfuerzo se puede encontrar en su pequeño y valioso libro titulado *Tres sucesos cotidianos*, publicado en el año 2010. Los puntos de nuestra investigación oral en los que hemos tocado el mismo aspecto que González Quiñones, sus afirmaciones han resultado sensatas y veraces. Dadas las dificultades que hemos afrontado hasta el 2012 para penetrar personalmente en los parajes en los que estuvieron los expedicionarios, además de las revelaciones logradas en las entrevistas con los campesinos, nos hemos apoyado en las afirmaciones hechas en *Tres sucesos cotidianos*.

González Quiñones sostiene que después de haber perdido a Padilla, los cuatro expedicionarios llegaron a Arroyo Cana, luego de una larga caminata. Allí trataron de descansar, sin éxito, porque fueron descubiertos. Los atraparon desprevenidos y les dispararon. Ellos tuvieron que retirarse a toda prisa dejando dos fusiles. No se sabe en qué estado estaban esas armas, las mismas fueron tomadas por un tal Cholo Rodríguez.

Al otro día, jueves 2 de julio del 1959, afirma González Quiñones que los patriotas, después de haber pasado por Piedra Blanca, Los Camarones y la sección de Thomas, como a la una de la tarde, llegaron a la loma de Los Charamicos. Ahí entraron a la casa de Arcadio Lamí. Exhaustos como estaban, rodeados por los guardias, decidieron entregarse.

Manuel Peña, alto y blanco, con un cuerpo ya de hombre viejo moldeado por el trabajo del campo, nos explica que él era un “concrita” muy activo. Dice que él agarró a uno que andaba solo, desarmado y como atontado del cansancio, en la “tierrita Blanca”. De inmediato aclara:

—“Pero donde lo mataron fue aquí” —se refiere al sitio donde estábamos, en la provincia de Santiago Rodríguez.

Los campesinos refieren que los expedicionarios cogieron

por Pinal Sucio y llegaron por el arroyo del Montazo a donde José Liberata. Luego, afirman, tomaron la sierra de Leonel. Y que se rindieron en una casa. Recuerdan también a Papo Gómez, a Armando Fermín y a César André como sus compañeros en esa labor de “concrita”.

—“Los mataron a puñaladas en la fortaleza de Mao. Tenían que dejarlos vivos” –eso dicen hoy.

Ellos no saben, o no quieren saber, que aquello fue una orden expresa de Trujillo.

Viacrucis

A los expedicionarios Luis Fernando Ozuna, Ogando, Segura y Luis Arcadio Reyes los sacaron de la falda de su añorada Cordillera Central, la elevación más alta de las Antillas Mayores. Fueron, realmente, arrebatados de su sueño y tirados de la peor forma, desarmados, descalzos, violentados, saqueados, maldecidos y amarrados, en un Jepp Willy. Uno de esos aparato que fueron usado en la Segunda Guerra Mundial por al ejército norteamericano y comprado en remate por la guardia de Trujillo.

Llegaron a Sabaneta a las cuatro de la tarde del día 3 de julio donde fueron entregados al general Pachón González. El oficial recibió las órdenes telefónicas de Trujillo para que los interrogaran y después los mataran. Pero allí estaba el Jefe del estado Mayor, el general Bonet Burgos, quien andaba por la zona y decidió que el interrogatorio sería hecho por él mismo.

Mientras esto sucedía, el parque que quedaba casi enfrente del destacamento de la Cuarta Brigada del Ejército, así como los lugares aledaños, se iba congestionado de personas curiosas y personeros trujillistas. En ese momento los militares abrieron una ventana del segundo piso de aquel edificio que en el 2014 aún está allí y desde ese hueco que dominaba el vasto escenario donde se había congregado la multitud, expusieron a los prisioneros a la vista del público. Y así, cansados y maniatados, estos

fueron sometidos a escuchar los improperios de una multitud que parecía estar indignada en su totalidad, azuzada por los personeros trujillistas que los instigaban para que repitieran sus consignas maléficas. Los conminaban a que pidieran la muerte para los expedicionarios.

Ante este circo doloroso, algunos de los menos ignorantes, los enemigos de la criminalidad y los contrarios al régimen, en franca minoría, medraban disimuladamente en su impotencia sentados en el mismo parque, sin poder contradecir las consignas del Generalísimo, so pena de que les costara la vida a ellos también.

Y entre estos se destacaría luego, 4 años después, muriendo por esos mismos lugares con sus ideales de libertad y justicia social, Francisco Bueno Zapata, miembro del partido 14 de Junio liderado por el gran Manuel Aurelio Tavarez Justo.

Muchos de los que allí voceaban estaban en condiciones precarias y habían sufrido los desmanes del dictador. Sin embargo, parecían creídos en la publicidad del tirano. Tal vez, además, persuadidos por del temor que inspiraba al entramado político-militar del régimen; se dejaban llevar por el mensaje de la presencia de los jefes de la Iglesia Católica junto al dictador



Asesinato de los últimos expedicionarios.

en una zona tan “cristiana”; se movían convencidos por todas las mentiras manejadas por lo más “importante” de la intelectualidad del país, prostituida hasta lo indecible.

Ignoraban totalmente los planes de reforma agraria, de educación y contra el autoritarismo de los ricos que traían aquellos que ya estaban a punto de ser asesinados.

El alarido era uno solo, tal y como le gritaron a Cristo:

—¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte! –repetían los agentes del propio general Pachón, un asesino que para dar satisfacción al pueblo le dio la orden a los militares Bienvenido Davison y a Núñez Arias para que los mataran a puñaladas; la misma debió ser una orden del tirano o de su hijo Ramfis. Estos le dijeron, “respetuosamente”, que disparándoles con ametralladoras sí, pero que a puñaladas no les gustaría matarlos.

Pero el General Pachón, sin distraerse, le encomendó entonces la tarea a los militares Núñez López, Juan Alba y a Urbáez. Un dejo de atisbo se produjo en ese momento. En un instante en que Urbáez se acercó mucho al expedicionario Ozuna, este le dio una patada en los testículos que lo imposibilitó. Resultaron ser entonces los victimarios Núñez López y Juan Alba. Para ultimarlos usaron las bayonetas. La acción fue del conocimiento de toda la población. Dicen que en la calle se escuchaban los gemidos de las víctimas en ese festival de barbarie. Después enterraron sus cuerpos uno al lado del otro, en la margen del río Yaguaja más cercana a la fortaleza. De allí fueron rescatados en el 1962 por la Fundación Héroes del 14 de Junio.

Pocos años después de aquellos hechos, luego de una indiscreción sobre sí mismo, se supo que uno de los dos asesinos materiales, uno de los matadores a bayonetazos de los mártires, específicamente el antiguo militar Juan Alba fue muerto brutalmente en Santiago de los Caballeros. Los campesinos, alterados con la forma y la agresividad con que mataron a esos expedicionarios, con la capacidad criminal del personaje Juan Alba, vieron su muerte como un castigo divino.

A pesar de la situación a que fueron sometidos durante doce intensos días, este grupo de titanes nunca torció su camino hacia

las estribaciones de la Cordillera Central; hacia Constanza, no hacia Haití, como se ha afirmado. Ellos nunca retrocedieron en el intento de luchar hasta el último momento por y en su país. La mejor prueba de la ruta que siguieron es el camino tomado por los testimonios orales que hemos brindado. Así lo demuestra, además, el lugar del desenlace de su calvario.

QUINTA PARTE
EL PENÚLTIMO COMANDANTE DE ESTERO HONDO
GUILLERMO PADILLA HERNÁNDEZ,
UN COMANDANTE DESCONOCIDO

Guillermo Hernández Padilla era hijo de José Hernández y Ramona Padilla. Nació en Pontón de San Francisco de Macorís, en el 1927. Allí se crió junto a dos hermanos y varias hermanas.

Mario Hernández Padilla fue el hermano a quien le entregaron el cadáver de Guillermo después que fue extraído de las orillas del río Yaguaja. Para el 2012 era ya un hombre de 83 años que vivía en Los Cachones de Pimentel, San Francisco de Macorís, cerca de la localidad de Castillo.

Mario nos dice que Guillermo se puso Padilla delante, en vez de Hernández, para evitarle problemas a la familia. Lo describió como fuerte, de buen tamaño y trabajador. Sostuvo que laboró en varios lugares de San Francisco de Macorís y todavía siendo muy joven se enganchó como guardia en el ejército trujillista. Cuando tenía 8 ó 9 años en ese cuerpo militar fue castigado con un mes de cárcel porque lo encontraron vendiendo unas prendas, acción con la que le hacía un favor a una de sus hermanas. Al parecer ese tipo de intercambio estaba prohibido para los guardias en ese periodo de la tiranía. Entonces Guillermo deci-



El Comandante Guillermo Padilla.

dió salirse del ejército e irse para los Estados Unidos.

Según señala Mario, en lo que gestionaba su viaje Guillermo incursionó exitosamente en el comercio de forma independiente en San Francisco de Macorís. Pero aun así insistió en irse del país.

Recuerda el hermano que antes de su partida se casó con una joven llamada Moncita, que se lo podía llevar. Según Mario Hernández, logró su objetivo de irse del país obteniendo ayuda para agilizar las visas del general y cuatrero Arismendi Trujillo, hermano del dictador, quien tenía algún vínculo con la familia.

Mario Hernández Padilla, en tono de reflexión, nos dice que desde el extranjero se veían mejor todo lo que pasaba en la República Dominicana. Dice que fuera se sabían muchos detalles y se divulgaban, y eran pormenores que no se sabían en el país. Que esas informaciones hicieron que el pensamiento de Guillermo cambiara. Mario nos refiere un diálogo entre Guillermo y su esposa. Se trata de una conversación que le confió Moncita, en un viaje que hizo al país, muchos años después de 1959. La mujer le explicó a Mario que Guillermo le dijo a ella que venía para Santo Domingo como teniente de tropas.

—Moncita, estoy comprometido con la libertad de Santo Domingo –le dijo Guillermo a su mujer en esa ocasión.

—No te vayas, que ya tenemos un hijo y trabajos estables –le respondió ella.

—Me voy aunque me muera –afirmó él.

—Tu hijo está llorando –le insistió ella para convencerlo.

—Tengo un compromiso, me voy aunque me muera –recalcó él.

Después del desembarco Guillermo Padilla debió participar en el combate del Alto de la Escuelita, el de El Barrilito o en el del El Albinal. Combate que debió estar dirigido por el primero o el segundo al mando, que eran Silín Mainardi y Octavio Mejía Ricart. Guillermo logró evadir el bombardeo de napalm, las bombas explosivas lanzadas en aviones y los ametrallamientos

aéreos. Tuvo que atravesar el cerco, que podía representar pasar por Rancho Manuel y Pedro Acosta, hasta llegar al firme de la Cordillera Septentrional. Según la teoría de Antonio Torres, Bululú, y su esposa Petronila, pasaron por su rancho, cruzaron el Derramadero, el Agua de Luis, llegaron donde Luis Morel, cruzaron la carretera de La Línea, atravesaron el río Yaque del Norte y sobrevivieron a las escaramuzas en Cana Chapetón. Guillermo, junto a sus compañeros, causó aquí varias bajas al ejército. En ese enfrentamiento murieron dos compañeros, entre los cuales estaba el cubano Froilán Flores. Dice el ex guerrillero Mayobanex Vargas, compañero de expedición, que Guillermo tenía fama de ser uno de los dos mejores tiradores en los entrenamientos. Posteriormente llegó a Samba, donde la guardia quemó un rancho en el cual él se encontraba momentos antes. Salió ileso, junto a su diminuto grupo, en las escaramuzas del Amacey o los Puentecitos. Finalmente murió asesinado, luego de ser atrapado herido en Mata de Jobo, El Guano, en las faldas de la Cordillera Central, cubriendo la retaguardia a sus compañeros que atrapados en una cañada tuvieron que escalar el cerro de la Cana.

En el cementerio de Santiago Rodríguez (Sabaneta), había un zacateca llamado Guadalupe Pérez, apodado Vale Lupe. Él tenía dos hijas, María y Rosa Emilia; ellas asumieron el “derecho al luto” que tenían los familiares de Guillermo. Le atendieron la tumba, le rezaban según sus creencias y adornaban el lugar con flores, a pesar de los peligros que conllevaban esas acciones.

—“Si estuvieran vivas”, –se dice Mario Hernández Padilla, en su casa, en Los Cachones de Pimentel de San Francisco de Macorís, mientras planifica un viaje para Sabaneta–. A ver si las veo.

—Pregunte por las hijas de Vale Lupe, el zacateca –le digo.

Según el testimonio del amigo Mayobanex Vargas, guerrillero y sobreviviente de esa gesta del 14 junio de 1959, estando él preso, en la cárcel de La 40”, en Santo Domingo, fue el coronel Frías, “que era un asesino”. Le llevó al capitán Del Villar las fo-

tos de un guerrillero muerto. Y el capitán Del Villar mandó a llevarlas a los pocos expedicionarios que quedaban vivos a la “oficina” de la cárcel. “Allí nos enseñó las fotos, interesado en que identificáramos a ese guerrillero muerto, que le dijéramos quien era”. Dice Mayobanex que él no pudo identificarlo de lo deformado que estaba. Que aunque él conocía a Guillermo no lo reconoció en la foto. Luego, otros que lo conocían mejor, le aseguraron que ese era Guillermo Padilla. Eso, dice Mayobanex, que le hizo pensar que Guillermo fue de los que más duró.

Característica de la lucha en Maimón y en Estero Hondo (Comparación de la metodología)

La expedición del 14 de Junio de 1959 llegó a la República Dominicana, procedente de Cuba, por tres frentes. El primero entró por Constanza, el mismo 14 de junio, en un avión C-46 Curtiss con un grupo de 54 expedicionarios. El segundo frente arribó por Estero Hondo a bordo de la lancha Tinima con 48 expedicionarios. El tercero lo hizo por Maimón a bordo de la lancha Carmen Elsa con 96 combatientes. Los dos últimos llegaron retrasados, al amanecer del 20 de junio.

El presente trabajo ha abordado el frente que entró por Estero Hondo. Ya antes abordamos el frente de Maimón, y el resultado fue publicado en el año 2010 bajo el título de *Maimón 1959: cincuenta años después los campesinos hablan*. Se sabe que los dos frentes perdieron a sus respectivos comandantes antes de iniciarse las hostilidades. De igual forma, ambos frentes, fueron desarticulados horas después de haber arribado a tierra principalmente por los ataques de la aviación. Los sobrevivientes del frente de Maimón se reorganizaron tempranamente en grupos pequeños, generalmente de cuatro miembros. Los de Estero Hondo, por su parte, se mantuvieron en grupos de siete miembros que poco a poco iban perdiendo sus integrantes; algunos de estos grupos terminaron solo con dos combatientes mientras otros parecían estabilizarse con cuatro miembros.

En el caso de Maimón poco más de la mitad de los expedicionarios fueron eliminados durante el desembarco y en las proximidades; a su llegada intentaron ascender a la loma Las dos Hermanas, movimiento que prácticamente se realizó bajo el fuego de una corbeta por mar y de la aviación por aire. Los enfrentamientos subsiguientes entre las partes fueron muy frecuentes, principalmente por los lados del Corozo y Río Grande, pero no fue posible ensamblar un gran combate.

En Estero Hondo, por el contrario, parece ser que sostuvieron una cantidad menor de encuentros armados entre patrullas y los pequeños grupos; sin embargo hubo más intensidad en los enfrentamientos, el ejemplo más concreto es el de la llamada batalla cercana a la Escuelita, camino a la ensenada, o de El Barrilito. A este enfrentamiento lo hemos bautizado con el nombre de batalla “del Alto de la Escuelita”, por haberse librado en ese lugar. Aquí hasta hubo presencia de tanques de guerra. Además de la batalla mencionada, con enfrentamiento como tal solo hemos podido encontrar el tiroteo del cerrito de Gualete, los tiroteos de Cana Chapetón, los del Amacey y el puentecito y el de la Guama o de las Uvas. Los tiroteos entre los cerritos de la Guama y el de las Canas debieron ser los últimos.

En el frente de Maimón no hubo posibilidades de un encuentro o desenlace directo entre los expedicionarios y las fuerzas de exterminio del tirano. Aquí el número de bajas fue mucho más sensible puesto que, además, los que entraron por Maimón duplicaban la cantidad de expedicionarios que entró por Estero Hondo. Los de Estero Hondo pudieron tener un encuentro directo con el ejército de tierra del tirano y los de Maimón no.

Tras la incursión tierra adentro que pudieron hacer los del frente de Estero Hondo, al igual que los sobrevivientes en el de Maimón, se habla de que los expedicionarios peleaban, que eran valientes y muy temidos por la guardia trujillista. En el frente de Estero Hondo, diferente al frente de Maimón, no se pudo evidenciar el estilo de pelear de unirse por las espaldas

y movilizarse como parejas disparando al mismo tiempo. Esta maniobra deslumbró tanto a civiles como a militares y era una influencia técnico-militar traída de la guerra de Corea. Lo que se hizo más ostensible fueron las técnicas de guerra de guerrilla, aprendidas en Mil Cumbres, Cuba, propias de la guerrilla cubana. Los últimos sobrevivientes de estos frentes fueron un ejemplo de la combinación de ambas técnicas militares.

Un punto coincidente y adverso para los dos frentes fue la falta de apoyo de los campesinos en ambas zonas. Hizo una gran falta algún trabajo político previo, indispensable para que los expedicionarios tuvieran algún éxito. Los combatientes, según estaba pautado, intentaron irse para los lados de Constanza, en la Cordillera Central.

A pesar de la conducta en término general de los campesinos, no cabe dudas de que el comportamiento con los expedicionarios tuvo marcadas diferencias en uno y otro frente, aun cuando se evidencian como parte de una misma realidad. Tan marcada fue la diferencia que cuando, a principio de septiembre, el tirano supo que aún quedaban guerrilleros en la zona (Larry Bivins, Julio Castillo y Francisco Álvarez), le ordenó a su jefe militar del lugar que se buscaran un camión de hombres de los de Estero Hondo para que acabaran con eso.

Con esos fines la Comisión de Mao, con Alejandrito Rodríguez a la cabeza, así lo recuerdan Polo-Bli y muchos otros, reclutó a 127 campesinos de Estero Hondo. Algunos de esos campesinos todavía en el 2010 estaban vivos; habitaban las zonas de Jaibón, Hatillo Palma, Las Guajacas, Villa Elisa, Cana Chape-tón, etc. El grupo reclutado fue llevado a la sabana del Corozo, donde estuvieron estacionados frente a la Loma del Gallo, en las cercanías de la casa del terrateniente trujillista Plácido Brugal. En ese lugar era donde estaba la sede central trujillista en ese momento, bajo las órdenes del general Juan Tomás Díaz. Allí estuvieron hasta que el expedicionario mitológico, Francisco Álvarez, entonces solitario, conocido como El Relámpago, El Tuerto, El Español, fue muerto el 24 de septiembre. La muerte

de Francisco Álvarez le puso punto final a este heroico intento guerrillero en esta etapa de nuestra historia.

Reflexiones sobre el método utilizado

La labor de investigar la historia por medio de la oralidad está rodeada de una serie de peligros. Uno de esos peligros es caer en el error de hacer afirmaciones de hechos que, o nunca sucedieron, o sucedieron de otra forma. Incluso hasta con otros protagonistas.

51 años después de haber sucedido un hecho de la magnitud de la expedición del 14 de junio de 1959 tenemos que enfrentar el interés de que haya detalles que no se sepan porque involucran a algún relacionado o se tiene temor aún a la reacción de éstos o a sus descendientes. Es necesario enfrentar la historia que se ha ido conformando en obediencia a intereses del momento. Para algunos durante la época del tirano les resultaba beneficioso aparecer como sus aliados y luego, en la situación que le siguió, como sus enemigos; otros, prefieren ocultar algunos hechos que los sindicaban como amigos de la tiranía. De igual modo es obligatorio tomar precaución sobre los fantasmas del olvido. Un olvido no se conforma con no recordar los hechos con exactitud; sino que construye versiones y leyendas que toman en ellos el lugar de las realidades “que vivieron”.

Por la trascendencia de la expedición de junio de 1959 hemos tenido que contar con fuentes de primer orden; de gente que fue partícipe de esa experiencia. Sin embargo, aún con esas fuentes pudimos percibir con mucha intensidad y persistencia el ocultamiento de determinados hechos y el falseamiento de otros, que son las dos formas de mentir.

Ocultamiento de partes o fragmentos de ellos y falseamientos que nos obligaron a repetir e individualizar profundamente numerosas entrevistas dirigidas, ya no como en el primer término a escudriñar sobre el tema que nos ocupaba, sino los vínculos que pudieran existir entre los hechos investigados; los protago-

nistas de estos, y las mismas fuentes que teníamos. Perviven aun los parentescos, el compadrazgo, los vínculos dentro de las redes sociales subyacentes de cada comunidad, etc. Esto nos obligó a penetrar en el mundo de las relaciones afectivas o de familiaridad y compromisos del grupo que nos servía de soporte.

Entonces comenzamos a privilegiar en nuestra búsqueda de la verdad, en muchos casos, ya no la palabra, lo que nos decían oralmente, sino todo lo relativo a sus expresiones corporales. Para ello tuvimos a nuestro favor que, en la zona campesina en donde centramos nuestras investigaciones, las emociones son muy difíciles de encubrir. Nuestro hombre del campo, si bien puede inventarse algo y decirlo, al hacerlo adopta una actitud evasiva caracterizada por negar el contacto visual y hasta promover posiciones corporales que dan la espalda al entrevistado, contradiciendo con todo el cuerpo lo que dice por la boca.

En otros casos, aun cuando se colocan de frente, aceptando el contacto visual, hablan con una “fluidez de texto dicho y redicho”. Esto pone al investigador en sobre aviso.

Interesadas por unas u otras razones, los hechos que muchas personas trataron de ocultar fueron:

—La matanza de que fueron víctimas los guardias de Mao por parte de la aviación. La misma fue propalada y documentada por los pobladores de la comunidad.

—Por igual, más que el ataque total, el uso indiscriminado del napalm a todo lo que se moviera en la zona. Esto incluyó la muerte, con sus bombas fragmentarias e incendiarias de napalm, a todo el personal herido, a los que no estaban en ninguno de los bandos, y la destrucción a la naturaleza. Acción que creó allí el pestilente y horroroso espectáculo que hizo casi imposible respirar, todavía 15 días después del 20 de junio.

Las afirmaciones anteriores constituyen hechos que son aïreados por primea vez en nuestras indagatorias.

En el caso de los militares de Mao, abatidos y heridos por la misma aviación trujillista, el detonante fue la declaración de la hoy anciana Ermina, al hablar del comportamiento de su espo-

so en esos hechos; también cuando se refirió al bombardeo de saturación con el uso de napalm el nombrado Nenito Pailora y el llamado Bazuca. Esos hechos luego fueron reafirmados por las personas que estuvieron involucradas en los mismos como protagonistas o como observadores.

Debemos agregar que el descubrimiento del uso del napalm y su ocultamiento, se obtuvo al hablar de cómo pudieron identificar el cadáver de Fiupe, porque estaba todo “quemado”; incluso más quemado que el del teniente Rodríguez. Por ser un fenómeno que en este tipo de investigaciones llamamos “desliz de la palabra” donde, diciendo que estaban quemados, surgía la pregunta de ¿por qué quemados? ¿Quién los había quemado si allí lo que se estaba describiendo era una balacera?

Llamó también grandemente la atención la historia del expedicionario decapitado. Historia que nos llegaba siempre fragmentada en tres partes. Se mencionaba a Popi en relación a la muerte del expedicionario. Del patio de su casa. Pero no se decía que este lo había matado en su casa de un escopetazo. Tampoco se sabía quién lo decapitó. Solo se hablaba entonces del chofer que exhibía la cabeza. Las versiones eran:

—Habían matado a un expedicionario.

—Lo mataron de un escopetazo.

—El chofer Prieto Alemán andaba con el cráneo de un expedicionario amarrado a un Jepp.

—Nadie mencionaba a Popi. Salvo que fue en su casa.

—Nadie decía quien había cercenado esa cabeza ni que era la del expedicionario que habían matado en ese lugar, de un escopetazo. Estaban protegiendo a Popi.

—El nombre de Minino García o Acosta, como los que decapitaron al expedicionario, surgió en el contexto de una entrevista en la cual no se buscaba esa información.

Dejamos constancia de que la abrumadora mayoría de los lugareños entrevistados, luego de una introducción en torno de nuestro interés de esclarecer la historia de nuestra patria sobre estos hechos, fueron muy cooperadores y amables.

GESTA DEL 14 DE JUNIO DE 1959:
EXPEDICIONARIOS CONSTANZA, MAIMÓN
Y ESTERO HONDO

Durante los 31 años de atropello al pueblo dominicano por parte de la tiranía de Trujillo, la expedición del 14 de Junio de 1959 fue el movimiento más contundente en su contra. Los patriotas dominicanos llegaron al país por tres frentes. El 14 de junio llegó un por Constanza con 54 expedicionarios. La madrugada del 20 de junio llegaron dos grupos adicionales; uno arribó en la lancha Carmen Elsa por Maimón con 96 expedicionarios a bordo; a otra llegó por Estero Hondo en la lancha Tinima con 48 combatientes. De esos 198 expedicionarios solo se salvaron seis expedicionarios; cuatro dominicanos y dos cubanos. Los que se salvaron, todos, pertenecían al grupo que llegó el 14 de junio. Los dominicanos fueron Poncio Pou Saleta, Mayobanex Vargas Vargas, Antonio Gonzalo Almonte Pacheco y Francisco Merardo Germán Santos. Los cubanos fueron Delio Gómez Ochoa y Pablito Mirabal. A continuación el listado completo de los expedicionarios de los tres grupos.

Alberto Herrera Moreno
Alberto J. Alfonseca
Alberto Perdomo Ramírez
Alberto Rodríguez
Alcibíades Antonio Tavárez Pepín
Aldo Rodríguez Pérez
Alejandro Arrechdera Rodríguez
Alejandro Báez y Báez

Alejandro César Domenech Russo
Alejandro Fidel Torres
Alfonso José Sintiago Flores
Andrés Emilio Pérez Rodríguez
Andrés Lozano Guzmán
Andrés Santana Read
Ángel Nicolás Soriano Francisco
Antonio Bienvenido Almonte
Antonio de Jesús Minaya Fernández
Antonio de Jesús Mota-Ricart Guzmán
Antonio Gonzalo Almonte Pacheco
Antonio Javier Achécar Kalaf
Antonio Jiménez Cabrera
Antonio Luis González
Arcadio Ramón Peguero Reyes
Augusto Eufemio Dohse Jorge
Augusto Juan Alfonseca Espailat
Bienvenido Herminio Fuertes Duarte
Carlos Aponte Willard
Carlos Luis Cabral Manzano
César Federico Larancuent Rijo
Charles White
Conrado Martínez Hernández
Cosme Agustín Rojas Pérez
Cristian Roberto Jordán Soto
Danilo Antonio Mendoza
Danilo Valdez Borges
David Chervony
Delio Gómez Ochoca
Diego Ávila Pilier
Domingo Cabrera Martínez
Eduardo Salvador Martínez Saviñón
Edwin Erminy
Elpidio Sanabia Minaya
Enrique Belliard Sosa

Enrique Betancourt Carril
Enrique Jiménez Moya
Ercilio García Bencosme (Cirilo)
Esperanza de Los Santos Polanco
Eugenio Antonio Grullón González
Federico Augusto Pichardo Díaz
Felipe Maduro Sanabia
Fernando Cestero Martínez
Fernando Godoy
Francisco A. Ubiera
Francisco Álvarez Martínez
Francisco José Grullon Martínez
Francisco Martín Fernández
Francisco Merardo Germán Santos
Francisco Napoleón Hermón Machuca
Francisco Sánchez
Frank Heberto López Fonseca
Freddy Guerra Aponte
Froilán Flores
Gabriel Emilio Fernández Mármol Pérez
Gaspar Antonio Rodríguez Bou
Generoso Hernández
Guillermo Augusto Sánchez Sanlley
Guillermo Eustaquio Ducoudray Mansfield
Guillermo Padilla Hernández
Gustavo Adolfo Patiño
Héctor Bienvenido Olivier Romero
Héctor Emilio del Guidice Herrera
Héctor Enrique Ramírez Castillo
Héctor J. Cabral Brito
Héctor Vinicio Mateo Calcagno
Hermes Bueno Almanguer
Herminio Ripoll
Jaime Manuel Rodríguez Martínez
Jesús Bienvenido del Castillo Díaz

Jesús Bienvenido Delgado López
José Andrés Rolán Pérez
José Antonio Arias Quintero
José Antonio Batista Cernuda (Chefito)
José Antonio Campos Navarro
José Antonio Hungría Fermín
José Antonio Puello
José Antonio Rodríguez Gómez
José Antonio Sánchez Pérez
José Antonio Spignolio Mena
José Antonio Toribio Rodríguez
José Arismendy Patiño Martínez
José Caonabo Lora Martínez
José Fabio Bergés
José Freddy Genao Espaillat
José Horacio Rodríguez Vásquez
José Isaac Molina González
José Luis Calleja Ochoa
José Luis Rodríguez
José Manuel Ramón Peña González
José Martínez Morales
José Massón Acosta
José R. Paulino Estrella
José Rafael Federico Valverde Cruz
José Ramón Enrique Cordero Michel
José Ramón Sebastián Asencio Valverde
José Tavárez Cabrera
José Taveras García
José Vicente Almonte F.
Juan Antonio Almánzar Díaz
Juan Bautista Almonte Fernández
Juan Capellán Cabrera
Juan de Dios Ventura Simó
Juan Domingo Figueroa Reyes
Juan Emiliano Urtarte Schaffers

Juan Enrique Puigsubirá Miniño
Juan Evelio Cárdenas Soto
Juan Francisco Cabrera Liz
Juan José Mateo Adames
Juan Reyes Reyes
Julio Camacho
Julio César Castillo Cruz
Julio Raúl Durán García
Larry Bebbins (Beebe)
Leandro Efraín Guzmán Abreu
Leopoldo Jiménez Nouel
Lucas J. Pichardo Saldaña
Luis Alfonso Medina Rosales
Luis Álvarez
Luis Conrado Ruiz
Luis Fernando Ozuna
Luis González Castellanos
Luis Lugo
Luis Oscar Ramos Reyes
Luis Rafael Quezada
Manuel de Jesús Perache Hernández
Manuel de Jesús Perozo Chicón
Manuel Delgado López
Manuel José Del Orbe
Manuel Lorenzo Carrasco
Martín Senior Paz
Max Montesinos
Máximo Enrique D'Oleo Gimbernard
Mayobanex Vargas Vargas
Miguel Aliés Messón
Miguel Álvarez Fadul
Miguel Ángel Carrasco Aguasvivas
Miguel Ángel Feliú Arzeno
Miguel Ángel Menéndez Vallejo
Miguel Jacobo Amarante Sevillano

Miguel Olivo Saviñón Guerrero
Moisés Rubén Agosto Concepción
Mosen
Nelson Andrés Hernández González
Nicolás Virgilio Báez Jiménez
Octavio Augusto Mejía Ricart Guzmán
Ogando
Oscar Luis Vega Acosta
Oscar Reyes Medina
Pablito Mirabal
Pedro Antonio Casado Jiménez
Pedro José Linares Badillo
Pedro Julián Bonilla Aybar
Pedro Pablo Fernández Báez
Persio Oscar Grullón Castro
Poncio Rafael Pou Saleta
Rafael A. Rodríguez
Rafael Antonio Henríquez Rodríguez
Rafael Augusto Mella
Rafael Fernando Fernández Moreau
Rafael Moore Garrido
Rafael Osvaldo Ros Thomén
Rafael Ramírez Domínguez
Rafael Tomás Perelló Díaz
Ramón Alfonso Suárez Suárez
Ramón Aníbal de Castro Sánchez
Ramón Aquiles Ramírez Guzmán
Ramón López López
Ramón Ruiz
Raúl Cruz
Ricardo Vassallo Alfonso
Rinaldo Sintiago Pou
Roberto P. Pichardo Caminada
Rubén Arístides Cordero García
Rubén Rey Vásquez

Saturnino Rizeck Bergés
Segura
Sergio Manuel Ildefonso Cordero
Silvio Augusto Domínguez López
Silvio Rafael Almonte Fernández
Simplicio Belford Santos
Sócrates Ravelo Ramírez
Tomás Rodríguez
Toribio Bencosme Rodríguez
Vicente Mario Gómez Montán
Víctor Eligio Mainardi Méndez
Víctor Manuel Mainardi Reyna
Víctor Rivera
William Rodríguez Santos
Un expedicionario no identificado

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS

ALAPE, ARTURO (1994). *Tirofijo: Los Sueños y Las Montañas*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial S. A.

ARVELO, TULIO H. (1982). *Cayo Confites y Luperón*. Santo Domingo: Editora de la UASD.

BRACHE BAUTISTA, ANSELMO. (1994). *Junio de 1959, Constanza, Maimón y Estero Hondo*. Santo Domingo: Segunda Edición Ampliada y Corregida, Editora Taller, C. por A.

CARRILLO PIMENTEL, MARGOT Y LUIS BRITO GARCÍA (2007). *Certezas e invenciones del pasado*. Mérida: Ediciones El Otro, El Mismo, Universidad de Los Andes.

CASTRO VENTURA, SANTIAGO (2001). *Trujillo, perversidad hereditaria*. Santo Domingo: (s/e).

CHALJUB MEJÍA, RAFAEL (1994). *La guerrilla del decoro: Memorias*. Santo Domingo: Editora Taller.

CORDERO MICHEL, EMILIO. (1989). *Expediciones de junio de 1959*. Santo Domingo: Instituto de Historia de la UASD, Editora de la UASD.

CORDERO MICHEL, JOSÉ R. (1975). *Análisis de la era de Trujillo: informe sobre la República Dominicana, 1959*. Santo Domingo: Editora de la UASD.

DELÁNCER, JUAN (1979). *Primavera 1959. Constanza, Maimón y Estero Hondo*. Santo Domingo: Imprenta Amigo del Hogar.

ESTERO HONDO, 1959 *interioridades, los campesinos hablan*

DELÁNCER, JUAN (1997). *Junio 1959. Desembarco de la Gloria*. Santo Domingo: Librería La Trinitaria.

DÍAZ GRULLÓN, VIRGILIO (1989). *Antinostalgia de una Era*. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana.

DIEN BIEN, PHU (2008). *La derrota de Francia en Vietnam*. Madrid: Serie Grandes Batallas de la Historia. Editora Planeta.

DOMINGO LILON (2001). *Armas y Poder. Los húngaros y la armería de San Cristóbal*. Santo Domingo: Editora Cole.

EKMAN, PAUL. (2005). *Cómo detectar mentiras*. Madrid: Editora en castellano Espasa Libro S. L. U.

FARRERA RAMÓN, ALBERTO (1981). *Recuerdos de Junio de 1959*. Santo Domingo: Editorial del Nordeste.

GÓMEZ OCHOA, DELIO (2009). *La victoria de los caídos*. La Habana: Editorial Verde Olivo.

GONZÁLEZ QUIÑONES, RICARDO (2010). *Tres sucesos cotidianos*. Santo Domingo: Editora Ángeles Fierro.

GRAY, GLENN, (2004). *The warriors reflections on men in battle*. Subtítulo “Reflexiones del Hombre en la batalla. Barcelona: Editora Inédita Editores.

GUERRERO POU, EUGENIO MARÍA (1996). *Yo maté a su hijo. Testimonio de un cadete en la era de Trujillo*. Santo Domingo: Editora Taller.

GUEVARA, ERNESTO (Che) (1988). *Diario del Che en Bolivia*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, Editora Política.

IRVING, DAVID (2009). *La destrucción de Dresde 1945*, Bogotá: (Primera edición en castellano). Editora Libros Hídalgo.

LARA SALIVE, PATRICIA (2000). *Las mujeres en la guerra*. Bogotá: Editorial Planeta.

LEDIG GERT (1999). *Represalia*. Barcelona: Editorial Minúscula. S.L. Sociedad Unipersonal.

LORA, J. ARMANDO (1985). *Invasión: la verdad sobre el holocausto de Constanza, Maimón y Estero Hondo*, Santiago de los Caballeros: 2da edición, (s/e).

PATTERSON, IAN. *Abril del 2008*, Madrid: (Primera edición en castellano). Editora Turner.

POU SALETA, PONCIO (1998). *En busca de la libertad, mi lucha contra la tiranía trujillista*. Santo Domingo: Editora Lozano.

PUIG ORTIZ, JOSÉ AUGUSTO. (2012) “*Expedición revolucionaria del 14 de junio de 1959*”, en *Relatos de la Resistencia*, Santo Domingo: 2da. Edición. Fundación Héroes de Constanza, Maimón y Estero Hondo. Editora Búho. (Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Colección 50 Aniversario del Ajusticiamiento de Trujillo, 1961-2011, vol. III). (Págs. 177-206).

ROMERO A. LINO (2006). *Trujillo, el hombre y su personalidad*. Santo Domingo: Editora Búho.

TSE TUNG, MAO (1972). *Escritos sobre la guerra*. Pekín: Ediciones Lenguas Extranjeras.

UBIÑAS RENVILLE, GUAROA (2007). *El niño y el bicornio*. Santo Domingo: Editora Búho.

VARGAS V., MAYOBANEX (1981). *Testimonios históricos*. Junio 1959. Santo Domingo: Editora Cosmos.

WATTS DE LA ROSA, ABRAHAM. (2012). “*En torno a la gesta gloriosa del 14 de junio*.” en *Relatos de la Resistencia*, Santo Domingo: 2da. Edición. Fundación Héroes de Constanza, Maimón y Estero Hondo. Editora Búho. (Comisión Permanente de Efemérides Patrias, Colección 50 Aniversario del Ajusticiamiento de Trujillo, 1961-2011, vol. III). (Págs. 161-176).

ESTERO HONDO, 1959 *interioridades, los campesinos hablan*

YSALGUEZ, HUGO (1980). *El 14 de Junio, la raza inmortal*. Santo Domingo: Impresora Corporán.

ZAGLUL ELMÚDESI, ANTONIO (1966). *Mis 500 locos*. Santo Domingo: Editora Taller.

ARCHIVOS

Archivos del Ayuntamiento de San Cristóbal, del 1895 al 1905.

Archivos de la Presidencia de la República Dominicana, en el AGN.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

WHEELER, JOHN ARCHIBALD. “*Fiasco de unos incautos en el Caribe*”. Revista LIFE. EEUU: 7 de septiembre del 1959.

“*Un Homenaje a la Raza Inmortal*”. Puerto Rico. Periódico Claridad, 14 de junio del 1962.

GAUTREAUX PIÑEYRO, BONAPARTE. “*Nuevas revelaciones sobre la invasión contra Trujillo en 1959*”, Revista Ahora, 1977.

———. “El frente interno contra Trujillo”, Revista ¡Ahora!, 14 Nov 1977.

editora
AO
alfa y omega

Este libro

ESTERO HONDO, 1959 *interioridades, los campesinos hablan*
de Guaroa Ubiñas Renville.

Terminó de imprimirse en el mes de noviembre de 2014
en los talleres de la Editora Alfa y Omega,
Santo Domingo, Ciudad Primada de América
República Dominicana